

Nómadas

MAURIZIO LAZZARATO

LA FÁBRICA DEL HOMBRE ENDEUDADO

Ensayo sobre la condición neoliberal

Amorrortu/editores

Colección Nómadas

La fabrique de l'homme endetté. Essai sur la condition néolibérale,
Maurizio Lazzarato

© Éditions Amsterdam, 2011

Publicado por acuerdo con Agence littéraire Pierre Astier & Associés.
Todos los derechos reservados.

Traducción: Horacio Pons

© Todos los derechos de la edición en castellano reservados por
Amorrortu editores España S.L., C/López de Hoyos 15, 3º izquierda -
28006 Madrid
Amorrortu editores S.A., Paraguay 1225, 7º piso - C1057AAS Buenos
Aires

www.amorrortueditores.com

La reproducción total o parcial de este libro en forma idéntica o modificada por cualquier medio mecánico, electrónico o informático, incluyendo fotocopia, grabación, digitalización o cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información, no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

Queda hecho el depósito que previene la ley n° 11.723

Industria argentina. Made in Argentina

ISBN 978-950-518-357-9 (Argentina)

ISBN 978-84-610-9046-4 (España)

ISBN 978-2-35480-096-3, París, edición original

Lazzarato, Maurizio

La fábrica del hombre endeudado. Ensayo sobre la condición neoliberal. - 1ª ed. - Buenos Aires: Amorrortu, 2013.

192 p.; 20x12 cm. - (Colección Nómadas)

Traducción de: Horacio Pons

ISBN 978-950-518-357-9 (Argentina)

ISBN 978-84-610-9046-4 (España)

1. Economía. 2. Neoliberalismo. I. Pons, Horacio, trad. II. Título.

CDD 330.1

Impreso en los Talleres Gráficos Color Efe, Paso 192, Avellaneda, provincia de Buenos Aires, en marzo de 2013.

Tirada de esta edición: 2.000 ejemplares.

Índice

- 9 Advertencia

- 15 1. Aprender la deuda como fundamento de lo social

- 24 ¿Por qué hablar de economía de la deuda, y no de finanzas?
- 30 La fabricación de la deuda
- 35 La deuda, expresión de una relación de poder específica

- 43 2. La genealogía de la deuda y del deudor

- 43 Deuda y subjetividad: el aporte de Nietzsche
- 61 Los dos Marx
- 74 El obrar y la confianza en la lógica de la deuda
- 82 Deleuze y Guattari: pequeña historia de la deuda

103	3. El influjo de la deuda en el neoliberalismo
103	Foucault y el «nacimiento» del neoliberalismo
111	La deuda y su reconfiguración del poder soberano, disciplinario y biopolítico
121	La gubernamentalidad neoliberal ante la prueba de la deuda: ¿hegemonía o gobierno?
143	La deuda y el mundo social
174	Antiproducción y antidemocracia
186	Conclusión

Advertencia

A semejanza de lo ocurrido antes en otras regiones del mundo, en Europa, la lucha de clases se despliega y se concentra hoy en torno a la deuda. La crisis de la deuda afecta en nuestros días a Estados Unidos y al mundo anglosajón; en otras palabras, a los países en los cuales tuvo origen no sólo el último desastre financiero, sino también y sobre todo el neoliberalismo.

La relación entre acreedor y deudor, que estará en el centro de nuestra discusión, refuerza los mecanismos de explotación y dominación de manera transversal porque no hace distinción alguna entre trabajadores y desempleados, consumidores y productores, activos e inactivos, jubilados y beneficiarios del salario mínimo. Todos son «deudores», culpables y responsables frente al capital, que aparece como el Gran Acreedor, el Acreedor Universal. Una de las grandes apuestas políticas del neoliberalismo continúa siendo, como lo revela sin ambigüedad la «crisis» actual, la de la propiedad, puesto que la relación acreedor-deudor expresa una relación de fuerzas entre propietarios (del capital) y no propietarios (del capital).

A través de la deuda pública, la sociedad entera queda endeudada, lo cual, lejos de impedir, por el contrario, exacerba las «desigualdades», que es hora de calificar de «diferencias de clase».

Las ilusiones económicas y políticas de estos últimos cuarenta años caen unas tras otras y hacen aún más brutales las políticas neoliberales. La *new economy*, la sociedad de la información y la sociedad del conocimiento se diluyen en la economía de la deuda. En las democracias que vencieron al comunismo, muy pocos individuos (algunos funcionarios del FMI, de Europa y del Banco Central Europeo, así como uno que otro político) deciden por todos en función de los intereses de una minoría. La inmensa mayoría de los europeos están triplemente desposeídos por la economía de la deuda: desposeídos de un poder político ya débil, concedido por la democracia representativa; desposeídos de una parte creciente de la riqueza que las luchas pasadas arrancaron a la acumulación capitalista, y desposeídos, sobre todo, del futuro, es decir, del tiempo, como decisión, como elección y como posibilidad.

La sucesión de crisis financieras provocó la violenta irrupción de una figura subjetiva que ya estaba presente, pero que ahora ocupa el conjunto del espacio público: la figura del «hombre endeudado». Las realizaciones subjetivas que el neoliberalismo había prometido («todos accionistas, todos propietarios, todos empresarios») nos precipitan hacia la condi-

ción existencial de ese hombre endeudado, responsable y culpable de su propia suerte. Este ensayo tiene el propósito de presentar una genealogía y una exploración de la fábrica económica y subjetiva del hombre endeudado.

Desde la crisis financiera precedente, que estalló con la burbuja de Internet, el capitalismo abandonó los relatos épicos que había elaborado en torno a los «personajes conceptuales» del empresario, el creativo y el trabajador independiente «orgulloso de ser su propio jefe», los cuales, al perseguir exclusivamente sus intereses personales, trabajan por el bien de todos. La implicación, la movilización subjetiva y el *trabajo sobre sí mismo*, predicados por el *management* desde la década de 1980, se metamorfosearon en una exhortación a *hacerse cargo* de los costos y los riesgos de la catástrofe económica y financiera. La población debe tomar a su cargo todo lo que las empresas y el Estado benefactor «externalizan» en la sociedad, y en primer lugar la deuda.

Tanto para la patronal como para los medios, los políticos y los expertos, las causas de tal situación no deben buscarse ni en las políticas monetarias y fiscales que profundizan el déficit, al generar una masiva transferencia de riqueza hacia los más ricos y las empresas, ni en la sucesión de crisis financieras que, después de haber prácticamente desaparecido durante los gloriosos treinta años [1945-1975], se repiten y arrebatan sumas fabulosas de dinero a la pobla-

ción para evitar lo que denominan «crisis sistémica». Para todos esos amnésicos, las verdaderas causas de estas crisis reiteradas residirían en las desmedidas exigencias de los gobernados (en especial, los del sur de Europa), que quieren vivir como «cigarras», y en la corrupción de las élites, que en realidad siempre cumplió algún papel en la división internacional del trabajo y el poder.

El bloque de poder neoliberal no puede ni quiere «regular» los «excesos» del mundo de las finanzas, porque su programa político sigue siendo el de las elecciones y decisiones que nos han conducido a la última crisis financiera. Por el contrario, mediante el chantaje del incumplimiento de la deuda soberana, quiere llevar hasta sus últimas consecuencias ese programa, con cuya aplicación integral fantasea desde la década de 1970: reducir los salarios al nivel mínimo, cortar los servicios sociales para poner al Estado benefactor al servicio de los nuevos «asistidos» (las empresas y los ricos) y privatizarlo todo.

Carecemos de instrumentos teóricos, de conceptos y de enunciados que nos permitan analizar no sólo las finanzas, sino la economía de la deuda que la comprende y la desborda, así como su política de sujeción.

Vamos a aprovechar en este libro el redescubrimiento de la relación entre acreedor y deudor efectuado en *El anti-Edipo* de Deleuze y Guattari. Publicada en 1972, como anticipación teórica del despla-

zamiento que el Capital llevaría a cabo a continuación, esta obra nos permite, a la luz de una lectura del Nietzsche de *La genealogía de la moral* y de la teoría marxista de la moneda, reactivar dos hipótesis. Primero: la que sostiene que el paradigma de lo social no debe ser buscado en el intercambio (económico o simbólico), sino en el crédito. En el fundamento de la relación social no está la igualdad (del intercambio), sino la asimetría de la deuda/crédito, que histórica y teóricamente precede a la de la producción y el trabajo asalariado. Segundo: la que postula que la deuda es una relación económica indisoluble de la producción del sujeto deudor y su «moral». La economía de la deuda acompaña al trabajo, en el sentido clásico del término, de un «trabajo sobre sí mismo», de modo que economía y «ética» funcionan de manera conjunta. El concepto contemporáneo de «economía» abarca, a la vez, la producción económica y la producción de subjetividad. Las categorías clásicas de la secuencia revolucionaria de los siglos XIX y XX —el trabajo, lo social y lo político— son atravesadas por la deuda y redefinidas en gran medida por ella. Es necesario, por lo tanto, aventurarse en territorio enemigo y analizar la economía de la deuda y la producción del hombre endeudado, para tratar de construir algunas atmas con las que podamos librar los combates que se anuncian —puesto que la crisis, lejos de terminar, amenaza con extenderse—.

1. Aprehender la deuda como fundamento de lo social

«No es una crisis, es una estafa».

Los manifestantes de la Puerta del Sol

«No es un rescate, es una liquidación».

Un sindicalista griego

«Con el crédito se vuelve a una situación verdaderamente feudal, la de una porción del trabajo debida de antemano al señor, al trabajo servil».

Jean Baudrillard

El 12 de octubre de 2010, la Unedic [Union nationale interprofessionnelle pour l'emploi dans l'industrie et le commerce], que recibe los aportes al seguro de desempleo de los asalariados y distribuye los subsidios para los desempleados del régimen general, los intermitentes, los temporales, los estacionales, etc., publicaba el siguiente comunicado:

«La Unedic se congratula por haber recibido la confirmación de las notas a largo y corto plazo que le asignan tres agencias: Fitch (AAA– F1+), Moody's (AAA– P-1)

y Standard & Poors (AAA – A-1 +). La revisión de estas notas se inició luego del consejo de administración del 29 de junio de 2010, para terminar el 8 del corriente. La excelencia de la calificación permitirá a la Unedic llevar a buen puerto su programa de financiamiento y garantizar así la continuidad del servicio de los subsidios de desempleo. El 10 de septiembre de 2010, la última previsión de equilibrio técnico del seguro de desempleo mostraba, en efecto, una previsión de deuda global de la Unedic cercana a –13.000 millones de euros a fines de diciembre de 2011 ».

¿Cómo es posible que una actividad y unas operaciones que se desarrollan en salas de cotizaciones y en la reservada comodidad de despachos de bancos e inversores institucionales afecten a desempleados y trabajadores precarios: estacionales, intermitentes, temporales?

La Unedic anuncia periódicamente déficits. En primer lugar, porque hay una baja de los aportes, cuya causa principal es la defiscalización de las contribuciones patronales (por año, las finanzas públicas se hacen cargo de estas hasta un monto de 22.000 millones de euros en concepto de «política del empleo»), a continuación, porque los aportes del trabajo precario, intermitente y temporal no alcanzan para cubrir las necesidades de indemnización. Con la explosión del empleo «precario» (contratos de du-

ración determinada, intermitentes, estacionales, temporales),¹ del que se benefician las empresas, el régimen de indemnización sufre, por lo tanto, un déficit «estructural».

En vez de aumentar los aportes patronales, la Unedic —como cualquier empresa que se respete— ha tomado préstamos respaldados con la emisión de obligaciones sobre los mercados financieros. En diciembre de 2009 recibió un préstamo de 4.000 millones de euros, a los que se sumaron otros 2.000 millones en febrero de 2010. Las instituciones financieras se abalanzaron sobre esos títulos, que en menos de una hora fueron vendidos en su totalidad. Semejante entusiasmo de los inversores es fácil de explicar. Las agencias calificadoras internacionales (las mismas que asignaron malas notas a Irlanda, Grecia, Portugal y España, lo cual motivó una escalada de los intereses a pagar y la imposición de políticas de

¹ En 2005, los contratos de duración determinada representaban el 4% de las contribuciones al régimen de seguro de desempleo, contra un 22% de los subsidios entregados. En cuanto al trabajo temporal, la proporción era del 3% contra el 7%. En comparación con los 1.700 millones de euros de aportes hechos entonces a la Unedic, el empleo precario tuvo un costo de 8.200 millones de euros en prestaciones, o sea, un lucro cesante de 6.500 millones. El régimen indemnizatorio de los trabajadores intermitentes del espectáculo, en contraste con los 1.300 millones de euros de prestaciones entregadas en 2009 a cerca de 106.000 beneficiarios, sólo recibió 223 millones de euros de aportes. El déficit se eleva, en consecuencia, a más de 1.000 millones de euros.

rigor presupuestario; las mismas que siempre calificaron muy bien los «bonos basura», causa primera de la crisis de las *subprime*; las mismas que difundieron pronósticos favorables a las empresas condenadas por malversación, como Enron; las mismas que no previeron en absoluto la última crisis financiera) dieron, como lo afirma el comunicado, «buenas notas» y por lo tanto «garantías» a los inversores.

En consecuencia, para «salvar al sistema» de indemnizaciones de la «quiebra» (el chantaje es siempre el mismo) hay que introducir en una institución privada, pero de «interés público», como la Unedic, la lógica financiera, con los siguientes resultados:

1) La tasa de interés aplicada a esos 6.000 millones de euros en préstamo es de alrededor del 3%, lo cual significa que los aportes al seguro de desempleo se convierten en una nueva fuente de ganancia para las instituciones financieras, los fondos de pensión y los bancos. Si Moody's baja la nota, como lo ha hecho hace poco en los casos de Irlanda, Grecia o Portugal, la tasa a la cual la Unedic recibe el dinero prestado aumenta y, por ende, las finanzas imponen una sangría aún más importante sobre aquellos aportes, que se traduce en una menor disponibilidad de ingresos para distribuir como subsidios.

2) Las notas de las tres agencias calificadoras van a influir en las negociaciones sobre la convención del seguro de desempleo que, convocada cada tres años, decide la duración y los montos de los subsi-

dios. Para mantener las buenas notas, sindicatos y patronal van a actuar en función de las exigencias de aquellas agencias, y no de las planteadas por los desempleados, ya que los intereses a pagar varían en relación con las calificaciones.

3) Las agencias calificadoras hacen su ingreso a la gestión del seguro de desempleo por obra de su «poder de evaluación». El carácter paritario de dicha gestión, que está a cargo de los sindicatos de asalariados y las organizaciones patronales, se abre a los inversores privados, que a partir de ahora tendrán voz en la cuestión. La «evaluación» de las agencias se convierte en un elemento de la evaluación general del «estado de salud», la «eficacia» y la «rentabilidad» del seguro de desempleo. Durante el conflicto de los trabajadores intermitentes y el de los desempleados del invierno de 1997-1998, unos y otros intentaron romper el duopolio sindicato/patronal para abrir la gestión del seguro de desempleo a las categorías «precarias», muy mal representadas por los sindicatos, que pensaban y actuaban como defensores de los derechos de los asalariados de jornada completa. La reivindicación de una mayor democratización de la gestión de las cajas de seguros jamás tuvo éxito. En cambio, los «capitalistas industriales», los capitalistas del rubro de seguros y el Estado permitieron la entrada discreta del capital financiero.

No conocemos todas las condiciones de los préstamos tomados por la Unedic. Nos limitamos a espe-

rar que las tasas (el precio del préstamo) sean menos «usurarias» que las firmadas por las colectividades locales, que también deben recurrir a los mercados financieros debido a la imposibilidad de apelar al Tesoro público. La tasa de endeudamiento de las regiones y los departamentos ha aumentado un 50% desde 2001. Un caso entre otros: el miércoles 9 de febrero de 2011, el Consejo General de Seine-Saint-Denis decidió emplazar judicialmente a tres bancos (Depfa, Calyon y Dexia) con los cuales había tomado préstamos calificados de tóxicos, a fin de lograr la anulación de los contratos correspondientes. El 1 de enero de 2011, la deuda de Seine-Saint-Denis se elevaba a 952,7 millones de euros y estaba compuesta en un 71,7% de préstamos estructurados, considerados tóxicos. El departamento suscribió en total sesenta y tres de esos préstamos tóxicos. Estos mismos productos financieros fueron vendidos a numerosas colectividades locales. Están ligados a índices sumamente volátiles, que pueden ocasionar fuertes alzas de las tasas de interés que deben pagar las colectividades. «La tasa inicial, durante tres años, era del 1,47%, y la actual es del 24,20%, lo cual representa un incremento de un millón y medio de euros por año, es decir, casi el costo de una guardería infantil», declaró a la prensa un funcionario electivo.

Los pagos que los fondos de seguro de desempleo de los asalariados y las colectividades locales hacen a los acreedores no constituyen más que una ínfima

parte de la sangría que las finanzas internacionales provocan anualmente en los ingresos de la población de una nación.

En Francia, el pago de los intereses de la deuda del Estado se elevaba, en 2007, a más de 50.000 millones de euros. En términos presupuestarios, esta carga ocupa en el Estado francés el segundo lugar, tras el presupuesto de educación, y es seguida por el de defensa. Absorbe año tras año la casi totalidad del impuesto a la renta.² El incremento de la deuda del Estado es uno de los principales resultados de las políticas neoliberales que, desde mediados de la década de 1970, persiguen el objetivo de transformar la estructura de financiamiento de los gastos del Estado benefactor. Desde este punto de vista, la ley más importante, sancionada por todos los gobiernos e incluida en los distintos tratados europeos, es la prohibición de monetizar la deuda social a través del Banco Central respectivo. Las colectividades locales, al igual que la totalidad de los servicios sociales del Estado benefactor, ya no pueden financiarse mediante la emisión de moneda por parte de dicho banco y de-

²El reembolso del capital de la deuda, que forma parte del servicio de esta, representa para el Estado alrededor de 80.000 millones de euros, vale decir, la suma de todos los otros ingresos fiscales directos (impuesto a las sociedades, impuesto al patrimonio, etc.). En total, el servicio de la deuda del Estado se eleva a 118.000 millones de euros, lo cual corresponde a la totalidad de sus recursos fiscales directos e incluso casi al impuesto al valor agregado (unos 130.000 millones de euros).

ben recurrir a los «mercados financieros». Es lo que se da en llamar «independencia del Banco Central», que en buen romance significa, antes bien, la dependencia respecto de los mercados, porque aquella ley establece la obligación de recurrir a los acreedores privados y aceptar las condiciones dictadas por los propietarios de títulos, acciones y obligaciones. Con anterioridad a su sanción, el Estado podía financiarse por medio del Banco Central sin pagar intereses, y devolvía lo prestado en correspondencia con el ingreso de recursos. Se ha calculado que la suma actualizada de todos los intereses de la deuda pagados desde 1974 (fecha en la cual se estableció en Francia la obligación de que el Estado se financiara en los mercados) se eleva a cerca de un billón doscientos mil millones de euros, contra un total de la deuda pública de un billón seiscientos cuarenta y un mil millones. Los intereses de la deuda constituyen la medida de la depredación que la población sufre a manos de los mercados desde hace cuarenta años.

La «captura» del valor tiene también entre sus víctimas a las empresas. Las políticas neoliberales han hecho de ellas simples activos financieros, llevándolas a «desembolsarles a sus accionistas más que lo que reciben de estos en concepto de fondos».³

³ El Mouhoub Mouhoud y Dominique Plihon, *Le Savoir et la finance: liaisons dangereuses au cœur du capitalisme contemporain*, París: La Découverte, 2009, pág. 124.

El consumo, que en los países desarrollados constituye la mayor parte del producto bruto interno [PIB] (en Estados Unidos llega al 70%), es otra fuente muy importante de «renta» para los acreedores. Las erogaciones más sustanciales de una familia estadounidense (compra de una casa, compra y mantenimiento del automóvil y gastos para los estudios) se efectúan a crédito, pero el consumo es funcional a la deuda aun en el caso de la compra de bienes corrientes, que la mayoría de las veces son pagados con tarjeta de crédito. En Estados Unidos y en el Reino Unido, el índice de endeudamiento de las familias en relación con sus ingresos de bolsillo es, respectivamente, del 120% y el 140%. La crisis de las *subprime* ha demostrado que en las grandes masas de créditos titulizados (las deudas transformadas en títulos negociables en la bolsa), junto a las hipotecas, los créditos para automotores y los préstamos a estudiantes, están las tarjetas de crédito.

A través del consumo mantenemos, sin saberlo, una relación cotidiana con la economía de la deuda. Cargamos en nuestros bolsillos y en nuestras billeteras con la relación acreedor-deudor, inscrita en los circuitos del chip de la tarjeta de crédito. Este pequeño rectángulo de plástico esconde dos operaciones de apariencia inocua, pero de serias consecuencias: la apertura *automática* de la relación de crédito que instaura una deuda *permanente*. La tarjeta de crédito es el medio más simple de transformar a su porta-

dor en deudor permanente, «hombre endeudado» de por vida.⁴

¿Por qué hablar de economía de la deuda, y no de finanzas?

Por conducto del simple mecanismo del interés, sumas colosales se transfieren de la población, las empresas y el Estado benefactor a los acreedores. Esa es la razón por la que Gabriel Ardant consideraba, ya en la década de 1970, que el sistema financiero es, de la misma manera que los sistemas monetario y crediticio, un «poderoso mecanismo de explotación». La llamada «economía real» y la empresa no son más que partes del proceso de valorización, acumulación y explotación capitalista: «Si se lo observa

⁴ «En relación con el crédito al consumo, el pago mediante tarjeta de crédito es un verdadero salto cualitativo. En tanto que tiempo atrás aquel no se otorgaba sino ante un pedido explícito, ahora el sistema de tarjetas lo automatiza; la inversión de la iniciativa es ejemplar: con las tarjetas, la relación crediticia está instalada desde siempre, y para implementarla basta con utilizar la tarjeta (...). El sistema de pago con tarjeta pone en pie una estructura de deuda permanente. Somos permanentemente deudores de algún organismo comercial o bancario y disfrutamos permanentemente de un anticipo sobre los ingresos» (Aido J. Haesler, *Sociologie de l'argent et postmodernité: recherche sur les conséquences sociales et culturelles de l'électronisation des flux monétaires*, Ginebra: Droz, 1995, pág. 282).

con detenimiento, el sistema financiero es tal vez más opresivo». ⁵ El crédito es «uno de los mejores instrumentos de explotación que el hombre haya sabido establecer, porque algunos [individuos], fabricando papel, pueden apropiarse del trabajo y la riqueza de otros». ⁶ Aquello que los medios llaman «especulación» constituye una máquina de captura o depredación de la plusvalía en las condiciones de la acumulación capitalista actual, en la cual es imposible distinguir la renta de la ganancia. El proceso de cambio de las funciones de dirección de la producción y de propiedad del capital, que comenzó a desarrollarse en la época de Marx, está hoy completamente consumado. El «capitalista realmente activo» se transforma, decía ya Marx, en «un mero directivo y administrador del capital», y los «propietarios del capital», en capitalistas financieros o rentistas. El mundo financiero, los bancos y los inversores institucionales no son simples especuladores, sino los (representantes de los) «propietarios» del capital, en tanto que quienes antaño eran «capitalistas industriales», empresarios que arriesgaban sus propios capitales, quedan reducidos a meros «funcionarios» («asalariados» o remunerados con acciones) de la valorización financiera.

⁵ Gabriel Ardant, *Histoire financière de l'Antiquité à nos jours*, París: Gallimard, 1976, pág. 320.

⁶ *Ibid.*, pág. 442.

Es preciso, pues, eliminar de la renta toda connotación moral, porque la eutanasia del rentista, su expulsión de la economía, a diferencia de lo que quería Keynes —que hizo de ello una consigna de reestructuración del capitalismo luego de la crisis de 1929—, significaría no la eutanasia de la «especulación», sino del capitalismo sin más. Significaría la eutanasia de la propiedad privada y del patrimonio, los dos pilares políticos de la economía neoliberal. Además, lo asimilable a una renta es el conjunto de la acumulación capitalista contemporánea. El mercado inmobiliario, el alza continua de los precios de compra y de los alquileres, constituye una renta (¡y qué renta, sobre todo en Estados Unidos!), del mismo modo que pagamos una renta a la propiedad intelectual cada vez que compramos un producto amparado por los derechos de propiedad. Empero, no hay que aferrarse tan sólo a una simple postura de denuncia.

Reducir las finanzas a su función especulativa significa pasar por alto su papel político de representante del «capital social» (Marx), que los capitalistas industriales no logran ni pueden asumir, y su función de «capitalista colectivo» (Lenin), que se ejerce, por intermedio de las técnicas de gobierno, sobre la sociedad en su conjunto. Significa, asimismo, pasar por alto su función «productiva», su capacidad de extraer ganancias. Del total de ganancias de las sociedades de Estados Unidos, el volumen correspon-

dente a las compañías financieras, de seguros e inmobiliarias estuvo cerca de alcanzar, en la década de 1980, al de las empresas del sector manufacturero, y en la década siguiente lo superó. En Inglaterra se trata del primer sector de la economía.

Por otra parte, es imposible separar las finanzas de la producción, porque son parte integrante de todos los sectores de actividad. Las finanzas, la industria y los servicios trabajan en una simbiosis:

«La industria automotriz, para no mencionar más que un ejemplo, funciona íntegramente con mecanismos de crédito (compras *arate*, *leasing*, etc.), y por consiguiente el problema de General Motors concierne tanto, y quizá más, a la producción de automóviles como a su filial especializada en el crédito al consumo, indispensable para vender sus productos a los consumidores. Es decir que nos encontramos en una época histórica en la cual las finanzas son consustanciales a cualquier producción de bienes y servicios».⁷

En el neoliberalismo, lo que se denomina de manera reduccionista «finanzas» expresa el crecimiento espectacular de la relación acreedor-deudor. El neoliberalismo ha promovido la integración del sistema monetario, bancario y financiero mediante las técnicas que traducen la voluntad de hacer de esa rela-

⁷ Christian Marazzi, *Finanza bruciata*, Bellinzona: Edizioni Casagrande, 2009, pág. 44 (la traducción al francés es mía).

ción un objetivo político de primera magnitud, porque ella refleja, sin ambigüedad alguna, una relación de fuerzas fundada en la propiedad. En la crisis, la relación entre propietarios (del capital) y no propietarios (del capital) multiplica su influjo sobre todas las otras relaciones sociales.

Una de esas técnicas es la «titulización»,⁸ que en Francia hace posible, desde 1988 (ley del 23 de diciembre, votada a instancias del socialista Pierre Bérégovoy), la transformación de una acreencia (deuda) en título canjeable en los mercados financieros. La llamada «financiarización» constituye no tanto una modalidad de financiamiento de las inversiones,⁹ sino un enorme dispositivo de gestión de las deudas privadas y públicas y, por ende, de la relación acreedor-deudor, gracias a las técnicas de tituliza-

⁸ La titulización es una técnica financiera que consiste, tradicionalmente, en transferirles a inversores ciertos activos financieros, como acreencias (por ejemplo, facturas emitidas y no saldadas o préstamos en vigencia), para transformarlos, en virtud del paso por una sociedad *ad hoc*, en títulos financieros emitidos en el mercado de capitales. En el lenguaje bursátil, un título designa un valor, una acción, un préstamo. Se dice, por ejemplo, que un banco procede a una «titulización» cuando convierte un bien en un valor que coloca en la bolsa.

⁹ Las empresas no recurren a los mercados financieros con el objeto de obtener fondos para sus inversiones, sino que prefieren autofinanciarse. Todas las grandes empresas que cotizan en bolsa se autofinancian; utilizan fondos propios hasta un 90% de su necesidad de financiamiento. Recurren a los mercados financieros para acrecentar la parte de «renta», que no se genera dentro de la empresa.

ción. En consecuencia, más que de finanzas, preferimos hablar de «deuda» e «interés». No vamos a analizar las «finanzas», sus mecanismos internos, la lógica que gobierna las decisiones de los *traders*, etc., sino la relación entre acreedor y deudor. Vale decir que, al contrario de lo que repiten una y otra vez los economistas, los periodistas y otros «expertos», las finanzas no son un exceso de especulación que habría que *regular*, una simple funcionalidad capitalista que se ocupa de la inversión; tampoco constituyen una de las expresiones de la *avidéz* y la *codicia* de la «naturaleza humana», que sería necesario *dominar* razonablemente, sino una relación de poder. La deuda son las finanzas desde el punto de vista de los deudores que deben devolverla. El interés son las finanzas desde el punto de vista de los acreedores, propietarios de títulos que les garantizan la obtención de un beneficio con la deuda.

En términos políticos, *economía de la deuda* parece una expresión más apropiada que «finanzas» o «economía financiarizada», e incluso que «capitalismo financiero», porque se comprende de inmediato de qué se trata: de la deuda que los griegos, los irlandeses, los portugueses, los ingleses, los islandeses, no quieren pagar y contra la cual se lanzan a las calles desde hace meses; de la deuda que legitima el aumento de los costos de matriculación en las universidades inglesas y desencadena violentos enfrentamientos en Londres; de la deuda que justifica la

quita de 800 euros por familia, también en Inglaterra, con el fin de restablecer el equilibrio de las cuentas públicas, sacudido por la crisis financiera; de la deuda que determina los recortes presupuestarios en la educación italiana, contra los cuales se levantan los estudiantes de Roma, y de la deuda que corta los servicios sociales, la financiación de la cultura, los subsidios por desempleo y los ingresos mínimos sociales en Francia y, con el nuevo pacto de estabilidad, en Europa.

Una vez establecido que las crisis actuales no son resultado de un desacoplamiento de las finanzas y la producción, de la llamada economía «virtual» y la economía «real», sino que expresan una relación de poder entre acreedores y deudores, es necesario examinar el influjo creciente de la deuda sobre las políticas neoliberales.

La fabricación de la deuda

La deuda no es, pues, una desventaja para el crecimiento; constituye, al contrario, el motor económico y subjetivo de la economía contemporánea. La fabricación de deudas, es decir, la construcción y el desarrollo de la relación de poder entre acreedores y deudores, se ha pensado y programado como el núcleo estratégico de las políticas neoliberales. Si la deuda es tan decisiva para comprender y por lo tan-

to combatir el neoliberalismo es porque este, desde su nacimiento, se articula en torno a su lógica. Así, uno de los puntos de inflexión del neoliberalismo es lo que algunos economistas definen como «el golpe de 1979», el cual, al posibilitar la conformación de enormes déficits públicos, abrió la puerta a la economía de la deuda y constituyó el punto de partida de una inversión de las relaciones de fuerzas entre acreedores y deudores. En 1979, a instancias de Paul Volcker (presidente por entonces de la Reserva Federal, y más adelante asesor económico del primer equipo de Obama), las tasas nominales (los intereses a pagar para reembolsar la deuda) se incrementaron a más del doble, pasando del 9% al 20%, cuando en el período precedente habían sido en promedio negativas. «Esas tasas elevadas generaron de la nada endeudamientos acumulativos de los Estados (deuda pública) o los países (deuda externa). Las clases acomodadas construyeron así un dispositivo de polarización extrema entre acreedores y deudores, de proporciones gigantescas»,¹⁰ para exclusivo beneficio de los primeros.

¹⁰ Gérard Duménil y Dominique Lévy, «La finance capitaliste. rapports de production et rapports de classe», en Suzanne de Brunhoff *et al.*, *La Finance capitaliste: séminaire d'études marxistes*, París: Presses Universitaires de France, 2006, pág. 167 [«Las finanzas capitalistas: relaciones de producción y relaciones de clase», en Suzanne de Brunhoff *et al.*, *Las finanzas capitalistas: para comprender la crisis mundial*, Buenos Aires: Herramienta, 2009].

La imposibilidad de monetizar la deuda social (esto es, la deuda del Estado benefactor) mediante los mecanismos monetarios (recurso del Tesoro al Banco Central) obliga al desarrollo de los mercados financieros; este desarrollo es, una vez más, organizado, solicitado e impuesto, paso a paso, por el Estado —en Francia, lo esencial se hizo bajo los gobiernos socialistas—.

Los mercados financieros fueron estructurados y organizados, en consecuencia, a través de la gestión de las deudas de los Estados, generadas por el golpe de 1979. Pero estos últimos no limitaron su intervención a liberalizar esos mercados, sino que también acompañaron la organización y estructuración de su funcionamiento:

«Por lo tanto, ampliaron (al diversificar la gama de títulos emitidos en los mercados primarios) y profundizaron (al aumentar los volúmenes de transacción en el mercado secundario) los mercados de títulos públicos atractivos para los ahorristas. La curva de la tasa de interés para esos títulos se convirtió en la referencia para la formación del precio de los activos, en lugar de los tipos de interés preferencial de los bancos».¹¹

¹¹ Michel Aglierta y André Orléan, *La Monnaie entre violence et confiance*, París: Odile Jacob, 2002, pág. 244 [*La moneda, entre violencia y confianza*, Bogotá: Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales (CIPE), Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales, Universidad Externado de Colombia, 2006].

Las políticas monetarias, las políticas de deflación de los salarios (masa salarial), las políticas del Estado benefactor (reducción de erogaciones sociales) y las políticas fiscales (transferencia de varios puntos del PBI hacia las empresas y las capas más ricas de la población en todos los países industrializados) convergen en la creación de enormes deudas públicas y privadas.

La reducción de la deuda —hoy, a la orden del día en todos los países— no se contradice con su creación, porque no hace sino continuar y profundizar el programa político neoliberal. Por un lado, se trata de retomar, por medio de las políticas de austeridad, el control sobre lo «social» y los gastos del Estado benefactor en ese ámbito, es decir, sobre los ingresos, el tiempo (de la jubilación, de las vacaciones, etc.) y los servicios sociales que las luchas sociales arrancaron a la acumulación capitalista. Ese objetivo se enuncia con claridad en el programa de la patronal francesa, «La refundación social», cuya dirección se transfirió, a fines del siglo pasado, de manos de los jefes de la industria a las de sus pares de los sectores financiero y de seguros. En 1999, momento del lanzamiento del programa, Denis Kessler, su ideólogo, afirmaba que era necesario volver a hacer valer «la exigencia económica en un ámbito de lo social que en ocasiones tiende en demasía a jugar con la idea de emanciparse de ella e incluso a preten-

der dominarla».¹² Por otro lado, se trata de continuar e intensificar el proceso de privatización de los servicios del Estado benefactor, vale decir, su transformación en terreno de acumulación y rentabilidad de las empresas privadas. Estas deben «reinternalizar» la protección social que habían externalizado durante el fordismo «delegándola» en el Estado (los aseguradores en especial, punta de lanza de la nueva dirección del Medef [Mouvement des entreprises de France (Movimiento de Empresas de Francia)], consideran que en 1945 fueron «despojados»). Los planes de austeridad impuestos por el FMI y Europa a Grecia y Portugal exhiben como estandarte, entre sus medidas, la necesidad de «nuevas privatizaciones». Con referencia a la imposición de esas medidas, un sindicalista griego hizo notar que, más que de un plan de «rescate», se trata, sin duda alguna, de una «liquidación».

La economía de la deuda expresa de tal modo un capitalismo en el cual el ahorro de los asalariados y de la población, los fondos de pensiones, el seguro de salud y los servicios sociales, «por administrarse en un universo competitivo, volverían a ser una función empresarial».¹³ En 1999, Kessler estimaba en dos billones seiscientos mil millones de francos, o

¹² Denis Kessler, «L'avenir de la protection sociale», *Commentaire*, 87, otoño de 1999, pág. 625.

¹³ *Ibid.*, pág. 622.

na, el 150% del presupuesto del Estado, el botín que representaban para las empresas las erogaciones sociales. La privatización de los mecanismos de seguro social, la individualización de la política social y la voluntad de hacer de la protección social una función empresarial son fundamentos de la economía de la deuda.

La última crisis financiera ha sido aprovechada por el bloque de poder de la economía de la deuda como una oportunidad para profundizar y extender la lógica de las políticas neoliberales.

La deuda, expresión de una relación de poder específica

La deuda actúa a la vez como máquina de captura, de «depredación» o de «punción» sobre la sociedad en su conjunto, como un instrumento de prescripción y gestión macroeconómica y como un dispositivo de redistribución de los ingresos. Funciona, asimismo, en cuanto dispositivo de producción y «gobierno» de las subjetividades colectivas e individuales. Para explicar las nuevas funciones de las finanzas, la teoría económica heterodoxa de André Orléan habla de «poder acreedor» y «potencia acreedora», cuya fuerza «se aprecia en la capacidad de transformar el dinero en deuda y la deuda en propiedad y, de tal manera, influir directamente sobre las relacio-

nes sociales que estructuran nuestras sociedades».¹⁴ El pensamiento de Orléan define la relación acreedor-deudor como el eje en torno al cual se produce la transformación de la «gobernanza» (palabra de la neolengua del poder que significa «mando») capitalista: «Se ha pasado de la regulación fordista, que privilegiaba el polo industrial y deudor, a una regulación financiera, que pone en primer plano el polo financiero y acreedor».¹⁵

Sin embargo, la relación entre acreedor y deudor no se limita a «influir directamente sobre las relaciones sociales», porque es de por sí una relación de poder, una de las más importantes y universales del capitalismo contemporáneo. El crédito o deuda y su relación acreedor-deudor constituyen una relación de poder específica que implica modalidades específicas de producción y control de la subjetividad (una forma particular de *homo oeconomicus*, el «hombre endeudado»). La relación acreedor-deudor se superpone a las relaciones capital-trabajo, Estado beneficiario-usuario y empresa-consumidor y las atraviesa, instituyendo como «deudores» a usuarios, trabajadores y consumidores.

La deuda segrega una «moral» propia, a la vez diferente y complementaria de la del «trabajo». El par

¹⁴ M. Aglietta y A. Orléan, *La Monnaie entre violence. . .*, op. cit., pág. 182.

¹⁵ *Ibid.*, pág. 248.

«esfuerzo-recompensa» de la ideología del trabajo se acompaña de la moral de la *promesa* (de reembolsar la deuda) y la *culpa* (de haberla contraído). Como nos lo recuerda Nietzsche, el concepto de *Schuld* (culpa), de importancia fundamental en la moral, se remonta al concepto muy material de *Schulden* (deudas). La «moral» de la deuda induce una moralización a la vez del desempleado, el «asistido» y el usuario del Estado benefactor, pero también de pueblos enteros. La campaña de la prensa alemana contra los parásitos y holgazanes griegos es un testimonio de la violencia de la culpa que destila la economía de la deuda. En el momento de hablar de la deuda, los medios, los políticos y los economistas no tienen más que un mensaje que transmitir: «la culpa es suya», «ustedes son culpables». Los griegos se consuelan tranquilamente al sol, mientras que los protestantes alemanes trajinan por el bien de Europa y de la humanidad bajo un cielo desapacible.

El poder de la deuda se representa como si no se ejerciera por represión ni por ideología: el deudor es «libre», pero sus actos, sus comportamientos, deben desplegarse en los marcos definidos por la deuda que ha contraído. Esto vale tanto para el individuo como para una población o un grupo social. Se es libre en la medida en que se asume el *modo de vida* (consumo, empleo, erogaciones sociales, impuestos, etc.) compatible con el reembolso. El uso de técnicas para instruir a los individuos acerca de cómo vivir

con la deuda comienza muy pronto, incluso antes de su entrada al mercado laboral.¹⁶ El poder del acreedor sobre el deudor se parece mucho a la última definición del poder en Foucault: acción sobre una acción, acción que mantiene «libre» a aquel sobre el cual se ejerce el poder. El poder de la deuda nos deja libres y nos incita y empuja a actuar para que podamos cancelar nuestras deudas (aun cuando, como el FMI, tenga cierta tendencia a matar a los «deudores» con la imposición de políticas económicas que favorecen la «recesión»).

El neoliberalismo gobierna a través de una multiplicidad de relaciones de poder: acreedor-deudor,

¹⁶ En Estados Unidos, el 80% de los estudiantes que terminan un máster de derecho acumulan una deuda de 77.000 dólares si lo hicieron en una universidad privada y de 50.000 si escogieron una pública. El endeudamiento promedio de los estudiantes que terminan una especialización en medicina es, según un estudio de la Association of American Medical Colleges, de 140.000 dólares. Una estudiante que terminó con éxito su máster en derecho declaró a un diario italiano: «Creo que no conseguiré pagar las deudas que contraí para solventar mis estudios; algunos días creo que cuando me muera todavía voy a estar pagando las mensualidades de la deuda con la universidad. Hoy tengo un plan de reembolso escalonado a lo largo de veintisiete años y medio, pero es demasiado ambicioso porque la tasa es variable y sólo llego a pagar los intereses(. . .). Me cuidó mucho en los gastos y no dejó de anotarlos en un cuaderno, desde un café hasta el pasaje de autobús (. . .). Todo debe programarse (. . .). Lo que más me preocupa es que no puedo ahorrar y la deuda está siempre ahí, atormentándome» (*La Repubblica*, 4 de agosto de 2008; la traducción al francés es mía).

capital-trabajo, *Welfare*-usuario, consumidor-em-presa, etc. Empero, la deuda es una relación de poder universal, porque todo el mundo está incluido en ella: aun quienes son demasiado pobres como para tener acceso al crédito deben pagar intereses a acreedores ante la necesidad de reembolsar la deuda pública, y aun los países que son demasiado pobres como para tener un Estado benefactor deben reembolsar sus deudas.

La relación acreedor-deudor involucra a la población actual en su conjunto, pero también a las venideras. Los economistas nos aseguran que cada bebé francés tiene al nacer una deuda de 22.000 euros. Ya no es el pecado original el que se nos transmite con el nacimiento, sino la deuda de las generaciones precedentes. El «hombre endeudado» está sometido a una relación de poder acreedor-deudor que lo acompaña a lo largo de toda la vida, desde la cuna hasta la tumba. Si antaño nos endeudábamos con la comunidad, con los dioses, con los ancestros, ahora estamos en deuda con el «dios» Capital.

Carecemos de las herramientas teóricas necesarias para analizar en toda su amplitud la relación de poder entre acreedor y deudor y las diferentes funciones abarcadas por la deuda. El concepto de especulación sólo comprende una parte de la maquinaria de la deuda e impide ver sus funciones productivas, distributivas, de captura y modelización de la subjetividad.

Vamos a recuperar el pensamiento de Deleuze y Guattari, quienes, al darle un carácter operativo en el capitalismo contemporáneo, siempre fueron fieles a la argumentación de la segunda disertación de *La genealogía de la moral*: «Nietzsche ve en el crédito, y no en el intercambio, el arquetipo de la organización social». ¹⁷ Hay que destacar de una vez por todas que de esta afirmación no debe deducirse la desaparición o la inexistencia del intercambio, sino únicamente el hecho de que este funciona sobre la base de una lógica que no es la de la igualdad sino la del desequilibrio, el diferencial de poder.

Ver en la deuda el arquetipo de la relación social significa dos cosas. Por una parte, hacer que la economía y la sociedad comiencen por una asimetría de poder, y no por el intercambio comercial que implica y presupone la igualdad; introducir los diferenciales de poder entre grupos sociales, y dar una nueva definición de la moneda, porque ella se manifiesta de inmediato como mando, poder de destrucción y creación sobre la economía y la sociedad. Por otra parte, comenzar por la deuda implica que la economía sea inmediatamente subjetiva, porque aquella es una relación económica que para realizarse presu-

¹⁷ Gilles Deleuze, *Nietzsche et la philosophie*, París: Presses Universitaires de France, 1968 (7ª ed.), pág. 155 [*Nietzsche y la filosofía*, Barcelona: Anagrama, 1970]. En este libro de 1962 ya se trata de la deuda y sus efectos sobre la subjetividad.

pone una modelización y un control de la subjetividad, de tal manera que el «trabajo» sea indisociable de un «trabajo sobre sí mismo». A lo largo de este ensayo vamos a comprobar, por medio de la deuda, una verdad que atañe a toda la historia del capitalismo: aquello que definimos como «economía» sería lisa y llanamente imposible sin la producción y el control de la subjetividad y de sus formas de vida.

Los dos autores de *El anti-Edipo*, donde por primera vez se plantea y se explota largamente la teoría de la deuda, tampoco dejarán nunca de ser fieles a Marx y sobre todo a su teoría de la moneda. En una entrevista de 1988, en pleno período de auge neoliberal, Deleuze destacaba la importancia de volver a la concepción marxista de la moneda: «El que reina más allá es el dinero; es este el que se comunica, y lo que falta en la actualidad no es, por cierto, una crítica del marxismo, sino una teoría moderna del dinero que sea tan buena como la de Marx y la prolongue».¹⁸ Deleuze y Guattari interpretarán la teoría marxista, por un lado, a partir de la relación entre acreedor y deudor, y, por el otro, a partir de la univocidad del concepto de producción: la producción de subjetividad, de formas de vida, de modalidades de existencia, no remite a la superestructura, sino que for-

¹⁸ Gilles Deleuze, *Pourparlers, 1972-1990*, París: Éditions de Minuit, 1990, pág. 208 [*Conversaciones, 1972-1990*, Valencia: Pre-Textos, 1995].

ma parte de la infraestructura «económica». Además, en la economía contemporánea, la producción de subjetividad demuestra ser la primera y más importante fuente de producción, «mercancía» que participa de la producción de todas las otras.

En lo que atañe a la moneda, ambos autores afirman que no deriva del intercambio, de la circulación simple, de la mercancía; no constituye tampoco el signo o la representación del trabajo, sino que expresa una asimetría de fuerzas, un poder de prescribir e imponer modos de explotación, dominación y sujeción venideros. La moneda es, ante todo, moneda-deuda, creada *ex nihilo*, sin equivalente material alguno, como no sea en un poder de destrucción/creación de las relaciones sociales y, sobre todo, de los modos de subjetivación.

Este rodeo teórico nos parece esencial para poder comprender a continuación de qué manera la relación acreedor-deudor modela el conjunto de las relaciones sociales en las economías neoliberales. No se trata con ello de proponer una nueva teoría totalizadora del neoliberalismo, sino de plantar hitos esenciales sobre los cuales podamos luego apoyarnos para releer las transformaciones actuales sufridas por nuestras sociedades a través de la economía de la deuda.

. La genealogía de la deuda del deudor

Deuda y subjetividad:
el aporte de Nietzsche

*La relación acreedor-deudor en el
fundamento de la relación social*

El papel de la economía de la deuda parece haber producido en nuestras sociedades un cambio radical, cuyo sentido se interpretará con ayuda de la segunda disertación de *La genealogía de la moral*.

La economía neoliberal es una economía subjetiva, es decir, una economía que requiere y produce procesos de subjetivación cuyo modelo ya no son, como lo eran en la economía clásica, el hombre que intercambia y el productor. En el transcurso de las décadas de 1980 y 1990, ese modelo tuvo su representación en el empresario (de sí mismo), según la definición de Michel Foucault que resumía en ese concepto la movilización, el involucramiento y la activación de la subjetividad por las técnicas de administración de empresas y de gobierno social. Hoy, cuando las crisis financieras empiezan a sucederse

unas a otras, la figura subjetiva del capitalismo contemporáneo parece encarnarse, antes bien, en el «hombre endeudado». Esta condición, que ya existía, porque representa el núcleo de la estrategia neoliberal, ha pasado a ocupar la totalidad del espacio público. El conjunto de los roles asignados en la división social del trabajo de las sociedades neoliberales («consumidor», «usuario», «trabajador», «empresario de sí mismo», «desempleado», «turista», etc.) está atravesado por esa figura subjetiva del «hombre endeudado», que los metamorfosea en consumidor endeudado, usuario endeudado y, finalmente, como es el caso de Grecia, en ciudadano endeudado. Si no es la deuda individual, lo que pesa literalmente en la vida de cada cual es la deuda pública, porque cada cual debe hacerse cargo de ella.

Durante mucho tiempo sostuve que esa implicación subjetiva se deducía principalmente de los cambios en la organización del trabajo. Hoy querría matizar esa afirmación con la ayuda de una hipótesis complementaria: es la deuda y la relación acreedor-deudor lo que constituye el paradigma subjetivo del capitalismo contemporáneo, en el cual el «trabajo» se acompaña de un «trabajo sobre sí mismo», y la actividad económica y la actividad ético-política de la producción del sujeto van a la par. Es la deuda la que disciplina, domestica, fabrica, modula y modela la subjetividad. ¿De qué subjetividad se trata? ¿A qué maquinaria apela la deuda para fabricar al sujeto?

Nietzsche había dicho ya lo esencial a este respecto. En la segunda disertación de *La genealogía de la moral* barre de un plumazo con el conjunto de las relaciones sociales: la constitución de la sociedad y el disciplinamiento del hombre («extraer de la fiera humana un animal manso y civilizado; en síntesis, un animal doméstico»)¹ no son resultado del intercambio económico (en contra de la tesis propuesta por toda la tradición de la economía política, desde los fisiócratas hasta Marx pasando por Adam Smith), ni del intercambio simbólico (en contra de las tradiciones teóricas antropológicas y psicoanalíticas), sino de la relación entre acreedor y deudor. De este modo, Nietzsche hace del crédito el paradigma de la relación social y desecha cualquier explicación «a la inglesa», o sea, a través del intercambio o el interés.

¿Qué son el crédito o la deuda en su significación más simple? Una promesa de pago. ¿Qué es un activo financiero, una acción o una obligación? La promesa de un valor futuro. «Promesa», «valor» y «futuro» son así las palabras claves de la segunda disertación nietzscheana. Para Nietzsche, la relación «más antigua y primitiva que existe entre las personas» es la relación entre acreedor y deudor. En ella,

¹ Friedrich Nietzsche, *La Généalogie de la morale*, París: Gallimard, 1988, col. «Folio», pág. 42 [*La genealogía de la moral*, Madrid: Alianza, 1971]. Todas las citas de este capítulo pertenecen a la segunda disertación.

«la persona se mide por primera vez con la persona». ² Por consiguiente, la tarea de una comunidad o una sociedad ha sido, ante todo, la de generar un hombre capaz de *prometer*, un hombre en condiciones de *hacerse garante de sí mismo* en la relación acreedor-deudor; esto es, en condiciones de cancelar su deuda. Fabricar un hombre capaz de mantener una promesa significa construirle una memoria, dotarlo de una interioridad, de una conciencia que pueda oponerse al olvido. La memoria, la subjetividad y la conciencia comienzan a fabricarse en la esfera de las obligaciones de la deuda.

En su comentario acerca de estos pasajes de *La genealogía de la moral*, Deleuze y Guattari hacen notar que el hombre se constituye por la represión de la memoria biocósmica y por la conformación de la memoria de las palabras, a través de las cuales se enuncia la promesa. ³ Empero, si esta implica una memoria de la palabra y la voluntad, no basta con enunciar una promesa para quedar exento de la deuda. La segunda disertación es una excelente desmitificación del funcionamiento de lo que la filosofía analítica llama «performativo». El performativo de la promesa, si bien realiza el acto de prometer, en lu-

² *Ibid.*, pág. 75.

³ Gilles Deleuze y Félix Guattari, *L'Anti-Edipe*, París: Éditions de Minuit, 1972, pág. 225 [*El anti-Edipo: capitalismo y esquizofrenia*, Barcelona: Paidós, 1998].

no de describirlo, no constituye en sí mismo el reembolso de la deuda. La promesa es, a no dudar, un «acto de habla», pero la humanidad ha producido una multiplicidad de técnicas, cada una más «pavorosa y siniestra» que la anterior, para asegurarse de que el performativo no quede en una simple palabra, *in flatu vocis*. El performativo de la promesa implica y presupone una «mnemotécnica» de la crueldad y una mnemotécnica del dolor, las cuales, como la máquina de la colonia penitenciaria de Kafka, escriben la promesa de reembolsar la deuda directamente en el cuerpo. «Para fijar algo en la memoria se graba a fuego: únicamente lo que no cesa de doler permanece en la memoria».⁴

Asimismo, la «confianza», palabra mágica de cualquier crisis financiera, repetida como un ensalmo por todos los sirvientes de la economía de la deuda (periodistas, economistas, políticos, expertos), no sólo cuenta con la garantía de la enunciación, sino que requiere prendas corporales e incorpóreas:

«Para inspirar confianza en su promesa de reembolso, para dar una garantía de la seriedad y el carácter sagrado de esa promesa, para grabar en su memoria el deber de devolver, el deudor, en virtud de un contrato, le da como prenda al acreedor (para la eventualidad de que no pague) un bien que él “posee”, del cual todavía dis-

⁴ F. Nietzsche, *La Génealogie...*, *op. cit.*, pág. 63.

pone; por ejemplo, su cuerpo, su mujer, su libertad y hasta su vida (o, en ciertas condiciones específicas de índole religiosa, su felicidad, la salvación de su alma e incluso su reposo en la rumba)». ⁵

La esfera del derecho de las obligaciones de la deuda representa, de esta manera, el núcleo original del mundo de los «asuntos lúgubres» (Nietzsche) que constituyen los conceptos morales: «falta», «culpa», «conciencia» y «mala conciencia», «represión», «deber», «carácter sagrado del deber», etc. Disciplinar a un animal para que prometa supone también otra tarea que se debe cumplir anteriormente: la de hacer al «hombre uniforme hasta cierto punto, igual entre los iguales, regular y por consiguiente calculable». ⁶ La moral de las costumbres —verdadero «trabajo del hombre sobre sí mismo»— y «la camisa de fuerza social han tornado al hombre en realmente previsible». ⁷

La deuda implica, entonces, una subjetivación, aquello que Nietzsche llama un «trabajo sobre sí mismo, una tortura de sí mismo». Ese trabajo es el de la producción del sujeto individual, responsable frente a su acreedor y en deuda con él. En cuanto relación económica, y para poder desplegarse, la deuda tiene, por lo tanto, la particularidad de implicar

⁵ *Ibid.*, pág. 68.

⁶ *Ibid.*, pág. 61.

⁷ *Ibid.*

un trabajo ético-político de constitución del sujeto. Y el capitalismo contemporáneo parece haber descubierto por sí mismo las técnicas nietzscheanas de construcción de un hombre capaz de prometer: el trabajo se acompaña de un trabajo sobre sí, una tortura de sí, una acción sobre sí. La deuda entraña un proceso de subjetivación que marca a la vez el «cuerpo» y la «mente».

Cabe señalar que tanto Foucault como Deleuze y Guattari enuncian un concepto no económico de la economía (la producción económica implica la producción y el control de la subjetividad y de sus formas de vida; la economía supone una «moral de las costumbres»; el deseo forma parte de la «infraestructura») a partir de una lectura de Nietzsche.

El hombre es el «animal evaluador por antonomasia». Sin embargo, el origen de la medida, el origen de la evaluación, de la comparación, del cálculo, de la contabilidad (todas ellas, funciones que serán las de la moneda), no debe buscarse en el intercambio económico o en el trabajo, sino en la deuda. La equivalencia y la medida, en efecto, no se forjan en el intercambio, sino en el cálculo de las prendas exigidas por el reembolso de la deuda:

«El acreedor podía, en especial, infligirle al cuerpo del deudor toda clase de humillaciones y tormentos, como, por ejemplo, cortarle un pedazo que pareciera correspondiente a la magnitud de la deuda; desde ese punto

de vista, muy pronto y por doquier hubo tasaciones precisas, a veces atroces en su minucia, y dotadas de fuerza de ley, de cada miembro y cada parte del cuerpo». ⁸

También en este caso la economía parece convertirse en nietzscheana: su medida ya no es sólo objetiva (el tiempo de trabajo), sino igualmente subjetiva, porque se funda en dispositivos de evaluación, y de allí el poder económico de la opinión pública en nuestras sociedades.

El concepto de deuda tiene, por añadidura, consecuencias sobre los paradigmas sociopolíticos de aprehensión y genealogía de las relaciones sociales y las instituciones. La asimetría de poder que la constituye nos libera de la «ensoñación» según la cual el Estado y la sociedad comienzan por el contrato (o, en la versión contemporánea, por la convención): «¡Qué le importan los contratos a quien puede mandar!». ⁹ También nos libera de la concepción del proceso de constitución de la sociedad como paso del estado de naturaleza a la sociedad y lo político. Los procesos de constitución de la sociedad no se desenvuelven por medio de cambios graduales, consentimiento, convención o delegación, sino por «ruptura», «salto», «coacción». Los nuevos contratos y las nuevas convenciones únicamente se establecen co-

⁸ *Ibid.*, pág. 68.

⁹ *Ibid.*, pág. 96.

mo consecuencias de las rupturas, los saltos y las coacciones.

Si necesitáramos una confirmación más de ese estado de cosas, bastaría con observar, aun con una mirada indolente, cómo se ha impuesto el neoliberalismo. Sin duda no por contrato o convención, sino por fractura, violencia y usurpación. La acumulación original del capital siempre es contemporánea de su desarrollo: no es una de sus etapas históricas, sino una actualidad siempre renovada.

El tiempo de la deuda como posibilidad, elección, decisión

«La sociedad dominada por la actividad bancaria, y en consecuencia por el crédito, *juega* con el tiempo y la espera, *juega* con el futuro, como si *antes* de ella misma, con anticipación a ella, todas esas actividades se contarán masivamente en la expectativa y el descuento».

Jean-Joseph Goux, «Cash, check or charge?»,
Communications, 50(50), 1989, pág. 16.

La cuestión más importante que plantea la segunda disertación de *La genealogía de la moral* es la del tiempo y la subjetivación «ético-política» derivada de él, porque la memoria que se debe fabricar no es una memoria que conserva el pasado, sino una memoria del futuro. Hay que fabricar, para el acreedor

y para el deudor, una «memoria tendida hacia el futuro», capaz de «involucrarse en el futuro».¹⁰

¿Qué es el crédito? Es una promesa de satisfacer la deuda, una promesa de reembolso en un futuro más o menos lejano pero siempre imprevisible, porque está sometido a la incertidumbre radical del tiempo. Para Nietzsche, fabricarle una memoria al hombre significa «disponer de antemano del futuro», «ver lo remoto como si estuviera presente y anticiparlo», e incluso «responder de sí mismo como futuro».¹¹ El otorgamiento de un crédito obliga a calcular lo incalculable —los comportamientos y acontecimientos futuros— y a aventurarse en la incertidumbre del tiempo. En consecuencia, las técnicas de la deuda tienen la obligación de neutralizar el tiempo, es decir, el riesgo que le es inherente. Deben prever y conjurar cualquier «bifurcación» imprevisible de los comportamientos del deudor que el futuro pueda ocultar.

A la luz de la economía de la deuda neoliberal, la segunda disertación de *La genealogía de la moral* se colorea así con una nueva actualidad: la deuda no es sólo un dispositivo económico, sino también una técnica securitaria de gobierno tendiente a reducir la incertidumbre de las conductas de los gobernados. Al disciplinar a estos para «prometer» (honrar su

¹⁰ *Ibid.*, pág. 60.

¹¹ *Ibid.*

deuda), el capitalismo «dispone de antemano del futuro», porque las obligaciones de la deuda permiten prever, calcular, medir, establecer equivalencias entre las conductas actuales y las venideras. Los efectos del poder de la deuda sobre la subjetividad (culpa y responsabilidad) le permiten al capitalismo tender un puente entre el presente y el futuro.

Cuando decimos que la economía de la deuda es una economía del tiempo y la subjetivación, lo hacemos de conformidad con una acepción específica. En efecto: el neoliberalismo es una economía vuelta hacia el porvenir, ya que las finanzas son una promesa de riqueza futura y, por ende, inconmensurable con la riqueza actualizada. ¡Es inútil invocar un escándalo porque no hay correspondencia entre el «presente» y el «futuro» de la economía! Lo importante es la pretensión de las finanzas de reducir lo que será a lo que es, vale decir, reducir el futuro y sus posibilidades a las relaciones de poder actuales. En esta perspectiva, toda la innovación financiera no tiene más que una finalidad: objetivar el futuro para poder disponer de él de antemano. Esta objetivación es de naturaleza muy distinta de la del tiempo de trabajo; objetivar el tiempo, disponer de él de antemano, significa que toda posibilidad de elección y decisión que encierre el futuro queda subordinada a la reproducción de las relaciones de poder capitalistas. De tal modo, la deuda no sólo se apropia del empleo actual de los asalariados y del conjunto de la pobla-

ción, sino que tiene también un derecho preferencial sobre el tiempo no cronológico, el futuro de cada quien y el porvenir de toda la sociedad. La extraña sensación de vivir en una sociedad sin tiempo, sin posibilidad de imaginar una ruptura, tiene en la deuda su principal explicación.

La relación entre tiempo y deuda, préstamo de dinero y apropiación del tiempo por quien presta, es conocida desde hace siglos. Aun cuando en la Edad Media la distinción entre usura e interés no estaba bien establecida —la primera sólo se consideraba un exceso del segundo (¡ah, la sabiduría de los antiguos!)—, había, en cambio, una idea bien precisa acerca de qué era lo que «robaba» el prestamista de dinero y en qué consistía su culpa: vendía tiempo, algo que no le pertenecía y cuyo único dueño era Dios. «¿Qué vende, en efecto, si no el tiempo que transcurre entre el momento de prestar y el de obtener el reembolso con intereses? Ahora bien, el tiempo sólo pertenece a Dios. Ladrón de tiempo, el usurero es un ladrón del patrimonio de Dios».¹²

Para Marx, la importancia histórica del préstamo usurario (una «designación arcaica del interés») estriba en que, en contraste con la riqueza consumista, representa un proceso generador asimilable al del

¹² Jacques Le Goff, *La Bourse et la vie: économie et religion au Moyen Âge*, París: Hachette, 1986, pág. 42 [*La bolsa y la vida: economía y religión en la Edad Media*, Barcelona: Gedisa, 1996].

capital (y precursor de él), es decir, al del dinero que genera dinero. Un manuscrito del siglo XIII citado por Jacques Le Goff sintetiza con claridad este último aspecto y, a la vez, el tipo de tiempo del que se apropia el prestamista de dinero —el tiempo de la vida, y no sólo de trabajo—:

«Los usureros pecan contra la naturaleza al querer que el dinero engendre dinero, como un caballo engendra a un caballo y un mulo a un mulo. Además, los usureros son ladrones, porque venden un tiempo que no les pertenece, y vender un bien ajeno, contra la voluntad de su poseedor, es un robo. Asimismo, como no venden otra cosa que la espera del dinero, es decir, tiempo, venden los días y las noches. Pero el día es el tiempo de la claridad, y la noche, el tiempo del reposo. Por consiguiente, venden la luz y el reposo. No es justo, pues, que tengan la luz y el reposo eternos». ¹³

Mientras que en la Edad Media el tiempo pertenecía a Dios y sólo a él, hoy, en cuanto posibilidad, creación, elección y decisión, es el objeto primordial de la expropiación/apropiación capitalista. Si nos apartamos del punto de vista económico en que todo el mundo parece enredado, ¿qué representan las enormes cantidades de moneda concentradas en los bancos, los seguros, los fondos de pensiones, etc., y manipuladas por las finanzas, si no potencialidades,

¹³ *Ibid.*, pág. 45.

inmensas concentraciones de posibilidades? Las finanzas procuran que las únicas elecciones y decisiones posibles sean las de la tautología del dinero que genera dinero, la producción para la producción. En tanto que en las sociedades industriales aún subsistía un tiempo «abierto» —bajo la forma del progreso o de la revolución—, en nuestros días, el futuro y sus posibilidades, aplastados por las fabulosas sumas de dinero movilizadas por las finanzas y destinadas a reproducir las relaciones de poder capitalista, parecen bloqueados; la deuda, en efecto, neutraliza el tiempo a secas, el tiempo como creación de nuevas posibilidades, esto es, la materia prima de todo cambio político, social o estético. Ella misma, la deuda, es la que ejerce y organiza el poder de destrucción/creación, el poder de elección y decisión.

La economía como proceso de subjetivación

Amén de proponer la relación acreedor-deudor como paradigma social, la segunda disertación de Nietzsche contiene otra enseñanza fundamental, que es necesario profundizar. Ya lo hemos dicho: la relación acreedor-deudor es, inescindiblemente, una economía y una «ética» porque supone, para que el deudor pueda ser garante de «sí mismo», un proceso ético-político de construcción de una subjetividad dorada de una memoria, una conciencia y una moral que lo induzcan, a la vez, a la responsabilidad y a la

culpa. Producción económica y producción de subjetividad, trabajo y ética son indisociables.

La economía de la deuda profundiza así el descubrimiento de la economía política clásica según el cual la esencia de la riqueza es subjetiva, puesto que «subjetivo» no significa aquí únicamente la puesta a disposición de capacidades físicas e intelectuales y de tiempo (el tiempo del empleo) a cambio de un salario, sino también la producción de la subjetividad individual. En este sentido, la economía de la deuda desplaza, a la vez, el concepto de «trabajo» y el concepto de «política». Considero que mis amigos del capitalismo cognitivo se extravían cuando hacen del «conocimiento» la fuente de la valorización y la explotación. El hecho de que la ciencia, los conocimientos técnicos y las innovaciones tecnológicas y organizacionales configuren *las* fuerzas productivas del capital no es nuevo: Marx ya lo había visto con claridad a mediados del siglo XIX. La pretendida economía del conocimiento no representa la generalidad de las relaciones de clase que le atribuye la teoría del capitalismo cognitivo. No es más que un dispositivo, un tipo de actividad, una articulación de las relaciones de poder que se codea con una multiplicidad de otras actividades y otras relaciones de poder sobre las cuales no ejerce hegemonía alguna. Al contrario, debe someterse a los imperativos de la economía de la deuda (recortes salvajes en las inversiones «cognitivas», la cultura, la formación, los servicios,

etc.). Sea como fuere, el destino de la lucha de clases no se juega a partir del conocimiento, ni para el capital ni para los «gobernados».

Lo que necesitan la economía y la sociedad contemporáneas, y lo transversal a ellas, no es el conocimiento sino la conminación a ser «sujeto» económico («capital humano», «empresario de sí mismo»), una conminación que atañe tanto al desempleado como al usuario de servicios públicos, al consumidor, al más «humilde» de los trabajadores, al más pobre o al «migrante». En la economía de la deuda, llegar a ser capital humano o empresario de sí mismo significa asumir los costos y los riesgos de una economía flexible y financiarizada, que distan mucho de ser únicamente los de la innovación: son también, y sobre todo, los de la precariedad, la pobreza, el desempleo, la decadencia de los servicios de salud, la escasez de viviendas, etc. «Hacer de sí mismo una empresa» (Foucault) significa hacerse cargo de la pobreza, el desempleo, la precariedad, los ingresos mínimos, los bajos salarios, las jubilaciones cercenadas, etc., como si fueran «recursos» e «inversiones» del individuo que deben administrarse como un capital, «su» capital. Según se advierte hoy claramente, los conceptos de «empresario de sí mismo» y «capital humano» deben interpretarse a partir de la relación acreedor-deudor, o sea, la relación de poder más general y desterritorializada merced a la cual el bloque de poder neoliberal gobierna la lucha de clases.

En la crisis, el «plus» que el capitalismo postula y captura en todos los ámbitos no es tanto el conocimiento como la *asunción* de los costos y los riesgos externalizados por el Estado y las empresas. Los diferenciales de productividad no derivan principalmente del «saber» o la información, sino de la asunción subjetiva de esos costos y riesgos, ya sea en la producción del conocimiento, en la actividad del usuario o en cualquier otro tipo de actividad. Es esa «subjetivación», además del «trabajo» en el sentido clásico del término, la que —para hablar como los economistas del capital— hace crecer la productividad. La figura subjetiva de aquella asunción es la del deudor afectado de culpa, mala conciencia y responsabilidad que, a medida que nos hundimos en la crisis, borra sus contornos empresariales y los cantos épicos que los comienzos del neoliberalismo habían entonado a la gloria de la innovación y el conocimiento.

Si los capitalistas, por un lado, se preocupan poco por invertir en una más que improbable «sociedad del conocimiento», siempre anunciada y jamás realizada, por el otro, son cruelmente inflexibles a la hora de imponerles a los gobernados la carga de asumir todos los riesgos y estragos económicos que ellos mismos crean. En la crisis de la deuda soberana no se trata en absoluto de conocimiento, capitalismo cognitivo, creatividad o capitalismo cultural, pese a lo cual es ese el terreno escogido por el capital para li-

brar su lucha de clases. La economía de la deuda se caracteriza, entonces, por una doble ampliación de la explotación de la subjetividad: extensiva (porque no sólo concierne al empleo industrial o de servicios, sino a todas las actividades y condiciones) e intensiva (porque concierne a la relación consigo mismo, bajo la forma del empresario de sí mismo a la vez responsable de «su» capital y culpable de su mala gestión, cuyo paradigma es el «desempleado»).

La economía de la deuda ocupa también el terreno de lo político, porque utiliza y explota el proceso de constitución «ético-política» para transformar a cada individuo en sujeto económico endeudado. Estas transformaciones del capitalismo que afectan la vida y la subjetividad no parecen rozar en lo más mínimo las teorías políticas de Rancière y Badiou. ¿Por qué interesarse en la economía de la deuda, la explotación del «trabajo sobre sí mismo» y la apropiación/expropiación del tiempo como oportunidad, elección, decisión, cuando el proceso de subjetivación política, al parecer, se desarrolla siempre de la misma manera, a partir de la cuestión universal de la igualdad, ya sea en la ciudad griega o el Imperio Romano (la rebelión de los esclavos), la Revolución Francesa, la Comuna de París o la Revolución Rusa? ¿Perderíamos el tiempo si nos ocupáramos de las transformaciones del capitalismo, ya que no podemos deducir la revolución de la «economía»? Para Rancière o Badiou, la política es independiente de la

«economía» únicamente porque la imagen que ellos nos hacen de esta y del capitalismo en general es la imagen caricaturesca que vehiculan los propios economistas. Al contrario de lo que enuncian esas teorías revolucionarias, democráticas o simplemente económicas, la fuerza del capitalismo reside en su capacidad de articular la «economía» (y la comunicación, el consumo, el Estado benefactor, etc.) con la producción de subjetividad en diferentes aspectos. Decir, como Badiou y Rancière, que la subjetivación política no es deducible de la economía es muy distinto de plantear la cuestión de su articulación paradójica. El primer caso ilustra la ilusión de una política «pura», puesto que la subjetivación, al no articularse con nada, nunca alcanzará la consistencia necesaria para existir; el segundo caso abre, al contrario, terrenos de experimentación y construcción políticas, porque la subjetivación, si quiere existir y cobrar consistencia, debe efectuar una ruptura, *volviendo a atravesar y reconfigurando* lo económico, lo social, lo político, etcétera.

Los dos Marx

Un Marx muy nietzscheano

Un texto de juventud de Marx, traducido al francés con el título de «Crédit et banque», permite com-

pletar y profundizar la naturaleza de la relación entre acreedor y deudor.¹⁴ En este texto, extraordinario desde varios puntos de vista, Marx esboza una relación de crédito muy diferente de la analizada en el tercer libro de *El Capital*. En este último, que es en realidad una reunión de notas de redacción más o menos rápida, el crédito no es más que una de las tres formas que adopta el capital (financiero, industrial y comercial), y la relación acreedor-deudor se aborda como un asunto entre capitalistas. En «Crédit et banque», al contrario, el deudor es el «pobre», y el juicio «moral» del acreedor recae sobre él con el fin de evaluar su solvencia. Lo que se mide como prenda del reembolso son las «virtudes sociales», las «capacidades sociales», la «carnalidad», la «moral» y la «existencia» misma del pobre. Esas páginas de juventud enriquecen la construcción del «hombre endeudado» como personaje conceptual que hemos comenzado a bosquejar con la preciosa ayuda de Nietzsche.

Para Marx, la relación acreedor-deudor es, a la vez, diferente y complementaria de la relación capital-trabajo. Si se hace abstracción del contenido de la relación entre acreedor y deudor (el dinero), se com-

¹⁴ Karl Marx, «Crédit et banque», en *Œuvres*, vol. 2, *Économie*, 2, París: Gallimard, 1968, págs. 19-23 (todas las citas de este capítulo se han extraído de este texto) [«Extractos de lectura. James Mili, *Éléments d'économie politique*», en *Manuscritos de París: escritos de los Anuarios francoalemanes (1844)*, Barcelona: Crítica, 1978].

prueba que el crédito explota y postula no el *trabajo*, sino la *acción ética* y el *trabajo de constitución de sí mismo en un nivel a la vez individual y colectivo*. La relación de crédito no moviliza las capacidades físicas e intelectuales, como ocurre con el trabajo (sin que importe que sea material o inmaterial), sino la moral del deudor, su modo de existencia (su *ethos*). La importancia de la economía de la deuda deriva del hecho de que se apropia no sólo del tiempo cronológico del empleo, sino también de la *acción*, del tiempo no cronológico, del tiempo en cuanto elección, decisión, apuesta sobre lo que va a suceder y sobre las fuerzas (confianza, deseo, coraje, etc.) que hacen posibles la elección, la decisión, el obrar, y los explota. Dejemos la palabra a las escasas páginas de «Crédit et banque», que datan de 1844:

«La impresión suscitada por el sistema del crédito, cuya expresión consumada es el sistema bancario, es que en él se rompe la fuerza del poder ajeno, material; el estado de autoalienación queda abolido, y el hombre vuelve a encontrarse en relaciones humanas con el hombre».

El crédito *parece* funcionar a contrapelo del mercado y de la relación capital-trabajo. Da la impresión de que las relaciones sociales entre las personas ya no se presentan invertidas en una relación social entre cosas como en el funcionamiento de la relación capital-trabajo. El fetichismo de la mercancía («el poder ajeno, material») ya no parece obrar, porque

el hombre se enfrenta directamente a otro hombre que deposita en él su «confianza»:

«Pero esa supresión de la alienación, ese retorno hombre a sí mismo y por lo tanto al otro, no es más que una ilusión. Es una autoalienación, una deshumanización tanto más infame y extremada cuanto que su elemento ya no es la mercancía, el metal, el papel, sino *existencia moral, la existencia social, la intimidad misma del corazón humano*; cuanto que, bajo la apariencia de la *confianza* del hombre en el hombre, es la *superdesconfianza* y la completa alienación» (las bastardillas son mías).

El crédito realiza y manifiesta aún más que el bajo la esencia subjetiva de la producción, dado que lo que está en juego, según otra traducción francesa del mismo pasaje, es «la existencia moral, la existencia comunitaria, lo más recóndito del corazón humano». Para actuar, es decir, para empezar algo cuya realización está sometida a los imprevistos del tiempo, para aventurarse en lo desconocido, lo invisible y lo incierto, hacen falta otras fuerzas que se empeñan en el trabajo: la confianza en los otros en sí mismo y en el mundo. La relación acreedor-deudor no representa más que la «ilusión» del fin de la subordinación del hombre a la producción «de valor» económico y su elevación a la «producción de los valores», fundada ya no en el trabajo asalariado, el mercado y la mercancía, sino en la comunidad y

los sentimientos más nobles que puede albergar el corazón humano (la confianza, el deseo, el reconocimiento del otro hombre, etc.). Con el crédito, nos dice Marx, la alienación es total, porque lo explotado es el trabajo ético de constitución de sí mismo y de la comunidad.

La confianza, condición del obrar, se metamorfosea en desconfianza de todos hacia todos y se cristaliza a continuación en demanda de «seguridad». La circulación de las deudas privadas es una circulación de intereses egoístas e individuales. Presupone, bajo la apariencia del reconocimiento del otro, una desconfianza previa, ya que el otro es un rival, un competidor o un deudor:

«¿Cuál es la naturaleza del crédito? Hacemos aquí completa abstracción del contenido del crédito, que es siempre el dinero. No consideramos el contenido de la confianza, conforme al cual un hombre reconoce a otro por el hecho de anticiparle valores. En el mejor de los casos (...), cuando no es usurero, señala su confianza en el prójimo al no considerarlo un bribón sino un hombre "bueno". Por "bueno", el acreedor, como Shylock, entiende "solvente"».

La confianza que explota el crédito no tiene nada que ver con la creencia en nuevas posibilidades de vida y, por ende, en una fuerza generosa para consigo mismo, los otros y el mundo. Se limita a ser una confianza en la solvencia y hace de esta el contenido

y la medida de la relación ética. Los conceptos «morales» de bueno y malo, confianza y desconfianza, se traducen en solvencia e insolvencia. Las categorías «morales» por medio de las cuales se «mide» al hombre y su acción son una medida de la razón económica (de la deuda). En el capitalismo, la solvencia es, pues, la medida de la «moral» del hombre.

Y aun en el caso de que «un rico otorgue un crédito a un pobre», que en su época es la excepción y no la regla, Marx señala:

«Vemos que la vida del pobre, sus talentos y su actividad son, a los ojos del rico, una garantía del reembolso de lo prestado: en otras palabras, todas las virtudes *sociales* del pobre, el contenido de su actividad *social*, su *existencia* misma, representan para el rico el reembolso de su capital y sus intereses usuales. La muerte del pobre es, entonces, el peor incidente para el acreedor. Es la muerte del capital y sus intereses» (las bastardillas son mías).

El crédito implica una «evaluación moral» del deudor por el acreedor, o sea, una medida «subjetiva» del valor. Empero, lo evaluado no son sólo las capacidades y las competencias técnicas del trabajador, sino la acción del pobre en la sociedad (las «virtudes», la «actividad» y la «reputación» *sociales*), vale decir, su estilo de vida, su comportamiento social, sus valores, su *existencia* misma. A través de la deuda, el capital puede apropiarse no solamente de las

capacidades físicas e intelectuales plasmadas por el pobre en el trabajo, sino también de sus fuerzas sociales y existenciales:

«Pensad lo abyecto que es estimar a un hombre en dinero, como sucede en el caso del crédito. El crédito es el juicio que la economía política emite sobre la moral de un hombre. En el crédito, en lugar del metal y el papel, es el hombre mismo quien se convierte en mediador del intercambio, no en cuanto hombre, sino en cuanto existencia de un capital y sus intereses. De tal modo, al abandonar su forma material, el medio de intercambio retorna sin duda al hombre, pero sólo porque este ha sido expulsado de sí mismo».

En consecuencia, el crédito explota no sólo las relaciones sociales en general, sino también la singularidad de la existencia. Explota el proceso de subjetivación, al afectar la individuación misma de la existencia. Finalmente, el juicio «moral» recae sobre la «vida»; pero la «vida» en cuestión no es la vida biológica (la salud, el nacimiento y la muerte), como en el concepto de biopolítica, y menos aún la vida cognitiva, sino la vida «existencial». La existencia significa aquí poder de autoafirmación, fuerza de autoposicionamiento, elección que fundan y expresan modos y estilos de vida. El contenido del dinero no es en este caso el trabajo, sino la existencia, la individualidad y la moral humanas; la materia del dinero no es el tiempo de trabajo, sino el de la existencia:

«Dentro del sistema de crédito, no es el dinero el que queda abolido en el hombre: es este mismo el que muda en dinero; en otras palabras, el dinero se encarna en el hombre. La individualidad y la moral humanas se transforman, a la vez, en artículo de comercio y en existencia material del dinero. En lugar del dinero, del papel, son mi existencia personal, mi carne y mi sangre, mi virtud y mi reputación sociales, las que constituyen la materia, el cuerpo del espíritu-dinero. El crédito talla el valor monetario no en el dinero, sino en la carne humana, en el corazón humano».

El texto de Marx coincide con el de Nietzsche en varios puntos. La relación de crédito moviliza y explota la «moral de las costumbres», la constitución ético-política de sí mismo y de la comunidad. Su acción se inscribe en el cuerpo involucrado en la producción de la «virtud social». Empero, a diferencia de Nietzsche, las palabras de Marx ya no se refieren a las sociedades «arcaicas», sino a la economía capitalista, a la cual el hombre, domesticado, está encadenado.

La deuda «objetiva» en El Capital de Marx

Segunda lectura de Marx. Será útil volver rápidamente a la teoría del crédito que este expone en el tercer libro de *El Capital*. Si nos permitimos ese rodeo, lo hacemos con el objeto de comprender las

modificaciones del lugar del crédito en la obra de Marx. Si en el primer texto que analizamos este abordaba lo que podríamos llamar «deuda subjetiva o existencial», aquí se ocupa de la deuda *objetiva*. No retoma el rico análisis de los efectos subjetivos de la deuda desarrollado en su juventud. Al concentrarse exclusivamente en sus funciones «sistémicas», permite, de todas maneras, desechar varios lugares comunes que los comentaristas de la crisis financiera no han dejado de repetir.

En primer lugar, el carácter especulativo, parasitario y usurario del capital financiero es indisoluble de su papel funcional: «Un banco simboliza, por un lado, la centralización del capital financiero, los prestamistas, y, por el otro, la centralización de los prestatarios».¹⁵ En segundo lugar, aunque adopte formas diferentes (comercial, industrial, monetaria, financiera), el capital es uno solo, y también lo es el proceso de valorización. Ya en la época de Marx era absurdo separar una «economía real» de una presunta «economía financiera». La fórmula del capital financiero, es decir, el dinero que se autovaloriza (D-D'), representa plenamente la lógica del capital. Para los occidentales, en su mayoría cristianos, no debería ser difícil seguir a Marx en su razonamiento cuando dice que el valor se presenta como una «sustancia

¹⁵ Karl Marx, *Le Capital*, libro III, París: Gallimard, 1968, col. «Bibliothèque de la Pléiade», pág. 1159 [*El Capital*, tres volúmenes, México: Fondo de Cultura Económica, 1946].

(. . .) dotada de movimiento propio» para la cual los distintos tipos de capital, industrial, comercial y financiero, constituyen formas igualmente puestas al servicio de su «automovimiento». Así como en teología la Santísima Trinidad distingue en sí al Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, el capital distingue en su seno las tres formas diferentes (industrial, comercial y financiera).

Sin embargo, Marx va mucho más lejos. A la vez que les endilga a los capitalistas financieros todas las descalificaciones posibles («ihonorables bandidos!», «iusureros!», y ello, a pesar de que para él no hay buenos capitalistas, los industriales, y malos capitalistas, los financistas y los banqueros), tiene la lucidez que falta en casi todos los comentaristas, en particular los de izquierda. Ya en sus tiempos, Marx define el lugar específico que ocupa el capital financiero en relación con el capital industrial: por una parte, representa al «común» de la clase de los capitalistas; por la otra, el dinero concentrado en los bancos es un dinero «en potencia», a diferencia del capital industrial, siempre actualizado. Ese dinero en potencia no constituye una riqueza actual, sino una riqueza futura, es decir, la posibilidad de elección y decisión sobre la producción y las relaciones de poder venideras. Bajo su forma financiera, el capital acumulado en los bancos se presenta como «capital en general», mera abstracción, aunque se trata de una abstracción potente, habida cuenta de que se

manifiesta como «valor autónomo», «independiente» de su actualización en tal o cual rama en particular; existe como potencia «indiferenciada» capaz de todas las realizaciones. Se manifiesta, por ende, como poder de prescripción y anticipación del valor venidero, como poder de destrucción y creación:

«En el mercado (monetario) sólo se enfrentan prestamistas y prestatarios. La mercancía reviste la misma forma: el dinero. Aquí se borran todos los aspectos particulares del capital, ya se efectúe su inversión en las esferas específicas de la producción o de la circulación. Sólo existe la forma indiferenciada, idéntica a sí misma, del valor independiente, el dinero. En este punto se interrumpe la competencia entre las distintas esferas. Juntas, todas ellas se presentan como prestatarias de dinero; frente a ellas está el capital, en una forma en que todavía es indiferente al destino preciso al que se lo ha de afectar». ¹⁶

De tal modo, únicamente en la esfera financiera, a causa de su indiferenciación, el capital se muestra como «capital común» de la clase de los capitalistas: «El carácter que el capital industrial adopta de manera exclusiva en el movimiento y en la competencia entre las diversas esferas, a saber: el de *capital común a una clase*, se manifiesta aquí efectivamente,

¹⁶ Karl Marx, *Le Capital*, libro III, París: Éditions Sociales, 1971, pág. 34.

con todo su vigor, en la oferta y la demanda de capital». ¹⁷ El ordenamiento capitalista no se subjetiviza ya en el capitalista industrial (este no tiene otro papel que el de la administración y la dirección de la producción), sino en el capitalista financiero (cuya posibilidad de decidir y escoger, en su carácter de propietario, está desterritorializada). A diferencia de las distintas formas del capital industrial, incumbe al capital financiero la representación de los intereses del «capital social»:

«Hay que agregar que, con el desarrollo de la gran industria, el capital-dinero, cuando aparece en el mercado, tiende cada vez menos a ser representado por el capitalista individual, el dueño de tal o cual fracción del capital existente en el mercado, para manifestarse cada vez más, en cambio, como una masa organizada y concentrada, puesta, a diferencia de la producción real, bajo el control de los banqueros que representan el capital social». ¹⁸

Su forma general, su indiferencia a cualquier particularidad industrial, tal como se manifiesta en el crédito, le permite al capital explotar lo social:

«El crédito le ofrece al capitalista particular la disposición absoluta, dentro de ciertos límites, del capital de

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*

otro, la propiedad de otro y, en consecuencia, el trabajo de otro. La disponibilidad de capital social y no privado le permite disponer del trabajo social». ¹⁹

Para Lenin —que retoma y desarrolla el punto de vista de Marx en una época que en muchos aspectos se parece al período actual—, los bancos y los banqueros desempeñan un papel político de primordial importancia, porque aportan «coherencia» y estrategias a los capitalistas industriales, cuyos intereses son demasiado heterogéneos como para representar a la clase de los capitalistas: «La concentración de los capitales y el incremento de las operaciones bancarias modifican radicalmente el papel desempeñado por los bancos. Los capitalistas dispersos terminan por constituir un solo capitalista colectivo». ²⁰

La «coherencia» y la estrategia son las de la lógica D-D', que al pretender que el dinero genere dinero revela, asimismo, su «irracionalidad». Esta se manifiesta en todas las épocas «liberales» y desemboca, de manera casi automática, en las crisis más violentas, que una y otra vez abren las puertas a las políticas autoritarias (como sucedió con la Primera Guerra Mundial y el fascismo).

¹⁹ *Ibid.*, pág. 104.

²⁰ Vladimir Illich Lenin, *L'Impérialisme, stade suprême du capitalisme*, en *Œuvres*, vol. 22, *Décembre 1915-juillet 1916*, París: Éditions Sociales, 1976, págs. 232-3 [*El imperialismo, fase superior del capitalismo*, en *Obras*, vol. 5, 1913-1916, Moscú: Progreso, 1973].

A despecho de los profundos cambios sufridos por el capitalismo financiero, estas notas de Marx no han perdido actualidad.

El obrar y la confianza en la lógica de la deuda

En la economía de la deuda ya no podemos distinguir, como lo hacía todavía Hannah Arendt, el *trabajo del obrar*. Con el crédito, la acción se convierte en un elemento de la dinámica económica, ¡y hasta en su motor! El capitalismo contemporáneo, a través de la subjetivación que implica la deuda, integra la acción y las fuerzas que la hacen posible. En efecto: la deuda explota *la acción ética de constitución simultánea de la comunidad y el individuo*, al movilizar las fuerzas que están en el origen de la «existencia moral, la existencia comunitaria». Entre esas fuerzas, vamos a prestar particular atención a la «confianza», palabra mágica, si las hay, de la crisis en curso y que, más allá del uso inflacionista a la que la someten economistas, periodistas y expertos, es uno de los síntomas del desplazamiento de las fronteras de la explotación capitalista.

Para reconstruir los conceptos de acción y de confianza es necesario dar cabida a una pequeña digresión filosófica, que eventualmente el lector también podrá saltarse. El interés de esta digresión reside en

que nos permitirá comprender cómo y por qué el capitalismo acomete contra la acción, es decir, contra el tiempo no cronológico y, por lo tanto, contra la capacidad de escoger y decidir qué es bueno y qué es malo. Según la teoría del obrar del pragmatista norteamericano William James, siempre que nos enfrentamos a una verdadera alternativa, una alternativa existencial que importa porque realiza algunas posibilidades y frustra otras, como sucede en el caso de los problemas «morales», la elección está muy lejos de depender únicamente del entendimiento, la «cognición», el saber y el conocimiento.²¹ Involucra, ante todo, «nuestras inclinaciones activas», nuestras «fuerzas más íntimas», nuestra «naturaleza pasional», «nuestros más caros impulsos», es decir, «lo más recóndito del corazón humano» de que nos habla Marx, y que James define como un conjunto de fuerzas activas («la fuerza de ánimo, la esperanza, la

²¹ El conjunto de los autores citados en las líneas que siguen, Pascal, Kierkegaard, Nietzsche, James y Deleuze, bosquejan lo que este último describe como una sustitución del modelo del saber por el modelo de la creencia, lo cual constituye otra seria razón para dudar de la pertinencia del paradigma del «capitalismo cognitivo». Aun la ciencia, fuerza productiva por excelencia de ese paradigma, necesita algo más que el conocimiento para existir: «Es menester, ante todo, que haya una filosofía, una "fe", para que la ciencia reciba de ella una dirección, un sentido, un límite, un método y el derecho de existir (. . .). Nuestra fe en la ciencia sigue descansando en una fe metafísica» (F. Nietzsche, *La Génealogie . . .*, *op. cit.*, pág. 182). Es imposible pensar la «producción» contemporánea como

fascinación, la admiración, el ardor») resumidas en el concepto de «deseo».

La medida, la estimación, la evaluación «de lo que está bien o de las cosas que serían buenas si existieran», no pueden quedar en manos de la especulación filosófica ni del saber científico. «Para comparar el valor tanto de lo que existe como de lo que no existe, debemos consultar no a la ciencia, sino a lo que Pascal llama “nuestro corazón”».²² Nuestro poder de obrar y «el éxito de una acción depende[n] de la energía desplegada en el acto, una energía que, a su vez, está subordinada a la certeza íntima de lograrlo», esto es, a la creencia-confianza en lo que hacemos, a la creencia-confianza en el mundo y en los otros. El acto depende, pues, de la intensidad de la creencia-confianza, y esta, de las «inclinaciones activas», las emociones y los impulsos más íntimos del corazón humano. William James define la creencia-confianza como una «disposición a obrar». La aprehensión del poder de obrar remite a un «método subjetivo, el método de la creencia fundada en el deseo».

Empero, la creencia-confianza o disposición a obrar puede expresarse de dos maneras diferentes.

una «producción de conocimientos por medio del conocimiento». La producción de algo nuevo, tanto a nivel económico como político o subjetivo, exige otra cosa que «saber».

²² William James, *La Volunté de croire*, París: Les Empêcheurs de Penser en Rond, 2005, pág. 57 [*La voluntad de creer*, Madrid: Encuentro, 2004].

En un caso, es la creencia-hábito la que provoca la acción; en el otro, es la creencia-confianza (o fe). En el primero, el mundo está determinado, consumado, y todo está ya dado, de modo que la creencia es creencia en creencias ya establecidas. En el segundo, el que nos interesa, el mundo está haciéndose. Está incompleto, indeterminado, y esa incompletitud e indeterminación apela a nuestro poder de obrar, y este, a su vez, a la confianza. Esta segunda concepción de la confianza es la «movilizada» y desviada por el crédito (la fuerza del capitalismo no sólo es negativa, sino que reside en su capacidad de desviar las pasiones, los deseos y el obrar en su propio beneficio), porque se trata, en verdad, de la anticipación de una acción venidera cuyo resultado no puede garantizarse de antemano. El crédito es un dispositivo de poder que se ejerce sobre posibilidades indeterminadas y cuya actualización/realización está sometida a una incertidumbre radical y no probabilista.

Nuestro mundo incierto, inestable y en devenir es, para utilizar las palabras de Walter Benjamin, un mundo «pobre» en experiencia porque, como nos lo recuerda James, esta última «siempre está en vías de cambio». Empero, es precisamente la pobreza de la experiencia (no sabemos de qué está hecho el día de mañana) la que moviliza la confianza (creencia), el deseo, lo más recóndito del corazón humano, necesarios para aventurarse en este mundo sin certezas. La indeterminación del porvenir exalta y aguijonea

esas fuerzas. En efecto: ¿a qué nos obliga la pobreza de la experiencia? «A comenzar desde el principio, a empezar de nuevo», nos dice Walter Benjamin. El «bárbaro»,²³ que tanto en Benjamin como en James define al hombre contemporáneo, «no ve nada duradero. Mas justamente por eso percibe caminos por todas partes(. . .). Y como percibe caminos por todas partes, siempre está en una encrucijada. En ningún instante se puede saber lo que el próximo traerá consigo».²⁴

¿Cómo obrar en ese mundo, cómo aventurarse en una acción cuyo desenlace es incierto, porque no se sabe de qué estará hecho el futuro? Para obrar en condiciones de incertidumbre hace falta confianza («fe») en sí mismo, confianza en el mundo y confianza en los otros. Hay que suscribir un acuerdo tácito consigo mismo, con el mundo y con los otros para

²³ En James, los «bárbaros» (o «zafios») son pluralistas que saben adaptarse a un mundo inestable e incierto, a una verdad que se fabrica, a un mundo donde lo actual no es más que uno de los casos posibles. Los «bárbaros» aceptan el mundo tal y como es, las cosas por lo que son, en tanto que los «delicados» (o «tiernos») son «racionalistas» que acuden en auxilio de ese mundo incierto y lo metamorfosean en «otro mundo», un «mundo mejor» donde las cosas particulares forman un Todo ideal, que las implica y les da estabilidad y sentido. Cf. W. James, *La Volonté de croire*, *op. cit.*, pág. 240.

²⁴ Walter Benjamin, *Expérience et pauvreté*, París: Payot & Rivages, 2011, y «Le caractère destructeur», en *Œuvres*, vol. 2, París: Gallimard, 2000 [«Experiencia y pobreza» y «El carácter destructivo», en *Discursos interrumpidos 1*, Madrid: Taurus, 1973].

obrar en un mundo donde las «máximas rutinarias» no pueden servir para dirigir la acción. El obrar constituye, pues, un salto a lo desconocido, que en ningún caso el «saber» y el «conocimiento» pueden ayudarnos a salvar. Nuestro escepticismo y nuestros atoladeros políticos no son cognitivos sino éticos, ya que «vivimos hacia adelante y pensamos hacia atrás», dice James citando a Kierkegaard. Vivir hacia adelante significa «creer en el mundo y en las nuevas posibilidades de vida» que él encierra, agrega Deleuze. La creencia-confianza es aquí una fuerza que da, jubilosa y confiada, un «poder generoso».

Así, la confianza es la condición de todo acto de creación, trátase de creación artística, creación ética o creación política. Según James, el hombre contemporáneo debería sentirse a sus anchas en ese mundo «bárbaro», ya que su poder de obrar no se ejerce sobre «hechos en bruto» sino sobre posibilidades, que son, conforme a una definición de Guattari, un «asunto de elección, un asunto de opciones» (hay que escoger porque se trata de «posibilidades ambiguas», virtualidades que encierran diferentes alternativas). El hecho de estar en el mundo con nuestras percepciones, sensaciones y saberes no basta aún para obrar. Para que la potencia de obrar pueda desplegarse es preciso que lo posible supere lo actual («lo posible o me ahogo», dice Kierkegaard), es preciso que en el mundo haya indeterminación, un tiempo abierto que se esté haciendo, es decir, un «presente»

que envuelva bifurcaciones posibles y, por ende, posibilidades de elección, de riesgos existenciales. Y son esas posibilidades y bifurcaciones imprevisibles las que la deuda se esfuerza por neutralizar.

El «bárbaro» exige «del mundo cualidades tales que nuestras emociones y nuestras inclinaciones activas puedan medirse con ellas». El deseo y la confianza se despliegan sobre un «presente vivo», esto es, sobre la «zona plástica» que es la «zona de las diferencias individuales y las modificaciones sociales que estas provocan». ²⁵ Esa zona plástica es «la correa de transmisión de lo incierto, el punto de encuentro del pasado y el futuro». Para que la potencia de obrar pueda desplegarse es necesario creer (tener confianza) en el «presente vivo», el presente como posible, es decir, en el mundo y en las nuevas posibilidades de vida que encierra. La potencia de obrar está subordinada a una afirmación existencial, a un «sí» que expresa un autoposicionamiento. Presupone la esperanza y la confianza que anticipan aquello que todavía no ha llegado, que hacen posible lo imposible.

En el mundo «bárbaro», la confianza y la esperanza (las pasiones, las emociones, el deseo) no determinan tanto una toma de posición, una decisión con respecto a las creencias vigentes, como una autovalidación de nuevas creencias, nuevos valores, nuevas

²⁵ W. James, *La Volonté de croire*, op. cit., pág. 254.

conexiones, nuevas significaciones y nuevas formas de vida. A la inversa, el miedo y todos los afectos y las pasiones tristes constituyen una neutralización de la potencia de obrar.²⁶

Las finanzas son un temible instrumento de control del tiempo de la acción, de neutralización de lo posible, del «presente vivo», de la «zona plástica de transmisión de lo incierto», del «punto de encuentro

²⁶ A partir de una situación trivial (un salto peligroso durante un paseo en la montaña), James nos da un ejemplo de la manera en que los elementos subjetivos participan en la determinación de nuestra potencia de obrar y los acontecimientos del mundo. «A falta de experiencias anteriores, mis aptitudes para ejecutar ese peligroso ejercicio no se destacan con claridad; pero la *esperanza* y la *confianza* en mí mismo me dan la certeza de que no fallaré y transmiten a mis músculos el vigor necesario para cumplir algo que, a falta de esas emociones subjetivas, habría sido probablemente imposible. Si suponemos que el *miedo* y la *desconfianza* se imponen, e incluso que yo considero un pecado obrar en función de una hipótesis no convalidada por una experiencia previa, vacilaré, me arrojaré en un instante de desesperación, calcularé mal el salto y me precipitaré al abismo (...). Hay casos, en consecuencia, en los que la creencia se valida a sí misma. Crean y tendrán razón, porque se salvarán; duden y volverán a tener razón, porque perecerán» (*ibid.*, pág. 118). Sin embargo, ello no significa en modo alguno que querer sea igual a poder, porque la subjetividad no hace sino agregar algo al mundo: la interpretación de los signos que la afectan. «Supongan que el espectáculo de las miserias del mundo, de la vejez, de la maldad, de la inseguridad del futuro, me llevan a una conclusión pesimista y me sumen en el asco y el espanto, la aversión a la lucha y la idea de suicidio. Agrego así a la masa M de fenómenos terrestres independientes de mi naturaleza subjetiva el complemento subjetivo x, y el conjunto adopta un negro cariz que el Bien no ilumina con rayo alguno

del pasado y el futuro». Encierran las posibilidades en un marco establecido y las proyectan a la vez en un futuro. Para ellas, el porvenir no es más que una mera anticipación de la dominación y la explotación actuales. Empero, si se supera un solo umbral crítico de incertidumbre en cuanto al futuro de sus relaciones de explotación y dominación, el presente vacío de posibilidades se hunde. La crisis es, entonces, una crisis del tiempo y el surgimiento de un tiempo de creación política y social, que las finanzas no pueden sino afanarse en destruir. ¡Estamos precisamente en esa situación! ¡La lógica de la deuda asfixia nuestras posibilidades de acción!

Deleuze y Guattari: pequeña historia de la deuda

Vamos a ocuparnos ahora de la lectura que Deleuze y Guattari hacen de la deuda en su desarrollo histórico, a fin de aprehender con mayor agudeza la especificidad de su lógica en la economía contemporánea. En efecto: en el paso de los años sesenta a los años setenta, la deuda reaparece en el trabajo de De-

(...). No me objeten que el elemento x es demasiado ínfimo como para modificar el carácter del inmenso Todo en el cual está sepultado: por restringido que sea el punto de vista del observador, de él dependen las interpretaciones más diferentes» (*ibid.*, pág. 121).

leuze y Guattari como analizador del capitalismo contemporáneo. Mediante una conjunción de la teoría nietzscheana del crédito en las sociedades arcaicas y la teoría marxista de la moneda en el capitalismo, ambos autores elaboran una pequeña historia de la deuda, que nos invita a una lectura *no economicista de la economía*, en cuyo fundamento no se halla el intercambio, sino una relación de poder asimétrico entre acreedor y deudor. Una lectura no economicista de la economía significa, por un lado, que la producción económica es indisociable de la producción y el control de la subjetividad y sus formas de existencia, y, por el otro, que la moneda, antes de cumplir las funciones económicas de medida, medio de intercambio, pago y atesoramiento, es expresión de un poder de mando y distribución de lugares y tareas de los gobernados.

En sus cursos de 1971, 1972 y 1973 en la Universidad de Vincennes, Deleuze volvió a las consideraciones desarrolladas con Guattari en *El anti-Edipo* acerca de la teoría marxista de la moneda.²⁷ En su relectura de esta a partir de la simetría de la relación de crédito, es decir, de la economía de la deuda, los dos

²⁷ G. Deleuze y F. Guattari, *L'Anti-Œdipe*, *op. cit.*, pág. 263. En general, los comentaristas se concentran única e injustamente en la crítica del psicoanálisis propuesta por el libro, a pesar de que este desarrolla también una teoría de la deuda y la moneda que supera sobradamente todas las teorizaciones de esas mismas categorías formuladas por los marxistas.

autores sientan las bases de una concepción de la moneda en la cual las funciones económicas y políticas son indistinguibles. Aprovechan así la revisión del concepto de «poder» llevada a cabo por Foucault —también este último incitado por la relectura de Nietzsche— y lo utilizan con eficacia para la aprehensión de la moneda: el capital es, en primer lugar, un poder de mando y prescripción que se ejerce a través de la capacidad de destrucción y creación de la moneda.

El anti-Edipo y esos cursos, escritos y pensados bastante antes de la instauración de las políticas neoliberales, nos ayudan a comprender por qué la deuda y las finanzas, lejos de ser patologías del capitalismo, lejos de expresar la avidez y la codicia de algunas personas, constituyen «dispositivos estratégicos» que orientan las inversiones y determinan así las modalidades de «destrucción» del antiguo orden y de «creación» de un nuevo orden mundial capitalista. Los sistemas financieros y bancarios están en el centro de una política de destrucción/creación en la que lo económico y lo político se superponen. Si queremos comprender a continuación la reconfiguración de los poderes llevada a cabo por la economía de la deuda, es menester que antes especifiquemos con claridad los lazos entre lo económico y lo político.

En los cursos de Deleuze, la crítica se concentra en los diferenciales de poder que la moneda pone de manifiesto y que son difíciles de percibir para los

economistas. El capitalismo disimula objetivamente el hecho de que la moneda funciona de dos maneras fundamentalmente diferentes: como *ingreso* y como *capital*. En el primer caso, la moneda es un medio de pago (salario e ingreso) que compra una cantidad de bienes ya existentes, impuestos por la producción capitalista, y se limita a reproducir las relaciones de poder y las modalidades de sujeción establecidas y necesarias para dicha producción. En el segundo caso, la moneda funciona como estructura de financiamiento (moneda de crédito y cuasi moneda de las finanzas), es decir que tiene la posibilidad de escoger y decidir en lo atinente a las producciones y las mercancías futuras y, por lo tanto, a las relaciones de poder y las obligaciones que las sostienen. La moneda como capital se arroga un derecho preferencial sobre el futuro.

La moneda-ingreso no hace más que reproducir las relaciones de poder, la división del trabajo y las asignaciones de funciones y papeles establecidos. En cambio, la moneda como capital tiene la capacidad de reconfigurarlas. Así ha ocurrido, y de manera notoria, con el neoliberalismo. La moneda-deuda fue el arma estratégica de destrucción del fordismo y de creación de los perfiles de un nuevo orden capitalista mundial.²⁸ Las finanzas-deuda no son, pues, una

²⁸ Para efectuar esta operación de disimulo, el sistema bancario, la moneda de crédito y las finanzas convierten un flujo en otro.

simple convención, una mera funcionalidad de la economía real. Representan al capital social y al «capitalista colectivo», al «común» de la clase de los capitalistas, como ya lo sabían Marx y Lenin.

La posición de Deleuze prolonga la teoría de Marx liberándola de numerosas ambigüedades: imposibilidad de considerar una economía mercantil en sí, porque esta deriva de la economía monetaria y la economía de la deuda y está siempre subordinada a ellas, que distribuyen los poderes, las obligaciones y las dominaciones, e imposibilidad de hacer que la moneda derive de la mercancía, pero también del trabajo, porque de hecho y de derecho precede a ambos y al intercambio. Los ordena, los gobierna, organiza su distribución. La asimetría de poder, los diferenciales de poder, que se expresan en la moneda-deuda son válidos para cualquier sociedad: sociedad arcaica, sociedad antigua, sociedad feudal, capitalismo. Lo que atraviesa e informa a una sociedad nunca es un circuito de intercambio: es un circuito completamente diferente, que no remite a la aritmética. No se trata de cantidades iguales o desiguales que entren en una relación de intercambio, sino de cantidades de potencia diferentes, «cantidades de potencia en el sentido matemático de la palabra, potencialidades diferentes».²⁹

²⁹ Gilles Deleuze, clase del 28 de mayo de 1973, en <http://www.webdeleuze.com/php/index.html>.

El intercambio nunca es lo primero. Bien se sabe que ninguna economía funciona a partir del intercambio económico, tal como ninguna sociedad funciona a partir del intercambio simbólico. Tanto la economía como las sociedades se organizan sobre la base de diferenciales de poder, un desequilibrio de potencialidades. Sin embargo, esto no significa —es necesario volver a señalarlo— que el intercambio no exista en absoluto, sino que funciona a partir de una lógica que no es la de la igualdad sino la del desequilibrio, la de la diferencia. En las sociedades arcaicas, dice Deleuze,

«no hay formas de intercambio, no hay formas de equivalencia(. . .): hay un sistema de deuda y la deuda está fundamentalmente afectada por un desequilibrio funcional (. . .). Por ejemplo, el desequilibrio entre dar y recibir objetos de consumo está, digamos, funcionalmente no reequilibrado —el desequilibrio es fundamental y constante— sino desequilibrado; sólo funciona desequilibrado».³⁰

Esta es la cuestión central de la polémica entre Leach y Lévi-Strauss; el primero afirma que el desequilibrio constituye una parte fundamental del sistema, una parte de su funcionamiento, en tanto que para Lévi-Strauss se trata de una consecuencia patológica del sistema:

³⁰ Gilles Deleuze, clase del 7 de marzo de 1973, en *ibid.*

«Leach tiene razón: en el nivel de cada flujo, de cada flujo que interviene en un producto compuesto, hay un desequilibrio fundamental en relación con los flujos en cuestión. Ese desequilibrio es perpetuamente recuperado por una extracción en otro flujo, un flujo calificado de otra manera. Por ejemplo, el desequilibrio entre quien distribuye los objetos de consumo y quien los recibe va a compensarse en un flujo muy distinto, el flujo del prestigio donde aquel que distribuye gana un prestigio (. . .). Yo diría que en las llamadas “sociedades primitivas” la unidad económica está constituida, en lo fundamental, por combinaciones finitas que hacen intervenir en ellas y en su funcionamiento desequilibrado a todos los flujos calificados de manera diferente, y un completo circuito de la deuda se esboza a partir de sus componentes finitos en circulación. Es el régimen de la deuda finita, y el régimen de las alianzas dibuja precisamente el circuito de esa deuda finita».³¹

La deuda infinita

El paso de la «deuda finita» a la «deuda infinita», cuando se sale de las sociedades arcaicas, constituye un acontecimiento cuyas consecuencias se hacen sentir aún en nuestros días, porque el capitalismo hizo suyo ese paso con vistas a la producción del hombre endeudado que no terminará jamás de reembolsar. En efecto: con los grandes imperios, que al cen-

³¹ *Ibid.*

tralizar y concentrar el poder en formas «estatales» signan el fin de las sociedades arcaicas, y con el advenimiento de las religiones monoteístas, que centralizan y concentran el poder «espiritual», la deuda ya no puede rescatarse: el sistema de combinaciones finitas y móviles («te armo un bloque finito de alianza y parentesco») de las sociedades arcaicas es sustituido por un régimen de la deuda infinita. El cristianismo «nos ha arruinado el infinito», lo cual equivale a decir que nos hallamos en un régimen social en el cual no se termina con nada y el endeudamiento es de por vida.

«La deuda se convierte en la relación entre un deudor que no terminará de pagar y un acreedor que no terminará de agotar los intereses de la deuda: deuda con la divinidad, deuda con la sociedad, deuda con el Estado». ³² Jugada genial del cristianismo, porque la «Santísima Trinidad» incluye en sí misma al acreedor y al deudor:

«Dios que se sacrifica para pagar la deuda del hombre, Dios que se hace pagar por sí mismo, Dios como único capaz de rescatar al hombre de aquello que el hombre se ha tornado incapaz de rescatar: el acreedor que se sacrifica por su deudor, por amor (¿alguien puede creerlo?). ¡Por amor a su deudor!». ³³

³² G. Deleuze, *Nietzsche et la philosophie*, op. cit., pág. 163.

³³ F. Nietzsche, *La Généalogie...*, op. cit., pág. 151.

Al introducir el infinito, el cristianismo reinventó en profundidad el régimen de la deuda, una renovación que a continuación heredaría el capitalismo. En las formaciones imperiales anteriores al cristianismo, la deuda era en verdad infinita, porque, a diferencia de lo que sucedía en las sociedades arcaicas, su funcionamiento «estatal» hacía que no fuera posible reembolsarla, y tampoco se podían reequilibrar los diferenciales de poder determinados por el intercambio, siempre desigual. No obstante, todavía seguía siendo «exterior» al individuo y a su conciencia. La especificidad del cristianismo consiste en que nos ha situado no sólo bajo el régimen de la deuda, sino también bajo el régimen de la «deuda interiorizada». «El dolor del deudor se interioriza y la responsabilidad de la deuda se convierte en un sentimiento de culpa».

En esta pequeña historia de la deuda hecha al galope, Deleuze marca otro pasaje fundamental: mientras que la «deuda interiorizada» de la religión cristiana tiene aún una naturaleza trascendente, en el capitalismo su existencia es «inmanente». El infinito que el cristianismo introduce en la religión es reinventado por el capitalismo en el plano económico: el movimiento del capital como automovimiento del valor, del dinero que genera dinero y que, gracias a la deuda, extiende sus límites. Con el capitalismo, la valorización capitalista y la deuda se convierten en procesos infinitos que se alimentan uno al otro. Marx

insiste en el renuevo por el cual el dinero produce más dinero y se manifiesta como automovimiento que crece sobre sí mismo y cuyos límites siempre se sobrepasan. El capital tiene límites inmanentes, pero los reproduce a una escala constantemente ampliada. Ese régimen de lo infinito es el régimen de destrucción/creación que se expresa, ante todo, en y por la creación/destrucción de la moneda.

Antes de llegar al capitalismo propiamente dicho, hagamos un rodeo por Grecia y la Edad Media para verificar la continuidad histórica de la relación deuda-poder-medida que encontramos en *La genealogía de la moral*. En la misma época de la escritura de *El anti-Edipo*, Foucault desarrolla una concepción de la moneda que, como en Deleuze y Guattari, se opone a la interpretación tradicional que sitúa su origen en una economía mercantil. La moneda deriva directamente del ejercicio del poder sobre la deuda y la propiedad, y no del intercambio mercantil. «La aparición de la moneda se vincula a la constitución de un nuevo tipo de poder, un poder cuya razón de ser es intervenir en el régimen de la propiedad, en el juego de las deudas y los pagos».³⁴

³⁴ Michel Foucault, *Leçons sur la volonté de savoir. Cours au Collège de France – 1970-1971, suivi de «Le savoir d'Œdipe»*, París: Gallimard/Seuil, 2011, pág. 132 [*Lecciones sobre la voluntad de saber. Curso en el Collège de France (1970-1971), seguido de «El saber de Edipo»*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2013].

La interpretación del origen mercantil de la moneda, que la limita a funciones de representación de valores y utilidades en el intercambio, «al tomar el signo por la cosa misma, constituye una suerte de error filosófico primero y radical».³⁵ La institución de la medida, una de cuyas manifestaciones es la moneda, no tiene un origen «económico». En el curso dictado por Foucault en 1971 volvemos a encontrar la relación medida-deuda establecida por Nietzsche, gran inspirador de la teoría foucaultiana del poder:

«Mensuración que, como no es difícil verlo, está ligada a todo un problema de endeudamiento campesino, transferencia de las propiedades agrícolas, pago de los créditos, equivalencia entre mercancías u objetos fabricados, urbanización e instauración de una forma estatal. En el corazón de esta práctica de la medida aparece la institución de la moneda».³⁶

De esta compleja trama de relaciones de poder, los economistas extraen el comercio y hacen de él, con la utilidad, el origen de la sociedad y el hombre. Una especie de hipocresía «inglesa», diría Nietzsche.

Medida, evaluación y estimación son siempre una cuestión de poder, antes de ser una cuestión económica. El origen de esas tres prácticas es a la vez religioso y político: «Ya sea tirano o legislador, quien

³⁵ *Ibid.*, pág. 128.

³⁶ *Ibid.*

mpuña el poder es el medidor de la ciudad: el menurador de las tierras, las cosas, las riquezas, los deechos, los poderes y los hombres». ³⁷

Los flujos bárbaros

Un brillante comentario de Deleuze sobre el libro *Guerreros y campesinos*, de Georges Duby, nos permite profundizar en la naturaleza de diferentes flujos indisolublemente económicos y de poder que atraviesan y organizan la economía y la sociedad. Las funciones «económicas» de la moneda (medida, tesoramiento, equivalente general, medio de pago) dependen de un flujo de otra naturaleza, es decir, de otra potencia. Si el dinero no es sostenido por un flujo de poder, sucumbe, y las funciones económicas de medida, medio de pago de la moneda, sucumben con él. Es lo que sucedió en la economía europea tras la caída del Imperio Carolingio, cuando desapareció el flujo de poder imperial. Sólo pudo reactivar esa economía un flujo de destrucción/creación, esto es, un poder de desterritorialización «bárbaro» que hizo renacer literalmente el intercambio y las distintas funciones de la moneda. La economía mercantil no tiene ninguna autonomía, ninguna posibilidad de existencia autónoma, si prescinde de un flujo de poder y una potencia de desterritorialización.

³⁷ *Ibid.*, pág. 127.

Desde la periferia del imperio, los vikingos con sus barcos y los húngaros con sus caballos (flujos de movilidad, flujos de migración, flujos nómadas, flujos guerreros de un poder superior a la movilidad campesina) se abatían sobre él y saqueaban aldeas, tumbas y monasterios:

«Hacen una especie de suelta, una liberación de dinero en toda Europa, que va a reinyectar en la economía una potencia monetaria que la moneda, reducida a su poder adquisitivo o su valor de cambio, había perdido por completo; hacen una inversión económica a través de la destrucción».³⁸

El flujo menos móvil (los campesinos) se subordinó al flujo nómada y móvil (los guerreros bárbaros). Los flujos «bárbaros» son flujos desterritorializados, pero también desterritorializantes. Si el dinero, en su carácter de medio de pago, medida, etc., es un flujo desterritorializado, su fuerza desterritorializante no proviene de él mismo, sino de los flujos de poder destructores/creadores impulsados por los bárbaros (o, más adelante, por capitalistas o fuerzas revolucionarias). Los signos monetarios impotentes deben su potencia al flujo nómada, migratorio, móvil, bárbaro. Frente a los bárbaros, los campesinos huían y en su huida se veían afectados por un coeficiente

³⁸ Gilles Deleuze, clase del 4 de junio de 1973, en <http://www.webdeleuze.com/php/index.html>.

«secundario» de desterritorialización, que a su vez, al huir, podía adquirir una potencia que no tenía como campesinado sedentario. El poder de destrucción/creación no es una propiedad del dinero como tal. El dinero debe transformarse en capital, es decir, en poder de destrucción/creación. En el neoliberalismo, el dispositivo que efectúa esa transformación en poder es el de la bolsa, las finanzas y la deuda.

Los flujos capitalistas

Deleuze insiste: jamás economía alguna funcionó como economía mercantil. En una formación social, cualquiera que sea, una economía sólo puede inscribir los intercambios y poner en marcha los circuitos de estos sobre la base de la moneda como poder adquisitivo en función de otro flujo. «El intercambio es indudablemente secundario con respecto a algo de muy otra naturaleza. “Otra naturaleza” tiene un sentido muy riguroso y significa un flujo de otra potencia». ³⁹

En el capitalismo, el dinero mismo expresa flujos de potencia heterogéneos: el flujo de poder adquisitivo, representación de un conjunto de medios de pago (salario e ingreso) que se realizan por la compra de bienes ya producidos, ya presentes, está estrictamente subordinado, como flujo de menor po-

³⁹ *Ibid.*

tencia, a los flujos de financiación que no representan un mero «poder adquisitivo», una mera correspondencia entre dinero y bienes, sino un poder de prescripción, de ordenamiento, esto es, un conjunto de posibilidades de elección, decisiones que se ejercen sobre un futuro, que anticipan lo que van a ser a la vez la producción, las relaciones de poder y las modalidades de sujeción. El poder de la moneda como estructura de financiación no proviene de un poder adquisitivo más grande, y la fuerza de un capitalista no depende del hecho de ser más rico que un obrero. Su «poder obedece a que maneja y determina la dirección del flujo de financiación», es decir que dispone del tiempo como decisión, como elección, como posibilidad de explotar, someter, mandar, dirigir a otros hombres. La moneda como poder adquisitivo es, para Deleuze, el factor mediante el cual se reterritorializan y se fijan los flujos de trabajo en el consumo, la familia, el empleo y las obligaciones (obrero, profesor, hombre, mujer, etc.), que son otras tantas asignaciones de la división del trabajo. La reivindicación salarial puede ser, entonces, como en la mayoría de las políticas sindicales, una manera de aceptar y reconocer esas obligaciones y relaciones de poder. Empero, la reivindicación salarial y el poder adquisitivo pueden representar igualmente el punto de ruptura de la reterritorialización, el rechazo de las obligaciones, a condición de que el flujo de salarios sea la expresión de un flujo de otra naturale-

za, de otra potencia. Así como el capital debe transformar el dinero (medio de pago) en capital, el proletariado debe transformar el flujo de poder adquisitivo en flujo de subjetivación autónoma e independiente, en flujo de interrupción de la política del capital, vale decir, en flujo, a la vez, de rechazo y huida de las funciones y obligaciones en las cuales está arrinconado. El capital tiene un poder sobre el flujo de poder adquisitivo de los obreros, ante todo, porque es amo y señor de un flujo de financiación: amo y señor, pues, del tiempo, de las elecciones y de las decisiones.⁴⁰ Como capital, la moneda tiene un poder de destrucción/creación del que carece en cuanto poder adquisitivo.⁴¹

⁴⁰ Gilles Deleuze, clase del 22 de febrero de 1972, en <http://www.webdeleuze.com/php/index.html>: «Por rico que usted sea, por fuerte que sea su poder adquisitivo, el dinero como poder adquisitivo define un conjunto de signos impotentes que sólo reciben su potencia de otro flujo, el de financiación. Y así como el dinero en cuanto poder adquisitivo está regido por las leyes del intercambio, el otro flujo lo está por leyes muy distintas, a saber: leyes de creación y destrucción de moneda».

⁴¹ ¡Otra jocosa curiosidad! Un documento del Banco de Pagos Internacionales (BPI) firmado por Claudio Borio y Piti Disyatat, «Global imbalances and the financial crisis: link or no link?», BIS working paper 346, mayo de 2011, les reprocha a las más altas autoridades económicas de Estados Unidos incurrir en la confusión entre la moneda-ingreso y la moneda-capital. A partir de esta distinción, Borio y Disyatat critican la tesis de la Reserva Federal, especialmente sostenida por Ben Bernanke, conforme a la cual las condiciones monetarias de la crisis tienen su razón principal en el

El flujo de financiación, es decir, el dinero como capital, es un poder mutante, un flujo creador, un conjunto de «signos poderosos», porque compromete el futuro, expresa una fuerza de prescripción y constituye un poder de destrucción/creación que anticipa lo que todavía no está presente. Los flujos de financiación son un poder desterritorializado y desterritorializante que no aparece después de lo económico, sino que le es inmanente. Operan sobre posibilidades y su actualización.

La materia del dinero como capital es, sin duda, el tiempo, pero no tanto el tiempo de trabajo, sino el tiempo en cuanto posibilidad de elección, decisión y mando, o sea, el poder de destrucción/creación de las modalidades sociales de explotación y sujeción. En cambio, el dinero como medio de pago es un «signo impotente», porque únicamente funciona como

dinero fácil, un «atoramiento global de ahorros» que es, por su parte, función de los excedentes de cuenta corriente acumulados por los países emergentes (sobre todo, China) y recolocados en Estados Unidos. La tesis del exceso del ahorro, que exime de toda responsabilidad tanto a los bancos como a las autoridades monetarias de Europa y Estados Unidos, se basa en una confusión entre la moneda como ingreso y como capital. «La atención injustificada que se presta a las cuentas corrientes traduce la incapacidad de establecer una distinción suficientemente clara entre ahorro y financiación», escriben los autores del documento. El primero es un ingreso no consumido, en tanto que la segunda representa un capital. «La inversión, y de manera general los gastos, reclaman una financiación, no un ahorro».

medio para adquirir mercancías que ya están presentes, estableciendo de tal modo «una relación biunívoca entre la moneda y un abanico impuesto de productos». ⁴²

En el poder adquisitivo, «el dinero representa un corte-extracción posible sobre un flujo de consumo» dado (relaciones de poder dadas); en la estructura de financiación, funciona como una «posibilidad de corte-separación» que rearticula cadenas de valorización y acumulación del capital, reconfigura la composición de la fuerza de trabajo y de la población, y bosqueja nuevas modalidades de sujeción. La especificidad del poder capitalista no deriva de una simple acumulación de poder adquisitivo, sino de la capacidad de reconfigurar las relaciones de poder y los procesos de subjetivación. ⁴³

⁴² G. Deleuze y F. Guattari, *L'Anti-Edipe*, op. cit., pág. 271.

⁴³ Estas consideraciones sobre la moneda tienen un alcance más general, porque dan acceso a relaciones de poder que no sólo atraviesan la economía. La generación de los enunciados, al igual que la de las opiniones y la comunicación, no se produce a partir del intercambio verbal que presupone la igualdad de los locutores (como en la teoría de Jacques Rancière, por ejemplo), sino a partir de diferenciales de poder de flujo. «El poder consiste, precisamente, en la primacía que los flujos de potencia superior tienen sobre el flujo de potencia inferior. En otras palabras, pensar el poder en términos de intercambio y sobre la base del valor de cambio es una empresa tan estúpida como buscar en el intercambio la condición de producción de los enunciados (...). Por eso, una generación de enunciados jamás funciona a partir del circuito del intercambio, dado que

En las crisis —corresponde señalarlo—, la recuperación de los estragos producidos por la moneda como capital (moneda «virtual», porque debe realizarse) se efectúa con la moneda-ingreso (salario y salario social, moneda actual).

Al hacer derivar la moneda de la deuda y afirmar su «naturaleza» infinita, que se acopla infinitamente a la «producción para la producción», Deleuze y Guattari captaron muy pronto y sostuvieron a lo largo de su trabajo una de las grandes transformaciones del capitalismo contemporáneo.

Esta breve historia de la deuda debería completarse con una breve historia del impuesto, dado que las políticas neoliberales son también, y de manera indisociable, políticas fiscales. Esta intuición, que no podemos profundizar, se desarrolla sobre todo en *Mil mesetas*:

«Sobre la base de las investigaciones de Will, Michel Foucault muestra que, en algunas tiranías griegas, el impuesto a los aristócratas y el reparto de dinero a los pobres son formas de devolver el dinero a los ricos y ampliar singularmente el régimen de la deuda. . . (Como si los griegos hubieran descubierto a su modo lo que los norteamericanos encontraron con el New Deal: que los gravosos impuestos estatales son propicios para los bue-

ese circuito del intercambio sólo interviene o vale, de hecho, en relación con un circuito de otra potencia, que es el de la creación-destrucción» (G. Deleuze, clase del 4 de junio de 1973, *op. cit.*).

nos negocios.) En síntesis, el dinero, la circulación del dinero, *es el medio de hacer que la deuda sea infinita* (...). La abolición de las deudas o su transformación contable inauguran la tarea de un servicio estatal interminable(...). El acreedor infinito, la acreencia infinita, han reemplazado a los bloques de deudas móviles y finitas (...). La deuda se convierte en *deuda de existencia*, deuda de existencia de los sujetos mismos. Llega el tiempo en que el acreedor todavía no ha prestado mientras el deudor no deja de devolver, porque devolver es un deber pero prestar es una facultad, como en la canción de Lewis Carroll, la larga canción de la deuda infinita: «Un hombre puede, está claro, exigir lo que se le debe,/ pero cuando se trata de prestar/ puede, está claro, elegir / el momento que más le convenga».⁴⁴

Queríamos insistir en la importancia de un libro como *El anti-Edipo*, que se sitúa precisamente en el terreno que, invirtiendo el 68, ha privilegiado el bloque de poder capitalista para iniciar su contrarrevolución. La acción neoliberal confirmó desde entonces, a través de la gestión de la deuda, la naturaleza de la lucha de clases del siglo XXI anunciada en *El anti-Edipo: la univocidad de la producción*, que recae a la vez y de manera indistinta en la economía y la subjetividad. La economía de la deuda es una economía que requiere un sujeto capaz de responder de sí mismo como futuro, un sujeto capaz de prometer

⁴⁴ G. Deleuze y F. Guattari, *L'Anti-Edipe*, op. cit., págs. 233-4.

y mantener la promesa, un sujeto que ejerza un trabajo sobre sí mismo. Al descubrir la esencia de la riqueza en la actividad subjetiva irreductible al ámbito de la representación, la economía política clásica y Marx cometen tal vez el error de asimilarla al «trabajo». En vista de que entendemos mejor cómo funciona la relación acreedor-deudor, es hora, entonces, de analizar con precisión cómo encuentra esta su lugar en la economía neoliberal y reconfigura el campo político y social.

3. El influjo de la deuda en el neoliberalismo

Foucault y el «nacimiento» del neoliberalismo

La deuda constituye la relación de poder más des-territorializada y general a través de la cual el bloque de poder neoliberal organiza su lucha de clases. La deuda representa una relación de poder transversal que no conoce ni las fronteras del Estado, ni los dualismos de la producción (activo/no activo, empleo/desempleo, productivo/no productivo), ni las distinciones entre lo económico, lo político y lo social. Actúa en el nivel inmediatamente planetario, atravesando las poblaciones y acompañando e incitando la fabricación «ética» del hombre endeudado.

¿De qué modo esta trama de relaciones tejidas por la deuda recorre los diferentes dispositivos de poder y las diferentes modalidades de subjetivación? Para comprenderlo, vamos a someter las herramientas teóricas que hemos recuperado a la prueba de la teoría del poder de Michel Foucault, cuya derivación nietzscheana, que constituye nuestro punto de partida, se reivindica de manera explícita. ¿Cómo ha

reconfigurado la deuda, a partir de la década de 1970, el poder soberano, el poder disciplinario y el poder biopolítico?

En su importante libro sobre el neoliberalismo, *Nacimiento de la biopolítica*, Foucault, sin tener en cuenta lo que había sostenido en el curso citado anteriormente sobre las funciones de la moneda en la Grecia antigua, omite tomar en consideración las funciones de las finanzas, la deuda y la moneda, a pesar de que estas constituyen, desde fines de la década de 1970, los dispositivos estratégicos del gobierno neoliberal. La economía de la deuda interviene de manera indistinta en zonas geopolíticas (Sudeste Asiático, América del Sur, Europa) o poblaciones nacionales (Argentina, Grecia, Irlanda, España, Portugal, etc.), es un medio de presión en la mayoría de los conflictos sociales y ejerce su poder sobre individuos (endeudamiento de las familias), encarnando así el punto de vista del «capitalista colectivo». Se advertirá de paso que la metamorfosis del capitalismo y de su moneda, producida en los años setenta, no escapó en cambio a Gilles Deleuze, que resumía así el paso de la gobernanza disciplinaria al neoliberalismo contemporáneo: «El hombre ya no es el hombre encerrado de sociedades disciplinarias, sino el hombre endeudado de sociedades de control».¹

¹ Gilles Deleuze, «Post-scriptum sur les sociétés de contrôle», *L'Aspre journal*, 1, mayo de 1990 [«Post-scriptum sobre las sociedades de control», en *Conversaciones, 1972-1990*, op. cit.].

Para Foucault, los neoliberales ya no conciben al *homo oeconomicus* como el sujeto del intercambio y el mercado, sino como un empresario (de sí mismo). La descripción foucaultiana de las técnicas neoliberales introducidas para transformar al trabajador en «capital humano», que debe ocuparse por sí mismo de la formación, el crecimiento, la acumulación, la mejora y la valorización de «sí» en cuanto «capital», es a la vez muy importante y engañosa. Es cierto: ya no se concibe al «trabajador» como un simple factor de producción y nada más; propiamente hablando, ya no es una fuerza de trabajo, sino un capital-competencia, una «máquina-competencias», que va de la mano de «un estilo de vida, un modo de vida»,² una postura moral «empresarial» que determina una «forma de relación del individuo consigo mismo, con el tiempo, con su entorno, con el futuro, con el grupo, con la familia».³

De todas maneras, esta conminación a hacer del individuo «una suerte de empresa permanente y múltiple» se despliega en un marco completamente diferente del descripto por Foucault: el de la economía de la deuda. Así, el punto de vista de *Nacimien-*

² Ernest-Antoine Seillière (presidente del Medef en la época de la «refundación social»), rueda de prensa del 20 de junio de 2000.

³ Michel Foucault, *Naissance de la biopolitique. Cours au Collège de France – 1978 -1979*, París: Gallimard/Seuil, 2004 [*Nacimiento de la biopolítica. Curso en el Collège de France (1978-1979)*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2007].

to de la biopolítica es aún el de los ordoliberales alemanes, para quienes la empresa y el empresario *industriales* estaban en el centro de un proyecto de «economía social de mercado». Foucault se aferra a esa versión «industrial» del neoliberalismo de la posguerra, en tanto que a lo largo de la década de 1970 surgen y se afirman una lógica de empresa, financierizada esta vez, y un capitalismo en el cual el interés colectivo es representado por los empresarios de las finanzas, que imponen un nuevo «gobierno de las conductas» y una nueva individualización, bastante disímiles de las políticas de los ordoliberales de la posguerra. Como sugiere Foucault, el gobierno neoliberal debe actuar siempre sobre la propia sociedad, en su trama y su espesor, teniendo en cuenta los procesos sociales, e incluso haciéndose cargo de ellos, para dar cabida en su seno no sólo a la competencia y la empresa, sino —matiz decisivo— también, y sobre todo, a la deuda y su economía.

Los ordoliberales propiciaban una política económica y social cuyo principal objetivo era la «desproletarización» de la población (construcción de pequeñas unidades de producción, ayudas para acceder a la propiedad, accionariado «popular», etc.). Se suponía que esto último conjuraba el peligro político constituido por las grandes concentraciones industriales, donde el proletariado podía organizarse y llegar a ser una fuerza política autónoma, como había sucedido entre fines del siglo XIX y comien-

zos del siglo XX. Una gran parte de esas políticas de «desproletarización» pasaba por el Estado benefactor y una cogestión en las empresas que implementaban una transferencia real de riqueza hacia los asalariados, con el objeto de hacerlos participar en la administración capitalista de la sociedad: «un asalariado igualmente capitalista ya no es un proletario»; esto, con independencia de la «salarización creciente de la economía». Con los neoliberales contemporáneos, la desproletarización da un salto adelante en los discursos («todos propietarios, todos empresarios»), pero en los hechos se transforma en su contrario, sobre todo a causa de la deflación salarial y los recortes presupuestarios del Estado benefactor. La economía de la deuda lleva a cabo, de tal modo, una precarización económica y existencial que es el nuevo nombre de una antigua realidad: la proletarianización, especialmente de las clases medias y los trabajadores de los nuevos oficios surgidos en lo que otrora, antes del estallido de su burbuja, se llamaba *new economy*.

La economía de la deuda proporciona, a nuestro juicio, una imagen más clara de las nuevas encarnaciones subjetivas del capital, a las que se induce a amoldarse al conjunto de la población; esa imagen es muy diferente de la que caracterizaba a la *new economy*, en las décadas de 1980 y 1990, y al retrato esbozado por el propio Foucault.

Si la acción neoliberal recae a la vez e indistintamente sobre la economía y la subjetividad, sobre el «trabajo» y el «trabajo sobre sí mismo», reduce este último a una exhortación a ser uno su propio patrón, en el sentido de «hacerse cargo» de los costos y los riesgos que la empresa y el Estado externalizan en la sociedad. La promesa de lo que el «trabajo sobre sí mismo» debía aportar al «trabajo» en términos de emancipación (goce, realización, reconocimiento, experimentación de formas de vida, movilidad, etc.) se ha invertido, para transformarse en el imperativo de hacer propios los riesgos y los costos que ni las empresas ni el Estado quieren asumir. Al congelar los salarios (a través de la deflación salarial) y reducir drásticamente las erogaciones sociales, las políticas neoliberales contemporáneas producen un capital humano o un «empresario de sí mismo» más o menos endeudado y más o menos pobre, pero de un modo u otro siempre precario. Para la mayoría de la población, la idea de ser empresario de sí mismo se limita a la gestión, según los criterios de la empresa y de la competencia, de su empleabilidad, sus deudas, la baja de su salario y sus ingresos, la reducción de los servicios sociales. Con el ingreso de solidaridad activa [RSA] de Martin Hirsch se exige del pobre una capacidad «gerencial» para administrar el cúmulo de «asistencias» y pequeños empleos. No es necesario, por lo tanto, que uno cree su pequeña empresa individual para ser empresario de sí mismo: basta

con comportarse como si lo fuera, adoptar su lógica, sus actitudes, su manera de relacionarse con el mundo, consigo mismo y con los otros.

A partir de la crisis financiera causada por el estallido de la burbuja de Internet, el capitalismo abandonó sus relatos épicos construidos en torno a la libertad, la innovación y la creatividad del empresario, de la sociedad del conocimiento, etc. ¡La población debe limitarse a tomar a su cargo todo lo que las finanzas, las empresas y el Estado benefactor «externalizan» en la sociedad, y punto!

La autonomía y la libertad que la actividad empresarial debería haber aportado al «trabajo» demostraron ser, en realidad, una mayor y más severa dependencia, no sólo con respecto a las instituciones (empresa, Estado benefactor, finanzas), sino a uno mismo: «¡Por fin soy mi propio jefe!», se leerá en un folleto publicitario sobre el estatus de autoempresario. Independencia que puede interpretarse, con una pizca de ironía, como la colonización del super-yó freudiano por la economía, porque el «yo ideal» ya no debe limitarse a ser la autoridad custodia y garante de la «moral» y los valores de la sociedad, sino también, y sobre todo, el custodio y garante de la productividad del individuo. Caemos una y otra vez en el acoplamiento de la economía y la ética, del trabajo y el trabajo sobre sí mismo. La crítica feroz dirigida por *El anti-Edipo* al psicoanálisis freudiano y lacaniano puede leerse como una anticipación de la

extensión de la «cura» y la transferencia «analista/analizante» a la gestión de la fuerza de trabajo en la empresa y a la población en la sociedad. La multiplicación de la intervención de psicólogos, sociólogos y otros expertos en el «trabajo sobre sí»; el desarrollo del *coaching* para los asalariados de las capas superiores, y del seguimiento individual obligatorio para los trabajadores pobres y los desempleados; la explosión de las técnicas de «cuidado de sí» en la sociedad, son síntomas de las nuevas formas de gobierno de los individuos que pasan también, y sobre todo, por la modelización de la subjetividad.

Antes de sumergirnos en la exploración de esa modelización de la subjetividad por la economía de la deuda, tenemos que volver un poco más extensamente a las transformaciones que esta última, en un plano más general, ha producido en la organización del poder y la economía de nuestras sociedades contemporáneas. Así, dichas transformaciones nos permitirán comprender en qué sentido la economía de la deuda ha modificado radicalmente nuestras posibilidades de acción en un nivel tanto subjetivo como colectivo.

La deuda y su reconfiguración del poder soberano, disciplinario y biopolítico

¿De qué manera la economía de la deuda y la relación acreedor-deudor atraviesan la más importante e innovadora de las clasificaciones de los poderes, la establecida por Foucault? Si bien este último desarrolló un análisis notable y en tiempo real del advenimiento del neoliberalismo, sólo supo prever en forma muy parcial la reconfiguración del poder soberano, el poder disciplinario y el poder biopolítico llevada a cabo por él.

El poder soberano

La economía de la deuda reconfigura, ante todo, el poder soberano del Estado, al neutralizar una de sus prerrogativas exclusivas, la soberanía monetaria —es decir, el poder de destrucción y creación de moneda—, y entrar en competencia con ella. En la década de 1970, las «finanzas» pusieron en marcha un proceso de privatización de la moneda que posteriormente se profundizó y que es, por otra parte, la madre de todas las privatizaciones. Señalemos de inmediato que para salvar la privatización de la moneda, amenazada por la crisis financiera, los neoliberales no vacilaron en invocar la «nacionalización» de las pérdidas ocasionadas por la crisis de 2007, una nacionalización que conciben, por lo demás, como

el horror absoluto: el de la intrusión del Estado en la libertad de los mercados.

Las finanzas se apropiaron de la mayor parte de las funciones de la moneda bancaria, a tal punto que la política de los bancos centrales ha quedado fuertemente condicionada por la demanda de liquidez de la esfera financiera. La moneda escrituraria, una moneda que se expresa por meros juegos de escritura, es emitida por los bancos privados sobre la base de una deuda, la cual se convierte así en su naturaleza intrínseca, de modo tal que aquella recibe el nombre de «moneda-deuda» e incluso «moneda de crédito». Esta no se halla asociada a ningún patrón material y no remite a ninguna sustancia, como no sea a la relación de la propia deuda. De tal manera, con la moneda escrituraria no sólo se genera deuda, sino que la moneda misma es «deuda» y nada más que una relación de poder entre acreedor y deudor. En la zona del euro, la emisión de moneda/deuda privada representa el 92,1% del conjunto de la moneda que se halla en circulación en el agregado monetario más importante.

La soberanía monetaria es también objeto de la competencia de las finanzas. Los títulos negociados en las plazas bursátiles representan una «forma embrionaria de moneda». «Su liquidez apenas es parcial [pero] su espacio de circulación ya es asombrosamente vasto, no sólo en cuanto medio de reserva sino también como medio de intercambio en el caso

de algunas transacciones». ⁴ Como sugiere Christian Marazzi, a partir de la década de 1990 la oferta de moneda se desarrolló con prescindencia de cualquier objetivo cuantitativo fijado por las autoridades monetarias centrales. Los bancos centrales de los Estados se limitaron a monetizar esa demanda de liquidez. La «independencia» del Banco Central frente al Tesoro es, en realidad, el nombre de su dependencia de los mercados.

Durante el mismo período se constituyó un nuevo bloque de poder alrededor de la economía de la deuda, que ve actuar de concierto lo que algunos aún se empeñan en considerar por separado: la llamada economía «real», la economía «financiera» y el Estado. Este transfirió deliberadamente su derecho soberano de creación monetaria al sector «privado». En realidad, y en contra de lo que sostienen la gran mayoría de los economistas, expertos y periodistas, no hay competencia ni conflicto entre la política financiera y la política monetaria del Estado, sino una nueva alianza neoliberal que agrupa a bancos, inversores institucionales, empresas privadas, gobiernos y sectores enteros de la administración, pero también medios de comunicación y representantes del mundo académico, etc. Esta alianza

⁴ André Orléan, *Le Pouvoir de la finance*, París: Odile Jacob, 1999, pág. 242 [El poder de las finanzas, Bogotá: Centro de Investigaciones y Proyectos Especiales (CIPE), Universidad Externado de Colombia, 2006].

ataca de manera sistemática la lógica del Estado benefactor y sus gastos sociales. Si hay en efecto un conflicto, se sitúa entre dos concepciones del Estado y de su política monetaria y social, pero en este aspecto hace tiempo que el bloque neoliberal se ha impuesto y mantiene una posición hegemónica dentro de la economía, las administraciones, el Estado, los partidos políticos, las empresas y los medios. Ese nuevo bloque de poder jamás habría podido nacer sin la intervención de los poderes públicos (la de los gobiernos, tanto de derecha como de izquierda —y específicamente en el caso francés, sobre todo, la de los socialistas—, la de los Estados y la de los bancos centrales). Y tal como lo demuestra la última crisis financiera, es siempre el Estado (como «prestamista de última instancia») el que permite la reproducción de relaciones de poder capitalistas centradas en la deuda.

Se ha hecho notar, contra las teorías de la declinación del Estado-nación y para afirmar, antes bien, su vitalidad, que la cantidad de Estados-naciones ha aumentado, y no disminuido, con el advenimiento del neoliberalismo. El problema no reside en ello, porque lo que ha cambiado son las funciones del Estado-nación, sus modalidades de intervención y sus finalidades. De todos modos, sorprende ver cómo las agencias calificadoras, por cuenta del bloque de poder financiero, para el que constituyen un elemento estratégico, hacen bailar día tras día a los Es-

tados y los gobiernos: griego, irlandés, islandés, portugués (los cuatro han caído), español, italiano e inglés, para no hablar sino de la crisis financiera más próxima. El poder soberano de los Estados se ve gravemente menguado por la intervención de esas agencias calificadoras, de los inversores financieros⁵ y de instituciones como el FMI. Los Estados europeos se limitan a aplicar políticas económicas y sociales dictadas por los mercados (es decir, por el bloque de poder económico, político y financiero) a partir del nuevo pacto de estabilidad europeo. En esos países, las elecciones se realizan en función de programas económicos ya definidos por las restricciones económicas y financieras que han sido decididas fuera del territorio nacional.

⁵ «Se distinguen tres categorías de inversores institucionales: los fondos de pensiones que administran los ahorros jubilatorios en los países donde el financiamiento de las jubilaciones se basa en un régimen de capitalización (principalmente, Estados Unidos y el Reino Unido), los fondos mutuos o sociedades de inversiones, llamados "sicav" (sociedades de inversiones de capital variable), y las compañías de seguros. El peso de los *zinzins* [inversores institucionales] en la economía mundial se ha tornado considerable. A fines de 2006, la circulación global de sus activos se elevaba a alrededor de sesenta y dos billones de dólares, cifra que supera el PBI total de los principales países industrializados. La cifra debe compararse con los aproximadamente dos billones de activos acumulados por China en virtud de sus excedentes comerciales» (E. M. Mouhoud y D. Plihon, *Le Savoir et la finance...*, op. cit., pág. 44).

El poder disciplinario

Después de este análisis de la reconfiguración del poder soberano de los Estados por la economía de la deuda, tenemos que ver cómo reconfigura esta última el más importante de los poderes disciplinarios descritos por Foucault tras los pasos de Marx, a saber: la empresa. En efecto: la economía de la deuda deshace la eutanasia keynesiana del rentista al restablecer, como nunca antes en la historia del capitalismo, el poder del accionista sobre todos los otros actores de la empresa y especialmente sobre los asalariados. Los poseedores de los títulos de propiedad del capital son los únicos, con los gerentes también transformados en accionistas, en beneficiarse con los incrementos de productividad.

Las finanzas instalan así un «gobierno» de la empresa cuyos principios generales son los siguientes: «Primacía del accionista sobre el directivo de la empresa; subordinación de la gestión de la empresa al interés del accionista; en caso de conflictos de interés, preponderancia del interés del accionista».⁶ También decretan e imponen a la empresa una nueva forma de «medida» del valor, que consiste en la introducción de nuevas normas contables internacionales, llamadas IFRS (International Financial Reporting Standards), las cuales, elaboradas en interés

⁶ A. Orléan, *Le Pouvoir de la finance*, op. cit., pág. 216.

exclusivo de los inversores y los accionistas, son aplicables desde el 1 de enero de 2005 al conjunto de las empresas europeas que cotizan en bolsa. Esta nueva contabilidad debe permitir la comparación de los resultados financieros de las empresas en todo momento y sean cuales fueren los sectores de actividad:

«Las normas contables conciben a la empresa como un activo financiero cuyo valor es evaluado por el mercado. (...) Sólo la “sociedad de capitales” (sociedad anónima, por ejemplo) tiene existencia jurídica. En cambio, la empresa económica, en el sentido de la unidad productora de bienes y servicios, no es reconocida por la ley. Al margen de los accionistas, los actores de la empresa, en particular los asalariados, no son considerados como propietarios de las riquezas producidas, a pesar de que contribuyen directamente a su creación».⁷

Son los accionistas o las instituciones financieras que los representan quienes deciden, mandan y ordenan las formas de valorización, los procedimientos contables, los niveles salariales, la organización del trabajo, los ritmos y la productividad en la empresa.

La contractualización de las «relaciones sociales» es otra «innovación» impuesta por las finanzas. En principio en la empresa, y desde hace algunos años

⁷ E. M. Mouhoud y D. Plihon, *Le Savoir et la finance...*, op. cit., pág. 75.

en los «servicios sociales», configura un proceso de individualización que apunta a neutralizar las lógicas «colectivas». Aun en el seguro de desempleo o el RSA, los beneficiarios deben firmar un «contrato individual» para adquirir derechos a la indemnización. Así, la empresa no es un ámbito de conflicto entre asalariados y propietarios, y el servicio social no es tampoco el ámbito de ejercicio de poderes fuertemente asimétricos entre los agentes que representan a la administración y los usuarios (desempleados, enfermos, beneficiarios del RSA). La institución empresa o servicio social es un conjunto de *contratos individuales* que ligan entre sí a los diferentes actores, quienes, en la búsqueda de promover su propio interés individual, están en un pie de igualdad.

No hay, pues, contradicción sino *convergencia* entre lo que aún se da en llamar «economía real» y la economía virtual. Una parte importante de los ingresos de las empresas está constituida por los ingresos financieros. Las inversiones en productos financieros efectuadas por las sociedades no financieras han aumentado con mayor rapidez que sus llamadas «inversiones productivas» en máquinas y fuerza de trabajo. La dependencia de las empresas con respecto a esos ingresos financieros no ha dejado de incrementarse. «En la tendencia hacia la financiarización de la economía no financiera, el sector manufacturero no sólo es cuantitativamente predominante, sino que es incluso el que empuja el proceso». Lo cual

basta, afirma Christian Marazzi, para abandonar definitivamente la distinción entre economía real y economía financiera, del mismo modo en que hay que dejar de identificar el capitalismo con su sola vertiente industrial, desde el punto de vista tanto teórico como histórico.

El poder biopolítico

Para terminar, la política de la deuda inviste de lleno lo que Foucault llama *biopoder*. No se limita a hacer de los gastos sociales la fuente de nuevas ganancias para los acreedores (seguros e inversores institucionales), sino que transforma la naturaleza misma del Estado benefactor. Los seguros «colectivos» contra los riesgos (vejez, salud, desempleo) son sistemáticamente sustituidos, en todas las oportunidades posibles, por seguros privados.

Al reducir al mismo tiempo los gastos sociales y los impuestos (reducciones que benefician sobre todo a las empresas y los segmentos más ricos de la población), la política neoliberal del Estado opera un doble proceso: una transferencia masiva de ingresos hacia las clases más acomodadas de la sociedad y las empresas, y una profundización de los déficits causados por las políticas fiscales; esos déficits se convierten, a su vez, en una fuente de ingresos para todos los acreedores que compran los títulos de la deuda estatal. Se instala así el «círculo virtuoso» de la

economía de la deuda, que lleva a decir a Warren Buffett, el oráculo de la bolsa norteamericana, con la franqueza y la lucidez propias de los reaccionarios: «Todo va muy bien para los ricos en este país; nunca hemos sido tan prósperos. Es una guerra de clases, y la que está ganándola es la mía». El proceso estratégico del programa neoliberal en lo concerniente al Estado benefactor consiste en una transformación gradual de «derechos sociales» en «deudas sociales», que las políticas neoliberales tienden a su turno a transformar en deudas privadas, en paralelo con la transformación de los «derechohabientes» en «deudores» de las cajas de seguros de desempleo (para los desempleados) y del Estado (para los beneficiarios de los ingresos mínimos sociales, los receptores del RSA).

La transformación de derechos sociales en deudas y de usuarios en deudores es la concreción del individualismo patrimonial, que «tiene por fundamento la afirmación de derechos individuales, pero en una concepción cabalmente financiera de esos derechos identificados con títulos». ⁸ A diferencia de lo que sucede en los mercados financieros, el usuario transformado en «deudor» no tiene que hacer sus reembolsos en dinero contante y sonante, sino en comportamientos, actitudes, maneras de actuar, proyectos, compromisos subjetivos, tiempo dedicado a

⁸ A. Orléan, *Le Pouvoir de la finance*, op. cit., pág. 244.

la búsqueda de empleo, tiempo utilizado para formarse de acuerdo con los criterios dictados por el mercado y la empresa, etc. La deuda remite directamente a una disciplina de vida y a un estilo de vida que implican un trabajo sobre «sí mismo», una negociación permanente consigo mismo, una producción de subjetividad específica: la del hombre endeudado. En ese sentido, puede afirmarse, sin duda, que la deuda reconfigura el poder biopolítico, al implicar una producción de subjetividad propia del hombre endeudado.

Entonces, en la reconfiguración de los poderes soberano, disciplinario y biopolítico, la economía de la deuda abarca a la vez una función política, productiva y distributiva.

La gubernamentalidad neoliberal
ante la prueba de la deuda:
¿hegemonía o gobierno?

¿Qué es el capitalismo?

Dado que ya hemos explorado la reconfiguración efectuada por la economía de la deuda en las diferentes formas de poder, ahora debemos preguntarnos, más precisamente, cómo se ejerce el poder en el capitalismo. ¿Qué se entiende por «economía de la

deuda» y qué relación puede establecerse entre el capital financiero, el capital industrial y el Estado? ¿Se puede hablar de hegemonía del capitalismo financiero sobre las demás formas del capital (industrial, comercial)? Temibles interrogantes, cuyos términos quizás estén mal planteados.

Es inútil buscar un fundamento (la industria, las finanzas, el Estado e incluso la producción de conocimiento) a lo que se llama «capitalismo», porque no hay un centro único de donde emanen sus relaciones de poder, y tampoco hay un lugar, una institución, un dispositivo, más estratégico que los demás, en el cual se acumule su poder y desde donde puedan efectuarse transformaciones (sean neoliberales o revolucionarias). No hay un tipo de relación (económica, política, de endeudamiento, de conocimiento) que pueda contener, totalizar y dominar a todas las otras. Cada dispositivo económico, político o social produce los efectos de poder que le son propios, implementa tácticas y estrategias específicas e inviste a los «gobernados» conforme a procesos de sujeción y sojuzgamiento diferentes. Pero, ¿por qué se puede hablar, entonces, de «economía de la deuda»? Lo que llamo de ese modo es una disposición que mantiene unida a aquella multiplicidad. La unidad de esta no es sistémica sino operacional, es decir que constituye una «política» que da lugar a composiciones y unificaciones siempre parciales y temporales. Y en el capitalismo la «política» siempre se define en rela-

ción con las urgencias y los imperativos del conflicto de clases.

La necesidad de responder a las relaciones de fuerza cristalizadas en torno al 68, y de superarlas, llevó a la construcción de un bloque de poder que actuó, a menudo a tientas, sobre diferentes dispositivos de poder a la vez (privilegiando en unos casos el mercado, en otros la empresa, en otros el Estado). No obstante, la trama de fondo que las mantiene unidas es la relación acreedor-deudor, que no siempre tuvo el mismo peso ni la misma función, pero demostró ser, en el aspecto pragmático, la más útil y eficaz. La crisis de 2007 acrecentó aún más su utilidad y su eficacia a ojos del bloque de poder neoliberal, porque conjuga la «extracción de la plusvalía» y el control de la población en un nivel de generalización y transversalidad que el capitalismo industrial no es capaz de asegurar. La relación acreedor-deudor es la que está en mejores condiciones de manejar la crisis de la dinámica liberal, porque pone en primer plano la cuestión de la propiedad. ¿Se trata, por lo tanto, de hegemonía? El concepto gramsciano de «hegemonía» (la del capital financiero) parece menos operativo que el concepto foucaultiano de «gubernamentalidad».

El capitalismo no tiene una *estructura* o un *sistema*: se elabora, se transforma, se organiza, se arma de procedimientos más o menos ajustados, según los imperativos de la explotación y la dominación. El

poder del capitalismo, como el mundo que este quiere dominar y del cual pretende apropiarse, siempre está *haciéndose*. El bloque de poder aglutinado en torno a la economía de la deuda está compuesto de relaciones de poder que son a la vez heterogéneas, porque responden a lógicas diferentes (el Estado, con sus funciones soberanas y el control de la población por el Estado benefactor; la industria y su acumulación, que pasa por el trabajo; las finanzas, que aspiran a prescindir de este último; lo político, que organiza el consenso, etc.), y complementarias, dado que hacen frente al mismo «enemigo». Lo que va a reunir las y consolidarlas o a separarlas y debilitarlas es el desenvolvimiento de la lucha de clases. Su unidad y las relaciones de fuerza internas son un proceso político de composición que no podemos presuponer, dado que es el resultado de una construcción.

La gubernamentalidad ha producido un capitalista colectivo —para hablar como Lenin— que no se concentra en las finanzas sino que opera de manera transversal en la empresa, la administración, los servicios, los partidos políticos, los medios, la universidad. Esta subjetivación política dota a los capitalistas de las mismas formaciones, la misma visión de la economía y la sociedad, el mismo vocabulario, los mismos métodos; en suma, la misma política. Si la gubernamentalidad neoliberal se construye, sin duda alguna, alrededor de la deuda, que integra las

otras relaciones de poder de manera siempre problemática, hay que historizar su desarrollo, porque al pasar de una secuencia política a otra se metamorfosea. Aquella que Foucault describe en *Nacimiento de la biopolítica* no parece ser adecuada para aprehender su acción a partir de la década de 1990, ya que la gubernamentalidad va a limitar, justamente, la producción de la libertad que Foucault erige en condición del «liberalismo». En este, la libertad es siempre, y ante todo, la libertad de la propiedad privada y de los propietarios. Cuando estos «derechos del hombre» están amenazados —ya sea por la crisis, la rebelión o cualquier otro fenómeno—, el régimen liberal no sirve y se tornan necesarios otros regímenes de gubernamentalidad para asegurar su perpetuación. Así, el problema de «gobernar lo menos posible» creó en principio las condiciones y a continuación dejó su lugar, como siempre en la historia del capitalismo, a políticas mucho más autoritarias. Si se lee *Nacimiento de la biopolítica* a la luz de lo que ocurre en nuestros días, nos sorprenderá cierta ingenuidad política, porque la parábola trazada por el «liberalismo» siempre conduce a los mismos resultados: crisis, restricción de la democracia y las libertades «liberales» e instalación de regímenes más o menos autoritarios, según la intensidad de la lucha de clases que haya que librar para mantener los «privilegios» de la propiedad privada.

En consecuencia, la interrogación sobre la función de las distintas relaciones de poder siempre debe proceder pragmática e históricamente, preguntándose no qué es el capitalismo, sino cómo funciona a partir de la lucha de clases, de la que sólo los grandes reaccionarios hablan con alguna pertinencia, como lo hace Warren Buffett, el hombre de referencia de la bolsa norteamericana.

La crisis de las subprime

La crisis que estamos viviendo no es, por lo tanto, sólo una crisis financiera, sino también un fracaso de la gubernamentalidad neoliberal sobre la sociedad. El modo de gobierno fundado en la empresa y el individualismo propietario está en bancarrota. La crisis, al develar la naturaleza de las relaciones de poder, conduce a formas de control mucho más «represivas» y «autoritarias», que ya no se molestan en apelar a la retórica de la «libertad», la creatividad y el enriquecimiento de todos característica de las décadas de 1980 y 1990.

En su genealogía y su desarrollo, la crisis de las *subprime* deja ver el funcionamiento de un bloque de poder en el que la economía «real», las finanzas y el Estado constituyen los engranajes de un mismo dispositivo y de un mismo proyecto, que hemos dado en llamar «economía de la deuda». Tampoco en este caso pueden disociarse la economía «real» y la

«especulación» financiera. En tanto que la economía «real» empobrece a los gobernados en cuanto «asalariados» (congelamiento salarial, precarización, etc.) y beneficiarios de derechos sociales (reducción de las transferencias de ingresos, disminución de los servicios públicos, de los subsidios de desempleo y de las becas estudiantiles, etc.), las finanzas pretenden enriquecerlos a través del crédito y el accionariado. Nada de aumentos de salarios directos o indirectos (jubilaciones), sino crédito al consumo e incitación a la renta bursátil (fondos de pensiones, seguros privados); nada de derecho a la vivienda, sino créditos inmobiliarios; nada de derechos a la escolarización, sino préstamos para pagar los estudios; nada de mutualización contra los riesgos (desempleo, salud, jubilación, etc.), sino inversión en los seguros individuales.

El asalariado y el usuario de la seguridad social deben ganar y gastar lo menos posible, a fin de reducir el costo del trabajo y el de la seguridad social, en tanto que el consumidor debe gastar lo máximo posible, para dar salida a la producción. Empero, en el capitalismo contemporáneo, el asalariado, el usuario y el consumidor coinciden en una misma persona, y entonces las finanzas pretenden resolver la paradoja. El crecimiento económico neoliberal determina diferenciales de ingresos y de poder cada vez más importantes, al empobrecer a los asalariados, los usuarios y una parte de las clases medias, en

tanto que, por otro lado, aspira a enriquecerlos a través de un mecanismo muy bien ejemplificado por los créditos *subprime*: redistribuir ingresos sin afectar las ganancias, redistribuir ingresos y reducir a la vez los impuestos (sobre todo para los ricos y las empresas), redistribuir ingresos mediante recortes en los salarios y los gastos sociales. En tales condiciones de deflación salarial y destrucción del Estado benefactor, para enriquecer a todo el mundo no queda otra cosa que el recurso al crédito. ¿Cómo funciona esta política? «Sí, usted tiene un salario muy pequeño, ¡pero eso no importa! Endéudese para comprar una casa; su valor aumentará y podrá usarla de garantía para otros créditos». Sin embargo, cuando las tasas de interés aumentan, todo este mecanismo de «distribución» de los ingresos por medio de la deuda y las finanzas se derrumba.

La lógica de la deuda/crédito es una lógica política de gobierno de las clases sociales en la globalización. La gestión de las *subprime* lo expresa de manera paradigmática:

«La explosión del sector inmobiliario y el crédito fácil fueron dos modalidades para tranquilizar a los trabajadores y la clase media e inducirlos a adherir al programa de largo plazo del “régimen liberista”. Cuando podíamos darnos el lujo de adquirir a crédito una casa, un auto, vacaciones en París, estábamos obligados a creer en los éxitos de la globalización. Ahora comenzamos a darnos cuenta de que se trataba de una estrategia de

Wall Street para sacarnos hasta el último dólar de nuestro patrimonio. Pero ya no sabemos por dónde empezar, porque la casa era nuestra última reserva patrimonial para casos de urgencia».⁹

La economía norteamericana es, fundamentalmente, una economía de la deuda. En ella, las finanzas no son en principio un fenómeno de especulación, sino que constituyen el motor del crecimiento y definen su naturaleza. Al 30 de junio de 2008, la deuda agregada de Estados Unidos —familias, empresas, bancos y administraciones públicas— superaba los cincuenta y un billones de dólares, frente a un producto bruto interno de catorce billones. La deuda media de las familias ha aumentado el 22% en los últimos ocho años (los años de Bush). Por su parte, el monto de los préstamos impagos se incrementó el 15%. La deuda de los estudiantes universitarios se ha duplicado. La enseñanza de un «arte de vivir endeudado» está ahora integrada a los programas de la educación nacional norteamericana.

El aumento de la demanda ya no se canaliza, en lo esencial, a través de los déficits del Estado, sino de la deuda privada, al hacer recaer los costos y los riesgos

⁹ Robert D. Manning escribió un verdadero *best seller*, *Credit Card Nation: The Consequences of America's Addiction to Credit*, Nueva York: Basic Books, 2000, y más recientemente publicó *Living with Debt: A Life Stage Analysis of Changing Attitudes and Behaviors*, Charlotte (Carolina del Norte): Lending Tree, 2005.

en las familias «endeudadas». Así, el endeudamiento de los últimos años contribuyó vigorosamente al auge y el despliegue de las finanzas; por lo demás, la última crisis financiera se desencadenó a partir del crédito inmobiliario. En otras palabras, como argumenta Christian Marazzi, se ha pasado del *deficit spending* público al *deficit spending* privado para sostener la demanda global de bienes y servicios. El déficit público no ha desaparecido, desde luego, sobre todo en Estados Unidos, donde la presión fiscal es muy insuficiente para equilibrar el crecimiento de los gastos públicos. No obstante, la demanda global se sostiene por medio de los mercados financieros y los bancos, como en el caso de las *subprime*.

Las finanzas constituyen una máquina de guerra para la privatización, que transforman los derechos sociales en créditos, seguros individuales y renta (accionistas), y, por lo tanto, en propiedad individual. Vayamos todos a visitar a nuestro banquero, ya que las finanzas han elaborado las técnicas más sofisticadas para transformarnos en propietarios y consumidores armados de tarjetas de crédito. Lo que está en bancarrota no es la «especulación», el presunto desacoplamiento de las finanzas y la economía real, sino la pretensión de enriquecer a todo el mundo *sin afectar el régimen de la propiedad privada*. La propiedad es el punto con el que tropieza cualquier política en el capitalismo: *hic Rhodus, hic salta!* En ese nivel, la lucha de clases se expresa por el enfrenta-

miento entre dos modelos de «socialización» de la riqueza: derechos para todos y mutualización contra créditos y seguros individuales. Lo que se derrumba es el proyecto político de transformar a todo el mundo en «capital humano» y empresarios de sí mismos. Con las *subprime*, los capitalistas creyeron en su propia ideología: convertir en «propietarios» a todos, incluidos «los más pobres de la *working class* y de las clases medias». «¡Todos propietarios!», proclamaba el programa electoral de Sarkozy, en tanto que el original norteamericano de Bush hablaba de «la sociedad de propietarios». Lo que se confirma es, en cambio, la reconversión de la mayoría de la población en deudora y de una minoría en rentista. La quiebra del individualismo propietario pone en primer plano la economía de la deuda y la cara menos placentera de la relación acreedor-deudor: la del reembolso.

La economía de la deuda tiene objetivos de neto contenido político: la neutralización de los comportamientos colectivos (mutualización, solidaridad, cooperación, derechos para todos, etc.) y de la memoria de las luchas y las acciones y organizaciones colectivas de los «asalariados» y los «proletarios». El crecimiento empujado por el crédito (finanzas) aspira así a exorcizar el conflicto. Enfrentarse con subjetividades que conciben a las asignaciones, las jubilaciones, la formación, etc., como derechos colectivos garantizados por la lucha no es lo mismo que gober-

nar a «deudores», pequeños propietarios, pequeños accionistas.

La crisis de las *subprime* no sólo es, por consiguiente, una crisis financiera; también marca el fracaso del programa político del individualismo propietario y patrimonial. Esta crisis es eminentemente simbólica, en cuanto afecta la representación por excelencia de la «propiedad individual»: la casa. A corto plazo, el fracaso de las políticas neoliberales le brinda al bloque de poder constituido por la economía de la deuda la oportunidad de sacar provecho de la situación de crisis en la cual ha hundido al mundo entero.

¿Quién va a pagar las montañas de deudas que se han acumulado para salvar a los bancos y el sistema de poder de la economía de la deuda? La respuesta del bloque de poder neoliberal no suscita duda alguna. ¡Pero se trata de una estrategia con la que los aprendices de brujo neoliberales corren el riesgo de no controlar gran cosa!

La crisis de la deuda soberana

El problema de la deuda no ha dejado de estar presente. . . con la salvedad de que se ha desplazado de la deuda privada a la deuda soberana de los Estados. Las enormes sumas que estos han otorgado a los bancos, las compañías de seguros y los inversores institucionales deben ahora ser «devueltas» por los

contribuyentes (y no por los accionistas y los compradores de títulos). La carga más importante va a pesar sobre los asalariados, los usuarios del Estado benefactor y las capas más pobres de la población. Con el dinero «público» se salvó a los bancos mediante la nacionalización de sus pérdidas. El Estado ha inyectado en la sociedad un flujo de moneda que es, en realidad —como hemos visto con Deleuze—, un flujo de poder, para tratar de restablecer y consolidar la relación de fuerzas entre acreedores y deudores. Los Estados no acudieron en auxilio de una estructura funcional de financiamiento de la economía real, sino de un dispositivo de dominación y explotación específico del capitalismo contemporáneo. Y, no sin cinismo, se va a hacer pagar el costo del restablecimiento de esa relación de explotación y dominación a quienes la sufren.

Se abre aquí una nueva secuencia política, cuyas consecuencias es imposible prever. La voluntad de aprovechar la crisis para llevar a buen puerto el programa neoliberal (reducción de los salarios a niveles de supervivencia, reducción de las erogaciones sociales y transformación del Estado benefactor, intensificación de las privatizaciones) es un proyecto de sumo riesgo para el capital, pues debilita al Estado, dispositivo fundamental de control político y modelización de la subjetividad, y a la vez agudiza la lucha de clases. Convencidas de su propia retórica, según la cual el mercado no necesita al Estado, las agencias

calificadoras abrieron así las hostilidades señalando las deudas soberanas que hay que atacar (ilas europeas en primer lugar!). Al colocar a los Estados en situación de quiebra, permiten imponer a los países deficitarios las políticas salariales y sociales con que la gobernanza neoliberal sueña desde los años setenta. Como «no hay alternativa», es preciso, pues, reembolsar a acreedores ya enriquecidos gracias a cuarenta años de depredación de la deuda pública. Grecia, tras bajar los salarios, aumenta la edad de jubilación, congela las pensiones, incrementa el impuesto al valor agregado en 2010 e implementa, a instancias de Europa y el FMI, un segundo plan, que para sumar austeridad a la austeridad contempla economías por 6.000 millones de euros en 2011 y por 26.000 millones de 2012 a 2015, privatizaciones (la compañía de electricidad, la lotería, el viejo aeropuerto de Atenas, puertos y marinas) que equivalen a 50.000 millones de euros, un incremento semanal de dos horas y media de trabajo para todos los funcionarios, y la supresión de 200.000 empleos en el sector público. En 2010 cerraron 120.000 tiendas; en 2011 les tocó la misma suerte a 6.000 restaurantes, en los que la concurrencia había caído, en promedio, el 54%. Todo lo que vale algo debe liquidarse. El hecho de que los ingresos del presupuesto del Estado disminuyan en la misma medida no parece preocupar al FMI y a ese nido de neoliberales que es Europa. Lo único que importa es que los acreedores (sobre todo,

los bancos alemanes y franceses que, al ser poseedores de títulos de la deuda griega, van a ser salvados por segunda vez con dineros «públicos») tengan su reembolso. Para garantizar el buen desenvolvimiento de este programa, la venta de todos los activos mencionados debería ponerse bajo la vigilancia, si no bajo la responsabilidad, de expertos extranjeros. Con este nuevo plan de «ayuda», la deuda de Grecia ha pasado del 150% al 170% del PBI.¹⁰ Los planes de

¹⁰ Una curiosidad acerca de los griegos: en una revista de economía, se burlan de la retórica del «trabajo» que es central tanto en el discurso del socialista Jospin como en el del conservador Sarkozy. Por una vez, pase. Además, el título del artículo desfigura el célebre eslogan de campaña de Sarkozy: «Trabajar más... para endeudarse más». Con el pretexto de una declaración de Angela Merkel acerca de Grecia—«No podemos tener una moneda común y que algunos disfruten de muchas vacaciones y otros de muy pocas; a la larga, la situación no funciona»—, y con datos de la OCDE en la mano, Philippe Brossard, presidente de Macrorame, sociedad independiente de estudios económicos y financieros, se entretiene en partirlas el espinazo a los clisés «trabajistas». Los griegos son, así, los campeones del trabajo, con 2.119 horas por año. «Trabajan» el 52% más que los alemanes (1.380 horas). También trabajan durante más tiempo. En Grecia, el 31% de la población de entre 59 y 75 años trabaja, contra el 23% en Alemania. La productividad laboral (producción por hora de trabajo) es, siempre según la OCDE, de 34 dólares por hora en Grecia contra 57 en Estados Unidos, 55 en Francia y 53 en Alemania. Lejos de estos últimos resultados, es apenas inferior a la del Japón (38 dólares), pero superior a la de Corea (25 dólares).

La conclusión lógica del financista es que, cuanto más trabaja uno, más se endeuda. Brossard ha dado a esta paradoja económica

rescate de Europa y el FMI también están hundiendo a Irlanda en una recesión y un desempleo sin salida a la vista.

En una entrevista concedida el 9 de julio de 2011 a *La Stampa*, diario del cual es propietario el grupo Fiat, un economista norteamericano, John Coffee, al referirse a la deuda pública italiana, que ha sido objeto de ataques de los mercados en los primeros días del mes, revela qué hay detrás del rescate de Grecia. Ante una pregunta con respecto a la situación de la deuda italiana, cuyos títulos están, en gran parte, en manos de «familias» de Italia y, por lo tanto, de pequeños y muy pequeños ahorristas, Coffee responde:

«En términos absolutos, es verdad que si la deuda está en poder de familias la situación es de estabilidad, pero nos encontramos en una fase en que Grecia corre el riesgo de incumplimiento, y el Banco Central Europeo quiere evitarlo para salvar a los bancos franceses y alemanes que sufrirían sus consecuencias. Al contrario, si fuese Italia la que cayera en el incumplimiento, el peso principal lo soportarían las familias, y no los bancos europeos. Esto puede llevar al Banco Central a ayudar más a Gre-

el nombre de «conjetura de Salvador-Merkel», doble «homenaje» a nuestra dura hormiga germánica, que tras desplumar a las cigarras meridionales nos ha puesto en el buen camino, y a Salvador Henrí (no Dalí), que había anticipado la idea en 1965: «el trabajo es salud (financiera). No hacer nada es conservarla».

cia que a Italia. Los mercados lo saben bien y se comportan en consecuencia».

Los mercados lo saben, en tanto que los periodistas, en apariencia, lo ignoran. Imaginemos por un instante lo que pasaría si los medios tuvieran el valor de decir la verdad y reemplazaran en toda ocasión el enunciado «rescate de Grecia» por «rescate de los bancos franceses y alemanes»: nos moveríamos en un marco político muy distinto.

Portugal, después de llevar a cabo cuatro planes de austeridad en un año para tratar de escapar a los planes de rescate de Europa y el FMI —los cuales, como lo recordó recientemente el ex presidente brasileño Lula, imponen condiciones que agravan los problemas en vez de resolverlos—, tuvo que aceptar una ayuda de 80.000 millones de dólares, que distribuyó de inmediato entre sus acreedores (los bancos) franceses, españoles y alemanes, poseedores de la mayor parte de su deuda. En cuanto a los islandeses, deberían pagar 12.200 euros por persona por la quiebra de un banco privado. Los únicos ciudadanos a quienes se consultó a través de un referéndum rechazaron en dos oportunidades los planes de austeridad propuestos.

El gobierno inglés ha lanzado un plan de austeridad que prevé reducir en 81.000 millones de libras (92.700 millones de euros) los gastos públicos desde ahora hasta 2015, lo cual significa para las colectivi-

dades locales una reducción promedio del 28% de su presupuesto en el período en cuestión. En los demás países europeos cuyas notas las agencias calificadoras no han bajado por completo, e incluso en algunos, como Alemania, se han puesto en práctica planes de austeridad por miles de millones de euros, que afectan los salarios, los ingresos y los modos de vida de las mismas capas sociales.

Sin embargo, es en Estados Unidos, foco de la crisis y cuna del neoliberalismo, donde las políticas conservadoras amenazan con llevar su lógica hasta el final y sacar provecho de su crisis financiera. El demócrata Obama se jacta de haber negociado el recorte más importante de los gastos sociales que se haya realizado en el país, como si se tratara de enorgullecerse por un nuevo New Deal, pero al revés. En noviembre de 2010 suscribió un acuerdo con el Congreso, ahora de mayoría republicana, para prorrogar por dos años las reducciones impositivas otorgadas por Bush a los sectores más ricos de la población. La «ley Obama-Bush», como se la llamó en Estados Unidos, amplía la reducción de impuestos incluso a quienes tienen ingresos superiores a los 250.000 dólares. Estos ricos representan sólo el 5% de la población, pero sus contribuciones constituyen más del 40% de los ingresos fiscales correspondientes al impuesto sobre la renta. A cambio de algunos maníes para los desempleados, el regalo hecho a los ricos fue más que considerable, a saber: 315.000 mi-

llones de dólares en dos años. Para tener una idea de la magnitud del obsequio, hay que recordar que el sostén del Estado norteamericano a su economía ascendía, en 2008, a 800.000 millones de dólares en dos años, el más importante de la historia del país. Los neoconservadores están también exultantes en distintos estados de la federación, donde procuran reducir de manera drástica las erogaciones del *Welfare*, a la espera de imponer esas mismas políticas al Estado federal. En una entrevista, Arianna Huffington recuerda que dichas políticas ya están vigentes en cuarenta y cinco estados de la Unión.¹¹ En febre-

¹¹ «Un norteamericano de cada cinco está desempleado o subempleado. Un crédito inmobiliario de cada ocho termina en desalojo. Un norteamericano de cada ocho vive de bonos alimentarios. Más de 120.000 familias se declaran en quiebra por mes. ¡La crisis económica ha barrido con más de 5.000 millones de dólares de fondos de pensiones y ahorros! En tanto, paralelamente, recortes presupuestarios masivos han afectado a muchos servicios públicos. (...) Al menos cuarenta y cinco estados han efectuado recortes en servicios vitales para los más débiles: niños, ancianos, discapacitados, enfermos, personas sin techo. Por no hablar de los estudiantes, sistemáticamente afectados. El diablo está en los detalles. California acaba de eliminar el CalWORKs, un programa de asistencia financiera a las familias necesitadas: 1.400.000 personas son las afectadas, en sus dos terceras partes niños. Maine redujo sustancialmente sus becas escolares y los subsidios a los centros para personas sin techo. Alabama suprimió los servicios que permitían a 1.100 jubilados permanecer en sus casas en vez de internarse en geriátricos. Michigan, Nevada, California y Utah eliminaron el reembolso de las atenciones odontológicas y oftalmológicas para los beneficiarios

ro de 2011, durante tres días, millares de contestatarios, sindicalistas y demócratas reunidos, manifestaron en Madison, capital de Wisconsin, contra los proyectos del nuevo gobernador, el republicano Scott Walker, que ganó las elecciones con la promesa de reabsorber los déficits presupuestarios sin dejar de reducir los impuestos. Su proyecto debería permitir el ahorro de 300 millones de dólares (alrededor de 220 millones de euros) en los dos próximos años (el déficit presupuestario del estado es de 5.400 millones). El plan de reducción de la deuda preveía congelar parcialmente por la vía legislativa los salarios de los funcionarios; reducir sus haberes jubilatorios, así como otros elementos de su cobertura social, y anular una serie de derechos sindicales, objetivo que no se cuenta entre los últimos en las políticas de austeridad impuestas en el mundo.

Las negociaciones entre demócratas y conservadores sobre el techo de la deuda parecen una caricatura, por desdicha muy real, de la lucha entre clases sociales en Estados Unidos. Los conservadores no

de Medicaid, el seguro de salud de los más pobres. Podría seguir con la enumeración. Y mientras la miseria se instala en el país, se siguen gastando miles de millones en guerras inútiles» (Arianna Stassinopoulos Huffington, *Third World America: How Our Politicians Are Abandoning the Middle Class and Betraying the American Dream*, Nueva York: Crown Publishers, 2010) [*Traición al sueño americano: cómo los políticos han abandonado a la clase media*, Madrid: Taurus, 2012].

quieren tocar las escandalosas reducciones fiscales otorgadas a los ricos y las empresas, y aspiran a disminuir el déficit mediante recortes salvajes de los gastos sociales, es decir, aplicar al presupuesto federal lo que ya está vigente en los estados de la Unión.

Francia redujo rápidamente, a partir de comienzos de nuestro siglo, el retraso que tenía con respecto a Estados Unidos en materia de políticas fiscales favorables a los ricos (en especial, a los más ricos entre los ricos)¹² y las empresas. El debate que se entabló en paralelo, en la primavera de 2011, sobre los beneficiarios del RSA y sobre el impuesto a la riqueza es otra versión, totalmente desacomplejada, de la lucha de clases librada por las políticas fiscales y sociales: aplicar una «doble pena» a los beneficiarios del RSA (400 euros por mes). Culpables de su situación, estos tendrían que respetar los «deberes» que se les imponen (obligación de permitir el seguimiento individual, obligación de aceptar cualquier oferta razonable de empleo luego de dos negativas, etc.) y realizar, además, un trabajo gratuito, mientras el go-

¹² En 2010, el escudo fiscal permitió a 925 contribuyentes con un patrimonio superior a los 16 millones de euros recibir del fisco, en promedio, 381.000 euros. La ley TEPA (*travail, emploi, pouvoir d'achat*), de 2007, que habría debido promover el trabajo, el empleo y el poder adquisitivo (no es una broma), produjo, como complemento de una baja sin precedentes de la tributación sobre las sucesiones y las donaciones, toda una retórica del trabajo, para no favorecer, en definitiva, sino al patrimonio.

bierno firma un cheque de varios miles de millones de euros a nombre de los contribuyentes del impuesto solidario sobre la fortuna [ISF], al dividir casi por cuatro el impuesto a la riqueza de los más acaudalados (el interés aplicable más allá de los 17 millones de euros de patrimonio pasará del 1,8% al 0,5%). Los nichos fiscales, que constituyen otro dispositivo de «asistencia» a los ricos, representan entre 60.000 y 80.000 millones de euros por año, entregados sin contrapartida alguna ni en términos de deberes ni de «trabajo socialmente útil»: miles de millones que las clases sociales menos favorecidas deberán encargarse de pagar.

Por obra de la deuda soberana, el hombre endeudado corre el riesgo de convertirse en la condición económico-existencial más difundida del mundo. Y de ser así, el fracaso sufrido por la gubernamentalidad neoliberal durante la crisis de las *subprime* se transformará, a corto plazo, en victoria a la hora de la economía generalizada de la deuda. Por ello es necesario ver de qué modo, a través de la crisis de la deuda soberana, la lógica de la deuda inviste lo que Foucault llamaba «lo social».

La deuda y el mundo social

Las tres deudas: privada, soberana y social

En los períodos de crisis, como el que arrecia actualmente, es fácil ver a qué se refiere la «confianza» de la que hablan todo el santo día los políticos, los economistas y los expertos. No, sin duda, a los otros hombres, ni a uno mismo ni al mundo. Se refiere a los dispositivos de poder capaces de reproducir y gobernar las relaciones de explotación y dominación del capitalismo; en especial, a la moneda y la deuda soberana del Estado como garantía, en última instancia, de su continuidad. La moneda (deuda) privada nos ha brindado la enésima demostración de su incapacidad para garantizar la reproducción de las relaciones de poder y su gobierno, como no sea por la avidez, la apropiación exclusiva, la sed de enriquecimiento personal y la exploración de todos los recursos materiales, intelectuales y morales. El Estado, si lo logra, no restablece la confianza, sino la «seguridad», respecto de la cual es el único en condiciones de garantizarla.

La coordinación de deudas privadas exige siempre la intervención de la trascendencia del Estado. No es el mercado sino la deuda soberana, en el fondo, la que garantiza y hace posible la circulación de las deudas privadas. Así, la privatización de la moneda desemboca necesariamente en lo que horroriza,

según dicen, a los liberales: la intervención del poder del Estado. Esto es lo que revela la crisis actual: la emisión privada de moneda-crédito no puede sino exigir la intervención del Estado, porque las deudas privadas son incapaces de una coordinación inmanente (autorregulación del mercado). Se produce entonces algo sorprendente, que permite dimensionar la «locura» del capitalismo: la deuda soberana es, a su vez, objeto y oportunidad de especulación y explotación por los acreedores y sus representantes, que se empeñan en destruir de manera sistemática la mano muy visible que los ha salvado. ¡No seremos nosotros quienes lamentemos esta «locura» que consiste en socavar uno de los fundamentos del control de la población, el Estado-nación y su administración! De crisis financiera en crisis financiera, se entra en un estado crítico permanente, que más adelante, para designar la discontinuidad con el concepto de «crisis», llamaremos «catástrofe».

Así, en el fenómeno monetario y el crédito encontramos igualmente los callejones sin salida del capitalismo descritos por Foucault en *Nacimiento de la biopolítica*: para poder gobernar a la vez la heterogeneidad de lo económico y lo político, hace falta un tercer elemento, un tercer plano de referencia: lo social. Según Foucault, el poder político del soberano se ejerce, en efecto, en un territorio (y sobre sujetos de derechos) también habitado por sujetos económicos, que en lugar de ser derechohabien-

tes tienen intereses (económicos). El *homo œconomicus* es una figura diferente del *homo juridicus* y no puede superponérsele. El hombre económico y el sujeto de derecho dan lugar a dos procesos de constitución radicalmente heterogéneos: cada sujeto de derecho se integra a la comunidad política por una dialéctica de la renuncia, porque la constitución política supone que el sujeto jurídico transfiera sus derechos a algún otro. El hombre económico, en cambio, se integra al conjunto económico por una multiplicación espontánea de sus propios intereses, sin renunciar a ellos. Al contrario, sólo al perseverar en su interés egoísta hallan satisfacción las necesidades de todos. A juicio de Foucault, ni la teoría jurídica, ni la teoría económica, ni la ley, ni el mercado son capaces de conciliar esa heterogeneidad. Es preciso un nuevo dominio, un nuevo campo, un nuevo plano de referencia, que no será ni el conjunto de los sujetos de derechos ni el conjunto de los sujetos económicos. Para que la gubernamentalidad pueda conservar su carácter global, para que no se separe en dos ramas (arte de gobernar económicamente y arte de gobernar jurídicamente), el liberalismo inventa y experimenta con una serie de técnicas de gobierno que se ejercen sobre un nuevo plano de referencia: la sociedad civil, la sociedad o lo social. La sociedad será el objeto de esa gran maquinaria que alcanzará su desarrollo máximo en el *Welfare*. Para poder gobernar hay que introducir el Estado benefactor entre la

economía y el sistema político; entre los derechos políticos y los intereses económicos hay que introducir los derechos sociales.

La sociedad no es el espacio donde se fabrica cierta distancia o cierra autonomía con respecto al Estado, sino el correlato de las técnicas de gobierno. La sociedad no es una realidad primera e inmediata, sino algo que forma parte de la tecnología moderna del gobierno, que es su producto.

La cuestión de la deuda se enuncia de la misma manera. Entre la deuda privada y la deuda soberana del Estado hay que introducir la «deuda social» (el Estado benefactor), una deuda cuya gestión, a través de lo que Foucault describe como técnica de control «pastoral», permite la individualización del gobierno de conductas y la totalización de la regulación de las poblaciones. Así, los procesos de subjetivación que vamos a explorar pueden ligarse con los aspectos más macroeconómicos de la economía de la deuda, y por eso nos pareció necesario pensarlos juntos. La importancia de vincularlos es, además, mucho mayor debido a que la quiebra de la gubernamentalidad neoliberal generada por la última crisis económica y financiera va a acentuar, casi con toda certeza, esa lógica de investidura de la esfera social por la economía de la deuda en nuestras sociedades.

De ese modo, al ordenamiento del mercado, del Estado y de lo social que define el gobierno de la sociedad en Foucault, corresponde el ordenamiento de

tres deudas que definen el gobierno de la moneda-deuda: la deuda privada, la deuda soberana y la deuda social (la deuda del Estado benefactor). A fin de que la gubernamentalidad pueda actuar hay que introducir, entre las polarizaciones que el capitalismo reproduce sin descanso (el individualismo del mercado y el colectivismo del Estado, la libertad del individuo y la libertad totalizadora del Estado), la gestión a la vez individualizadora y totalizadora de la deuda social. Los acontecimientos sobrevenidos desde la década de 1990, que han experimentado una fuerte aceleración en el transcurso del primer decenio del nuevo siglo, marcan una discontinuidad con respecto a las afirmaciones de Foucault en *Nacimiento de la biopolítica*. En la crisis, la heterogeneidad del *homo œconomicus* y del *homo juridicus* ya no es asegurada por «lo social», sino por la producción del *homo debitor* (el *hombre endeudado*).

Para efectuar la conversión de la producción de lo social en la producción del hombre endeudado hay que llevar a cabo una conversión del Estado benefactor, que es el ámbito privilegiado de esa producción. Tal es la tarea que el bloque de poder construido en torno a la política de la deuda se afana en cumplir desde hace cuarenta años. Las herramientas teóricas que hemos puesto en juego también nos permiten aquí comprender lo que implica la producción del hombre endeudado. En ese sentido, desde la última crisis financiera nos hallamos en un punto

de inflexión decisivo. Las batallas que antaño se libraban en torno al salario parecen desplegarse hoy alrededor de la deuda, sobre todo de la deuda pública, que representa una especie de salario socializado. En efecto: las políticas neoliberales de austeridad se concentran y pasan, en lo esencial, por la restricción de todos los derechos sociales (jubilación, salud, seguro de desempleo, etc.) y la reducción de los servicios y el empleo públicos y de los salarios de los funcionarios, con vistas a la constitución del hombre endeudado.

La producción de lo social por el *Welfare* actuaba, a la vez, como instrumento de control sobre la vida de los usuarios y como medio reformista de redistribución de los ingresos y de acceso a una multiplicidad de servicios y derechos. Hoy, ese camino reformista está bloqueado, sólo subsiste el control a través de la política de la deuda. De instrumento de un reformismo del capital, el Estado benefactor pasa a ser un medio para la instauración de regímenes autoritarios. Así, ese Estado cambia por completo de función. En estas condiciones, un nuevo New Deal es sencillamente imposible. No se trata en absoluto de equilibrio económico o imperativos económicos, sino de una política de totalización e individualización del control autoritario del hombre endeudado. Este aspecto explica la imposibilidad de un retorno a un capitalismo reformista, que a continuación vamos a explorar.

*La hipocresía, el cinismo y la desconfianza
en las técnicas de subjetivación de la deuda*

Las herramientas teóricas de Marx y Nietzsche que hemos vuelto a reactivar rápidamente pueden revelarse muy eficaces para ayudarnos a explicar la manera en que la economía de la deuda modela a su antojo los procesos de producción de subjetividad. Por una parte, esa economía se apropia desde adentro de lo que Michel Foucault llamó «poder pastoral», y lo transforma: «arte de conducir, dirigir, encauzar, guiar, llevar de la mano y manipular a los hombres, un arte de seguirlos y moverlos paso a paso, un arte cuya función es tomarlos a cargo, colectiva e individualmente, a lo largo de toda su vida y en cada momento de su existencia».¹³ Vamos a seguir el proceso de control y producción de la subjetividad llevado a cabo por instituciones del Estado benefactor contemporáneo en los usuarios (desempleados, trabajadores pobres y beneficiarios del RSA). Por otra parte, la evaluación, cuya importancia en la economía de la deuda señalan tanto Nietzsche como Marx, se convierte en una técnica de gobierno de temible eficacia en todos los ámbitos —el económico, el social y también el de la formación

¹³ Michel Foucault, *Sécurité, territoire, population. Cours au Collège de France— 1977-1978*, París: Gallimard/Seuil, 2004, pág. 168 [*Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*], Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006].

(particularmente en la universidad)— para clasificar, jerarquizar y dividir a los gobernados. Si antes analizamos la acción de la «deuda objetiva», su funcionamiento sistémico o maquinal, ahora se trata de tomar en cuenta los efectos de la «deuda subjetiva», la deuda «existencial», sobre los comportamientos de los gobernados.

En el texto de 1844 que hemos comentado, Marx señala que el marco afectivo en el cual se despliega la relación entre acreedor y deudor, tanto en el sector privado como en el sector público, es el de la hipocresía, el cinismo y la desconfianza:

«La simulación, la hipocresía y el engaño recíproco se llevan al colmo; gracias a la existencia completamente ideal del dinero, el hombre está en condiciones de practicar la falsificación no sólo en otra materia, sino en su propia persona: forzado a hacer de esta una moneda falsa, tiene que disimular, tiene que mentir, etc., para obtener el crédito; así, tanto en el caso de quien otorga la confianza como en el de quien la solicita, el crédito se convierte en un objeto de tráfico, de engaños y abusos recíprocos».¹⁴

Volvemos a dar con ese mismo marco afectivo en el Estado benefactor contemporáneo. Con el neoliberalismo, la relación acreedor-deudor redefine el poder biopolítico, porque el Estado benefactor no se

¹⁴ K. Marx, «Crédit et banque», *op. cit.*, págs. 19-23.

limita a intervenir en lo «biológico» de la población (nacimiento, muerte, enfermedad, riesgos, etc.), sino que induce a un trabajo ético-político sobre sí mismo, una individualización que supone a la vez una mezcla de responsabilidad, culpa, hipocresía y desconfianza. Cuando los derechos sociales (seguro de desempleo, RSA, asistencia mínima social, salud, etc.) se transforman en deuda social y deuda privada, y el usuario se convierte en deudor que a modo de reembolso debe adoptar comportamientos convencionales, se modifica radicalmente, en el sentido anunciado por Marx, el funcionamiento de las relaciones subjetivas entre las instituciones «crediticias» que distribuyen los derechos y los «deudores» que se benefician con subsidios o servicios.

Si las mnemotécnicas que el gobierno neoliberal introduce no son casi nunca tan atroces y sanguinarias como las descritas por Nietzsche (suplicios, torturas, mutilaciones, etc.), su sentido es idéntico: construir una memoria, inscribir en el cuerpo y en la mente la «culpa», el miedo y la «mala conciencia» del sujeto económico individual. Para que esos efectos de poder de la deuda sobre la subjetividad del usuario funcionen, hay que salir de la lógica de los derechos individuales y colectivos y entrar en la lógica de los créditos (las inversiones del capital humano).

La aprehensión de este fenómeno se me manifestó con toda su violencia durante una serie de investigaciones y actividades militantes realizadas en el

marco de la Coordination des intermittents et précaires d'Île-de-France [Coordinación de Intermitentes y Precarios de Île-de-France (CIP)].¹⁵ Más adelante se transcriben algunos comentarios efectuados en los talleres de investigación organizados con trabajadores intermitentes del espectáculo y beneficiarios del RSA, que expresan el final de la época de los «derechos sociales». La transformación de los subsidios de desempleo en deuda es un largo proceso, en el cual podemos identificar etapas por la utilización de lo que conocemos como técnicas de fabricación del «sujeto» deudor. En efecto: los derechos son universales y automáticos porque están reconocidos social y políticamente, en tanto que la deuda, otorgada a partir de una evaluación de la «moral», se refiere al individuo y al trabajo sobre sí que él mismo debe activar y administrar. El proceso de individualización, que es una constante de las políticas sociales, está ahora estructurado e informado por la lógica de la deuda. Cada individuo es un caso particular, que hay que analizar con cuidado, puesto que, como en los

¹⁵ Se trata de dos investigaciones: la primera fue realizada en 2004-2005 y sus resultados se reúnen en Antonella Corsani y Maurizio Lazzarato, *Intermittents et précaires*, París: Éditions Amsterdam, 2008; la segunda se llevó adelante en el marco del PICRI (un proyecto de la región de Île-de-France), cuyo objeto era estudiar diferentes formas de precariedad. Los textos de esta última investigación pueden consultarse en el sitio de la Coordination des intermittents et précaires d'Île-de-France, cip-idf.org.

legajos relacionados con la obtención de un crédito, son los proyectos del deudor, su estilo de vida, su «solvencia», los que constituyen la garantía de reembolso de la deuda social que él ha contraído. Como en el caso de un crédito bancario, se otorgan derechos sobre la base de un legajo individual, luego de un examen y de la recopilación de informaciones sobre la vida de los individuos, sus conductas, sus modos de existencia. La individualización practicada por las instituciones crediticias (Polo Empleo, Cajas de Asignaciones Familiares, etc.) introduce elementos arbitrarios y aleatorios, porque todo se ajusta no tanto a normas generales e iguales para la totalidad de los solicitantes, sino a la idiosincrasia de cada subjetividad. Una trabajadora intermitente describe de esta manera el proceso en curso:

«El otorgamiento y el monto de mi subsidio se ajustan a mi comportamiento en el empleo (y esto, en una tónica muy moralizadora: primas a la antigüedad, la tenacidad, la regularidad, el “profesionalismo”, etc.). Mi “legajo” del Polo Empleo (cómo se calcula el subsidio) está especialmente adaptado a mi “caso”, me cortan un traje a medida, y mi caso es cada vez más singular. Se trata de un “perfil” individual y puntual. La posibilidad de recurrir a una regla común, válida para todos y enunciada con claridad, se reduce».

La individualización promovida por las instituciones se «moraliza» al movilizar el «ser» de cada

cual, porque se trata de modelar la acción futura del deudor y prever su devenir incierto. Lo que hay que controlar y construir son los comportamientos y las conductas venideras. En el marco del neoliberalismo, la institución juzga, estima y evalúa, en definitiva, el estilo de vida de los individuos, con la intención presunta de ajustarlos a la concepción de la «vida buena» de la economía. Las evaluaciones remiten, en última instancia, a los modos de existencia, las maneras de ser, de quienes juzgan y, por ende, de la economía.¹⁶ A continuación, algunos breves extractos de los talleres que realizamos con beneficiarios del ingreso mínimo de inserción [RMI] en el marco de la investigación. El tema del encuentro era el «seguimiento individual» (una entrevista mensual con el consejero que «acompaña» al beneficiario del seguro de desempleo o el RSA, lo cual constituiría una actualización de lo que Michel Foucault llamaba

¹⁶ «Una evaluación supone valores sobre cuya base aprecia los fenómenos; pero, por otra parte, y más profundamente, son los valores los que suponen evaluaciones, “puntos de vista de apreciación”, de los que deriva su valor mismo(. . .). Las evaluaciones, referidas a su elemento, no son valores sino maneras de ser, modos de existencia de quienes juzgan y evalúan, que sirven precisamente de principios a los valores con referencia a los cuales juzgan. Es por ello que siempre tenemos las creencias, los sentimientos, los pensamientos que merecemos en función de nuestra manera de ser o nuestro estilo de vida» (G. Deleuze, *Nietzsche et la philosophie*, op. cit., pág. 3).

«poder pastoral»), que apunta precisamente a los estilos de vida, las maneras de ser, de los beneficiarios:

«Una vez ella me hacía preguntas sobre mis centros de interés o lo que yo quería hacer con mi vida, o por qué había decidido hacer lo que había hecho, y yo le devolví la pregunta: “Y usted, ¿por qué trabaja en lo social?”. Porque me parecía que la cosa iba demasiado lejos, y no tenía que contarle mi vida. (. . .) Creo que si ella insistía era porque eso estaba ligado a la imagen que se hacía de mí, a cómo interpretaba la situación: yo sería alguien que todavía no ha encontrado su profesión, su rumbo, y a quien hay que ayudar a entender mejor lo que le pasa, porque tiene capacidades pero debe encontrar su camino. No soportaba esa especie de informe en el que tenía que justificarme y contar mi vida, y no le contaba absolutamente nada; debe de haberme tomado por una especie de retardada».

La relación con la institución remite siempre al ser del usuario, obliga al usuario/deudor a convocar sin cesar a su «yo», a negociar y entrar en competencia consigo mismo. Como dice Nietzsche, la tarea principal de la deuda consiste en la construcción de un sujeto y su conciencia, de un ser que crea en su propia individualidad y que se erija en garante de sus acciones, de su manera de vivir (y no sólo de su empleo), y sea responsable de ello. Las técnicas utilizables en el seguimiento individual, que atañen a la in-

timidad, a lo más subjetivo, impulsan al beneficiario a examinar su vida, sus proyectos y la validez de estos. El Estado y sus instituciones actúan sobre las subjetividades, movilizan «lo más recóndito del corazón», para orientar sus comportamientos.

«Los balances de competencias, por ejemplo, te los proponen todo el tiempo, y por más que sepas en qué consisten, siempre hay una dimensión que toca a lo íntimo. Conozco gente que hizo profundos balances de competencias, y a pesar del aspecto superiororientado hacia el empleo, también se trata de un ejercicio que no está al alcance de todo el mundo, que uno no tiene forzosamente la costumbre de hacer, una especie de balance de tu vida en el cual te haces preguntas, reflexionas acerca de ti mismo, como una especie de intrusión en forma de vocabulario asqueroso pero que te obliga a la reflexividad».

En el «seguimiento individual» hay que rendir cuentas. Una vez por mes, los beneficiarios de los subsidios deben referirse a sí mismos (o ponerse en escena) y justificar lo que hacen con su vida y su tiempo. Empero, aun cuando el beneficiario se resista a esa intrusión en la vida privada, a esa violencia contra su persona y su subjetividad, no deja de sentirse perturbado por el «trabajo sobre sí» al que las instituciones lo obligan.

La individualización de las políticas del Estado benefactor, bajo el régimen de la deuda, no es úni-

camente disciplinaria, puesto que implica un análisis detallado de la capacidad de «reembolso», que se evalúa en cada oportunidad de manera singular. Siempre significa una evaluación «moral» de las acciones y los modos de vida de los individuos. El reembolso no se hará en moneda, sino a través de los constantes esfuerzos del deudor por maximizar su empleabilidad, afanarse en pos de su inserción en el mercado laboral o de inserción social, estar disponible y movilizable en el mercado del empleo. El reembolso de la deuda corresponde a una normalización de los comportamientos y a una conformidad a las normas de vida decretadas por la institución. Esta relación «subjetiva» entre los funcionarios y la persona subsidiada —cuyo desarrollo hemos rastreado en el seguimiento individual—, en lugar de asegurar la superación del fetichismo mediante el restablecimiento de la «relación del hombre con el hombre», de la que habla Marx, se manifiesta como el origen y el colmo del cinismo y la hipocresía de nuestras sociedades «financiarizadas». Este cinismo y esta hipocresía son propios no sólo de las relaciones entre banqueros y clientes, sino también de las relaciones entre el Estado y los usuarios de los servicios sociales. Así como el crédito trastoca la confianza en desconfianza, el Estado benefactor sospecha que todos los usuarios, en particular los más pobres, son tramposos y viven a expensas de la sociedad, aprovechando los subsidios en vez de trabajar. En las condi-

ciones de desconfianza generalizada instauradas por las políticas neoliberales, la hipocresía y el cinismo son los contenidos de la relación social.

De la misma manera en que el crédito, según Marx, «espía» a quien lo solicita, y se inmiscuye así en su vida privada, el Estado benefactor se invita a la vida privada de los individuos para controlar su existencia de usuarios:

«Por añadidura, surge de manera evidente que en la base de esta confianza, según la economía política, están la desconfianza, el cálculo desconfiado para saber si hay que otorgar o no el crédito, el espionaje sobre la vida privada del solicitante, etc. (. . .). En el crédito público, el Estado ocupa la misma posición que acabamos de definir para el hombre particular (. . .). Dado que en el sistema crediticio la evaluación moral de un hombre, al igual que la confianza en el Estado, etc., ha adoptado la forma del crédito, el misterio que se oculta bajo la mentira de esta estimación, la infamia inmoral de esta moral, así como la hipocresía y el egoísmo de aquella confianza en el Estado, salen a plena luz y aparecen tal cual son en realidad».¹⁷

«El espionaje sobre la vida privada del solicitante» de subsidios es lo que realizan cada vez más los agentes del *Welfare*, porque el supuesto previo de su acción es la «desconfianza» hacia los pobres, los de-

¹⁷ K. Marx, «Crédit et banque», *op. cit.*, pág. 22.

empleados y los trabajadores precarios, todos «tramposos» y «aprovechadores» en potencia.

Las instituciones no se conforman con penetrar en la intimidad de la persona y vigilar las conductas de los beneficiarios de subsidios. Se introducen materialmente en la vida privada de los individuos. Por intermedio de sus funcionarios, *se invitan* a las viviendas para indagar y examinar el estilo de vida de los subsidiados: un agente se presenta en el domicilio, entra en el apartamento o la casa, inspecciona las habitaciones, el baño (para verificar cuántos cepillos de dientes hay), pide ver las facturas de electricidad y de teléfono y los recibos de alquiler, pregunta por el modo de vida y verifica, sobre todo, si la persona vive sola. En efecto: si hay un concubino, se supone que este debe subvenir a las necesidades, y basándose en ese argumento se suspenden los subsidios.

La acción de la deuda no consiste únicamente en la manipulación de enormes cantidades de dinero, en los juegos sofisticados de políticas financieras y monetarias; también informa y configura las técnicas de control y producción de la existencia de los usuarios, sin las cuales la economía no tendría dominio sobre la subjetividad.

La evaluación de la deuda

De los textos de Nietzsche y de Marx antes mencionados podemos extraer otra consideración que tiene un alcance muy actual: la evaluación, como técnica de gobierno de las conductas que ahora se aplica en todos los sectores económicos y sociales, tiene sus raíces en la deuda.

La economía heterodoxa que estudia el poder financiero parece confirmar la intuición de Nietzsche y Marx. A diferencia de la opacidad y el secreto que caracterizan a la fábrica y la industria, el poder financiero se define, en esencia, como un poder de evaluación «pública», cuya pretensión es transparentar a todas las organizaciones, hacer visibles y por lo tanto evaluables (mensurables) todas las relaciones y todos los comportamientos de los actores de cada institución, ya se trate de la empresa, del seguro de desempleo, del hospital o de la universidad. La relación acreedor-deudor implica un cambio radical de la medida del valor. Se pasa de la medida objetiva a una medida subjetiva que se pone en juego a través de la evaluación. Así, André Orléan afirma:

«El poder del mercado es un poder de evaluación pública (. . .). El poder financiero es un poder de influencia que controla a los deudores sometiéndolos a una sentencia certificada que es objeto de una amplia publicidad dentro de la comunidad financiera (. . .). En esta

perspectiva, podemos llegar incluso a decir que se trata de un poder de opinión». ¹⁸

A lo cual agrega: «el poder pasa de la producción a la evaluación, del trabajo a la opinión».

Sobre la base de estas consideraciones, nos parece pertinente examinar la naturaleza presuntamente pública de la evaluación financiera. La evaluación de la Unedic por las agencias calificadoras, con la cual iniciamos nuestro libro, revela todos los límites del concepto de evaluación pública. Esta no tiene nada de democrática, porque sólo incumbe a la comunidad financiera. La estimación queda exclusivamente a cargo de las agencias calificadoras, que reciben su paga de las empresas, los bancos o las instituciones que ellas mismas evalúan, lo cual genera un colosal conflicto de intereses, que no parece ofuscar a nadie. Esas agencias no constituyen estructuras de evaluación independientes; son, al contrario, parte integrante del bloque del «poder acreedor». El espacio público dibujado por la evaluación financiera es el de nuevas oligarquías que tienen métodos fundamentalmente antidemocráticos, porque apuntan a sustituir y destruir lo que queda del «paritarismo» (la administración paritaria —sindicatos de asalariados y organizaciones patronales— de las instituciones del *Welfare*) tal como se construyó en el siglo XX, a

¹⁸ A. Orfán, *Le Pouvoir de la finance*, op. cit., pág. 210.

partir del New Deal. Aun degenerado en corporativismo, el paritarismo representaba un esbozo de «democracia social» institucional. Desde entonces, se osificó en el corsé de un monopolio sindical tanto de las patronales como de los asalariados, y si bien se ofrece sin vergüenza al juicio y la valoración de las finanzas, continúa negándose a tomar en consideración a los primeros interesados (desempleados, usuarios, ciudadanos). Para que la evaluación social sea democrática será indispensable que aparezcan otras instancias, otros dispositivos democráticos, que se diferencien de los corporativistas del paritarismo sindical sazonado de poder financiero.

El ascenso de la evaluación es, en realidad, asimilable a una expropiación y a la desposesión del poder de obrar. La multiplicación de las técnicas de gestión centradas en la evaluación se corresponde, precisamente, con un achicamiento del espacio de apreciación, elección y decisión dejado a los asalariados, los usuarios y los gobernados en general. El fenómeno es particularmente evidente en oficios y profesiones considerados aún hoy paradigmáticos de la autonomía, la independencia y la libertad del trabajo no asalariado («ser su propio jefe»). Así, un colectivo de pequeños ganaderos y agricultores (llamado «Faut pas pucer»), movilizado contra la aplicación de chips electrónicos a sus manadas, ha encabezado una reflexión que ilustra lo que hemos definido como fin de la retórica del empresario de sí mismo y

del capital humano, que predominó durante las décadas de 1980 y 1990. El ganadero y el agricultor, que deberían representar el modelo mismo del trabajo independiente, autónomo y libre, están sometidos a restricciones que les impiden trabajar, si por trabajar no se entiende solamente una actividad de ejecución, sino la posibilidad de analizar problemas y situaciones y elegir. El control ejercido por las administraciones nacionales y europeas, que se manifiesta en la obligación de respetar escrupulosamente un pliego de condiciones, acompañado de una vigilancia ejercida mediante herramientas de gestión informática, transforma al trabajador independiente, el muy pequeño empresario, en un «asistido».

Las ayudas europeas de la Política Agrícola Común [PAC] son, en realidad, «deudas» otorgadas a condición de que los «deudores» se atengan estrictamente, en cualquier ámbito de actividad, a lo que las administraciones «acreedoras» enuncian: determinación del lugar donde llevar a pastar las ovejas, en qué estación, qué cantidad de animales por hectárea, etc. Todo debe informarse y justificarse (las fechas, el número de animales, las vacunaciones, las enfermedades). Cada vez que surge un problema, la decisión cae desde lo alto y la solución se impone de manera uniforme a todo el mundo. Los pastores ya no están en condiciones de evaluar los riesgos y decidir sobre la base de sus competencias y su saber técnico. Sus movimientos se prevén de antemano y se norma-

lizan por medio de una modelización informática que los hace controlables. Los comportamientos se tornan automáticos y no contienen ningún «valor de apreciación», ninguna estimación propia: no hacen sino reproducir apreciaciones y evaluaciones ya codificadas por la administración, a las que es imperativo ajustarse.

La libertad y la autonomía que el trabajo con los animales, en medio de la «naturaleza», parecía prometer han mudado en una dependencia generalizada con respecto a las instituciones de regulación de la producción y distribución de los ingresos, y esa dependencia termina por definir la condición del hombre endeudado:

«Empero, es, asimismo, la cuestión de la dependencia la que nos interesa en el caso de la instalación de chips: en el Occidente de nuestros días, todos somos asistidos, desde el propietario de una pequeña o mediana empresa hasta el beneficiario del RSA, desde el agricultor hasta el ejecutivo dinámico, desde el funcionario hasta el artista subvencionado. Ya seamos o no adictos al trabajo, nuestro modo de vida, basado en la monetarización de todo, las telecomunicaciones de banda ancha, la energía ilimitada y el Estado omnipresente, es en sí mismo una forma de asistencialismo generalizado». ¹⁹

¹⁹ Groupe Faut pas puer, «Pour une campagne de refus des puces électroniques, dans *L'élevage et ailleurs*», abril de 2011, www.nanomonde.org/IMG/pdf/lettrefautpaspuer.pdf.

Limitémonos a agregar que la primera categoría «asistida», la que recibe más «ayudas» del Estado, es la de las empresas, sobre todo las grandes.

El control de los movimientos, de las acciones y de las decisiones queda a cargo de las herramientas de gestión informática que, mediante la aplicación de un chip electrónico (el mismo utilizado en el abono Navigo de la red de transportes de París) en cada animal, incluyen a las ovejas y a los criadores en una modelización y en programas que contienen opciones, escenarios ya previstos de antemano, decididos por los administradores nacionales y europeos. El chip transforma a los animales en «flujos de carne» cuyo número, distribución, estado de salud, etc., pueden conocerse en tiempo real. La técnica industrial de flujo de cadencia constante y stock cero aplicada a la ganadería transforma a los animales en «bancos de datos», y a los ganaderos, en meros controladores del proceso técnico-económico que administran por cuenta del Estado. Los pastores se convierten en componentes «humanos» de ese proceso sociotécnico y administrativo que los desborda y los despoja de cualquier influencia sobre lo que hacen. Es imposible «pensar», decidir, actuar al margen de los dispositivos de gestión contable e informática y sus semióticas (cifras estadísticas, porcentaje, tasa y discurso).

Los pastores quedan privados de la capacidad de evaluar los riesgos y correrlos, y les está vedado po-

nerse a prueba en situaciones desconocidas, problematizarlas e inventar soluciones. Deben limitarse a seguir y respetar protocolos y procedimientos establecidos. Lo que nos expone a los riesgos (de la presunta «sociedad del riesgo») no es la complejidad de la infraestructura técnica, social y económica, sino el hecho de que el proceso de evaluación y decisión queda sustraído a toda prueba y verificación democrática y es ejecutado por minorías (financiera, económica, política, etc.) que, por el hecho mismo de su posición, son básicamente «incompetentes». La participación subjetiva, desprovista de cualquier pretensión de autonomía e independencia, se reduce a la exhortación a hacerse cargo, individualmente, de todos los riesgos del oficio y de la coyuntura económica, cumpliendo de manera escrupulosa las directivas de las administraciones.

El agotamiento de la retórica del «capital humano» y del empresario de sí mismo se profundizó aún más con la crisis financiera de 2007, lo cual acentuó la proletarización de las capas sociales que hasta entonces no eran asalariadas, así como la de los nuevos oficios surgidos con la economía de los servicios y el conocimiento (conforme a las definiciones de la retórica capitalista).

En contra de las promesas de libertad e independencia, en el neoliberalismo la economía es administrada y controlada por el Estado. La relación de los pastores con la administración y las instituciones de

control está informada, como en el caso de los usuarios del Estado benefactor, por la sospecha, la desconfianza y la hipocresía, porque, a imagen de los usuarios de servicios sociales y de los beneficiarios de diferentes derechos sociales, son tramposos en potencia.

Las privatizaciones han introducido técnicas de gestión que concentran y centralizan la evaluación en las direcciones de las grandes empresas (France Télécom, Renault, etc.) y las administraciones. Los efectos de esta expropiación son literalmente mortíferos para asalariados y usuarios. Polo Empleo y lo que queda del Estado benefactor quieren hacer de los desempleados y de los usuarios en general personas autónomas, pero a la vez los despojan de la posibilidad de ejercer su propia evaluación. En abierta contradicción con el sentido de la palabra «autonomía», aumentan las restricciones y multiplican los controles, los acompañamientos, los seguimientos personalizados; convocan todos los meses a los desempleados y beneficiarios del RSA, los inquietan por correo electrónico, los envían a hacer la experiencia de la inutilidad en pasantías de formación. Para hacerlos más «libres», activos y dinámicos, imponen conductas, lenguajes, semióticas, procedimientos. «Autonomía» significa, etimológicamente, «darse su propia ley». En Polo Empleo y en las Cajas de Asignaciones Familiares, las leyes son las del empleo, la competencia y el mercado. Autonomía signi-

fica poder producir la propia referencia. En Polo Empleo, las referencias son siempre el empleo, el mercado, la competencia.

En las instituciones de la sociedad disciplinaria (escuela, ejército, fábrica, prisión) dominaba la conminación a la pasividad; ahora, se presume que la exhortación a la «actividad» ha de movilizar las subjetividades. Empero, se trata de una actividad vacía, porque no cabe la posibilidad de evaluar, elegir y decidir. Convertirse en «capital humano» y ser empresario de sí mismo son nuevas formas de empleabilidad. La desposesión que entraña la evaluación alcanzó su nivel máximo con las elecciones y decisiones tomadas respecto de la implementación de planes de austeridad que conciernen a todos los países de Europa. Los ciudadanos fueron excluidos de la evaluación, la elección y la decisión en beneficio de los expertos (financistas, banqueros, políticos, funcionarios del FMI), cuya acción y teoría están en el origen de la crisis.

La deuda como sujeción social y sojuzgamiento maquinal

Una última observación tomada del texto de Marx nos permitirá considerar de manera más precisa el «dominio» que la moneda-deuda tiene sobre la subjetividad: «No hace falta decir que, además de las garantías morales, el acreedor dispone, en lo que se re-

fiere a su hombre (el deudor), de garantías y apremios jurídicos, sin hablar de otras garantías más o menos reales». ²⁰

La moral, la promesa y la palabra son por demás insuficientes para garantizar el reembolso de la deuda. Para tener un «dominio» real sobre la subjetividad hay que suponer, al mismo tiempo que la promesa, la palabra y la moral, el funcionamiento de las «máquinas» jurídicas y policiales (Marx) y de las «máquinas» mnemotécnicas que trabajan y fabrican al sujeto (Nietzsche). A partir del trabajo de Deleuze y Guattari, es posible articular la acción conjunta de la «moral» y la palabra, por un lado, y de las máquinas, por el otro. La moneda-deuda implica la subjetividad de dos maneras heterogéneas y complementarias: la «sujeción social» alcanza un dominio molar sobre el sujeto por la movilización de su conciencia, su memoria y sus representaciones, en tanto que el «sojuzgamiento maquinal» permite un dominio molecular, infrapersonal y preindividual de la subjetividad, que no pasa por la conciencia reflexiva y sus representaciones ni por el «yo».

La moneda-deuda funciona a partir de la constitución de un sujeto jurídico, económico y moral (el acreedor y el deudor). Representa un poderoso vector de sujeción social, un dispositivo de producción de subjetividad individual y colectiva. Los alemanes

²⁰ K. Marx, «Crédit et banque», *op. cit.*, pág. 21.

y el marco o los norteamericanos y el dólar son un buen ejemplo de la fuerza de esa sujeción (y el euro es un buen ejemplo de su debilidad). La moneda-deuda busca y fabrica la confianza de los individuos al dirigirse a su conciencia, su memoria y sus representaciones. Al constituir un objeto de identificación, contribuye vigorosamente a instituirlos como individuos-ciudadanos de la nación.

No obstante, ese *dominio* sobre el individuo sólo sería «discursivo», ideológico, «moral», si no hubiera una modalidad de implicación molecular y preindividual de la subjetividad, el sojuzgamiento maquinal, que no pasa por la conciencia, ni por la representación, ni por el sujeto. En el funcionamiento maquinal de la tarjeta de crédito, por ejemplo, la relación «intersubjetiva» fundada en la confianza se fragmenta poco a poco «en operaciones sociotécnicas y se recompone artificialmente en los juegos de escritura de la red monetaria».²¹

Ese funcionamiento maquinal no convoca al «sujeto». Cuando utilizamos un cajero automático, se nos pide que respondamos a los requerimientos de la máquina, que prescribe «ingresar el código», «escoger el monto» o «retirar los billetes». Estas operaciones «no exigen, por cierto, actos de virtuosismo intelectual; nos tienta decir que es todo lo contrario. Lo que se nos exige es reaccionar con exactitud,

²¹ A. J. Haesler, *Sociologie de l'argent . . .*, op. cit., pág. 206.

reaccionar pronto, reaccionar sin errores, pues si no lo hacemos corremos el riesgo de que se nos excluya momentáneamente del sistema». ²² Ya no está aquí el sujeto que *actúa*, sino el «dividuo» que *funciona* de manera «sojuzgada» al dispositivo sociotécnico de la red bancaria. El cajero automático no activa al individuo, sino al «dividuo». Deleuze utiliza este concepto para mostrar que, en los sojuzgamientos maquinales, «los individuos se han convertido en “dividuos”, y las masas, en muestras, datos, mercados y “bancos”». ²³

La tarjeta de crédito es un dispositivo en el cual el dividuo funciona como un engranaje, un elemento «humano» que se alinea con los elementos «no humanos» de la máquina sociotécnica constituida por la red bancaria. La sujeción social moviliza a los individuos, en tanto que el sojuzgamiento maquinal activa a los «dividuos» en cuanto operadores, agentes, elementos o piezas «humanas» de la máquina sociotécnica de la economía de la deuda. Así, el «sujeto» individual escribe y firma los cheques, se compromete y compromete su palabra, mientras que el pago con tarjeta bancaria efectuado por el dividuo

«no es otra cosa que una inscripción en el hipertexto de una red electrónica. En tanto que con el cheque seguimos siendo señores de la escritura, los únicos habilita-

²² *Ibid.*

²³ G. Deleuze, *Pourparlers...*, *op. cit.*, pág. 244.

dos a exponerla, con la tarjeta no nos queda sino la imposición o la aposición de una marca o una huella (firma, rúbrica, código secreto o huella digital). El hipertexto bancario no espera de nosotros más que un impulso para entregarse a sus juegos de escritura (. . .). Esos juegos de escritura ya no tendrán autor, y comenzarán en cambio a autoprocesarse juntos, a formar figuras de sentido que nos resultarán siempre ajenas. El impulso que demos entonces para activar el sistema representará, al mismo tiempo, nuestra expulsión como actores objetivos, racionales y mínimamente reflexivos». ²⁴

El individuo hace «uso» de la moneda; el dividuo está adyacente a la máquina-crédito y no actúa, no hace uso, funciona con arreglo a programas que lo utilizan como uno de sus componentes. La moneda-deuda no le pide al dividuo ni confianza ni consenso. Sólo le impone un funcionamiento correcto, de acuerdo con las instrucciones recibidas. Y esto es válido para todas las máquinas con las que nos codeamos a diario. El respeto de las órdenes emitidas decide el acceso o no a la información, los billetes de banco, los pasajes de tren o avión comprados por Internet, un estacionamiento, una computadora, un local, una cuenta bancaria, etcétera.

Este doble «dominio» sobre la subjetividad, esta doble manera de implicarla y explotarla, es tal vez uno de los aportes más importantes de Deleuze y

²⁴ A. J. Haesler, *Sociologie de l'argent . . .*, *op. cit.*, pág. 285.

Guattari a la aprehensión del capitalismo. Las teorías críticas contemporáneas, al tomar en cuenta exclusivamente la sujeción, corren el riesgo de retirarse en una suerte de idealismo subjetivo en el que ya no se trata de máquinas, de maquinismo, de sistemas sociotécnicos, de procedimientos, de dividuos. Una vez salida de la fábrica, la enseñanza de Marx sobre la naturaleza «maquinal» del capitalismo parece haberse perdido. En aquellas teorías, las máquinas y los sojuzgamientos maquinales desaparecen, cuando en realidad invaden nuestra vida cotidiana y hablamos, vemos, pensamos y vivimos asistidos por toda clase de maquinismos. El concepto foucaultiano de gubernamentalidad elude también los sojuzgamientos maquinales y su funcionamiento. El gobierno tiene dominio sobre las conductas, o sea, los comportamientos, las acciones, de los «sujetos» individuales, pero no sobre el funcionamiento maquinal de los dividuos. La moneda-deuda constituye, sin duda, una técnica de gobierno de las conductas, pero funciona también, sobre todo, como sojuzgamiento que «gobierna» de manera «cibernética» a los dividuos mediante recurrencias maquinales y *feedback*. En el sojuzgamiento «hay un proceso de aprendizaje de una gestualidad procesal de carácter casi automático».²⁵

Podríamos dirigir la misma crítica a la sociología y la filosofía de la norma, de las que Foucault es uno

²⁵ *Ibid.*

de los más sutiles comentaristas. La sujeción social funciona conforme a la norma, la regla, la ley, pero el sojuzgamiento, muy por el contrario, sólo conoce los protocolos técnicos, los procedimientos, los modos de uso, semióticas asignificantes que no exigen actuar sino reaccionar. La sujeción implica e induce la relación consigo mismo, pone en juego técnicas de sí. El sojuzgamiento maquinal, en cambio, deshace a la vez el sí mismo, el sujeto y el individuo. La norma, la regla y la ley tienen un dominio sobre el sujeto, pero ninguno sobre el individuo. Hemos insistido mucho en la sujeción. En realidad, no constituye más que una de las modalidades de producción y control de la subjetividad. La crítica del neoliberalismo no puede en ningún caso pasar por alto los sojuzgamientos, porque los maquinismos están, incomparablemente, mucho más desarrollados que en la época industrial.

Antiproducción y antidemocracia

Para terminar, debemos preguntarnos por el momento que atravesamos. ¿Se puede aún hablar de crisis financiera, de crisis nuclear, de crisis alimentaria, de crisis climática? La crisis todavía tiene una connotación positiva. Puede designar una situación capaz de prestarse a la superación. Para el capitalismo, representó durante mucho tiempo la oportuni-

dad de un nuevo comienzo, un New Deal, un nuevo «pacto» para un nuevo crecimiento. Hoy, sin embargo, tenemos la nítida sensación de que ya no es así, de que hemos llegado a un punto de inflexión, porque las situaciones que vivimos no se parecen tanto a crisis, sino a catástrofes. Si entendemos las razones por las que hoy es imposible un New Deal —cuestión que el concepto de antiproducción permite ver mejor—, advertiremos qué soluciones no debemos considerar y qué estrategias están a nuestra disposición para que podamos hacer frente a la catástrofe contemporánea.

En el capitalismo contemporáneo, la «producción» parece indisociable de la «destrucción» porque, como sugiere Ulrich Beck, «el espanto proviene de la zona productiva de la sociedad». Los «avances considerables» de la ciencia producen, simultáneamente, un poder nuclear militar capaz de destruir varios planetas del tamaño de la Tierra, y cuya prolongación «civil» infecta el ecosistema por temporalidades que escapan a lo humano y nos hacen vivir bajo un estado de excepción permanente; la producción industrial multiplica la fabricación de bienes de consumo y decuplica a la vez la contaminación del agua, el aire y el suelo, mientras descompone el clima; la productividad agrícola, al mismo tiempo que nos alimenta, nos envenena; el capitalismo cognitivo destruye el sistema «público» de formación en todos los niveles; el capitalismo cultural produce un

conformismo que no tiene igual en la historia; la sociedad de la imagen neutraliza toda imaginación, y así sucesivamente.

Deleuze y Guattari le dan a ese funcionamiento capitalista el nombre de «antiproducción» y lo enuncian como la marca de una discontinuidad con respecto al capitalismo tal como lo definieron Smith, Marx o Weber. En efecto: Marx, al igual que los economistas clásicos, distinguía lo que era productivo (el trabajo del obrero empleado por un capitalista) de lo que era improductivo (el trabajo de los criados, según el ejemplo dado por Adam Smith, quienes, a la vez que eran mucho más numerosos que los obreros, se limitaban a consumir, y no a producir nuevas riquezas). Este punto de vista es adoptado todavía para criticar a las «finanzas», por su carácter improductivo, en contraste con la «industria», considerada la fuente de la riqueza de las naciones. Deleuze y Guattari nos dicen que el par productivo/improductivo ya no funciona. La antiproducción establece un nuevo recorte de la realidad de la economía capitalista, que no coincide con la distinción entre lo productivo y lo no productivo, dado que se desarrolla precisamente dentro de lo que Marx y la economía política clásica definían como «productivo».

La antiproducción (los criados de Smith, el ejército, la policía, los gastos «improductivos» de las clases rentistas, etc.) ya no se opone a la producción, ya no la limita ni la frena. «La efusión del aparato de

antiproducción caracteriza a todo el sistema capitalista; la efusión capitalista es la de la antiproducción en la producción en todos los niveles del proceso». ²⁶ El siglo XIX, Marx y los marxistas incluidos, aún tenía una concepción «progresista» del capitalismo. El futuro de la humanidad estaba en deuda con el desarrollo de la «producción» y el «productor». En comparación con la renta, el capitalismo tenía un sesgo «revolucionario», que bastaba con desarrollar, con llevar al extremo, para crear las condiciones de otro sistema político y social. La primera mitad del siglo XX desmintió ese escenario, y después de la Segunda Guerra Mundial la entrada en una nueva secuencia se reveló evidente.

Una vez establecida y reconocida la presencia de la antiproducción en la producción, el capitalismo pierde todo carácter progresista. Encontramos en ello otra confirmación de lo que antes afirmamos sobre la base de algunas consideraciones de Foucault: la imposibilidad del reformismo y de un nuevo New Deal está inscripta en la antiproducción.

La crisis permanente en que vivimos desde la década de 1970 constituye una de las manifestaciones de la antiproducción. Tras el estallido de la burbuja financiera de la *new economy*, la vertiente antiprodutiva tomó la delantera en detrimento del sesgo «productivo» del capitalismo. La ilusión «progre-

²⁶ G. Deleuze y F. Guattari, *L'Anti-Edipe*, op. cit., pág. 280.

sista» que Silicon Valley, la economía de Internet, la nueva economía, etc., suscitaron en mentes bien dispuestas parece dejar su lugar a lo que Ulrich Beck llama poder de «autodestrucción» del capitalismo, del que la catástrofe financiera de 2007 no es más que una manifestación. Los dispositivos de antiproducción no sólo son inseparables del capitalismo, sino sobre todo indispensables. La antiproducción se encarga de «producir la falta donde siempre hay en demasía»,²⁷ vale decir que el crecimiento (la «demasía») es una promesa de felicidad jamás realizada ni realizable, puesto que la antiproducción genera la falta, cualquiera que sea el nivel de riqueza alcanzado por una nación.

El capitalismo no es sólo un sistema que lleva cada vez más lejos sus límites: es también un dispositivo que reproduce al infinito, con prescindencia del nivel de riqueza alcanzado, condiciones de explotación y dominación, esto es, de «falta». El crecimiento «débil» de los últimos treinta años duplicó, a pesar de todo, el PBI de los países del Norte, a la vez que ahondaba las desigualdades sociales, económicas y políticas. Por otra parte, la antiproducción contemporánea (la antiproducción de la sociedad del conocimiento, del capitalismo cultural, del capitalismo cognitivo) no determina únicamente un empobrecimiento económico de la gran mayoría de la po-

²⁷ *Ibid.*

blación: es también una «catástrofe» subjetiva, porque, como lo dice con mucho humor *El anti-Edipo*,

«acompaña al capital y a los flujos de conocimiento con un capital y un flujo equivalentes de imbecilidad (. . .) que aseguran la absorción o la realización de los recursos abundantes y la integración de grupos e individuos al sistema (. . .). No sólo la falta en el seno de la demasia, sino la imbecilidad en el conocimiento y la ciencia». ²⁸

No queda sino agregar al arte, la cultura y la comunicación, colonizados por las industrias culturales, como focos y vectores de «imbecilidad». El capitalismo cognitivo y cultural no equipa la subjetividad con el «conocimiento», sino con la tontería, aun cuando esta sea calificada y sobrecalificada (licenciatura, maestría, doctorado):

«Cobra todo su sentido el doble retrato que André Gorz traza del “trabajador científico y técnico”, amo y señor de un flujo de conocimiento, información y formación, pero tan bien absorbido en el capital, que con él coincide el reflujos de una imbecilidad organizada, axiomatizada, que por la noche, cuando vuelve a su casa, lo lleva a encontrar esas pequeñas máquinas deseantes chapuceando —ah, desesperación— en un televisor. Ciertamente, el científico no tiene como tal ningún poder revolucionario; es el primer agente integrado de la inte-

²⁸ *Ibid.*, pág. 279.

gración, refugio de mala conciencia, destructor forzoso de su propia creatividad». ²⁹

Quince años después, la teoría de la antiproducción encontró en la sociología de «la sociedad del riesgo» una versión edulcorada, en la que pierde por completo sus connotaciones y su fuerza política. Ulrich Beck, papa de la sociedad del riesgo, introduce una doble operación. Ante todo, reconoce el «poder de autodestrucción del capitalismo triunfante». En lo sucesivo, la «producción social de las riquezas» será inseparable de «la producción social de riesgos». La antigua política de distribución de los «bienes» (ingreso, trabajo, seguridad social) de la sociedad industrial se acopla con una política de distribución de los «males» (peligros y riesgos ecológicos). «Quienes hoy ponen en peligro a la nación son los garantes del derecho, del orden, de la racionalidad, de la democracia misma». ³⁰ Por otro lado, Beck no sólo exime a los «responsables» de toda responsabilidad, sino que hace de la antiproducción el único camino de salvación de la humanidad. En el caso del uso civil de la energía nuclear, por ejemplo, las prácticas y modalidades de movilización del movimiento anti-nuclear, es decir, las modalidades de pensamiento y acción colectiva, jamás podrán constituir, a su juicio,

²⁹ *Ibid.*, pág. 281.

³⁰ Ulrich Beck, «La société du risque mondialisé», *Le Monde*, 25 de marzo de 2011.

las condiciones de un contrapoder capaz de imponer una inversión de esa política energética. «A fin de cuentas, si existe un contrapoder nuclear, no hay que buscarlo tanto en los manifestantes que bloquean los transportes de combustible. La punta de lanza de la oposición a la energía nuclear radica... en la propia industria nuclear»,³¹ porque esta última y las instituciones habrían adquirido una capacidad de problematización, de reflexión, que les permitiría volver atrás, corregir, adaptar y mejorar su acción, bajo el impulso de ciudadanos ilustrados, ellos también, por la reflexividad. El monte de la «segunda modernidad» ha parido al ratón del poder que se metamorfosea en contrapoder, en autorreflexión, en la capacidad de empresas como Tepco, administradora de la central de Fukushima, de interrogarse sobre su propia estrategia, ponerla en discusión y modificarla. De igual manera, «la punta de lanza de la oposición» a la política de la deuda no puede ser más que el propio bloque de poder que ha provocado la catástrofe financiera. Pero, en cuanto a esta reflexividad de la segunda modernidad... itodo indica que podemos seguir esperándola sentados! Así, una vez nacionalizadas las pérdidas, la «reflexividad» que los bancos, los inversores y las compañías de seguros han adoptado es la siguiente: «¡Todo debe continuar como antes!».

³¹ *Ibid.*

En contra de la teoría consensual de «la sociedad del riesgo», retórica del capitalismo contemporáneo, la única manera de bloquear e invertir ya no los «riesgos» de la financiarización, sino el poder destructor de la deuda (la antiproducción del capitalismo contemporáneo que se expresa hoy a través de la política del endeudamiento), reside en la capacidad de acción y de pensamiento colectivo de los deudores. Del mismo modo que en las sociedades industriales, hay que imponerles la «reflexividad» a las instituciones y estructuras de gobierno mediante un combate que divida a la sociedad y rompa el consenso. Puede afirmarse exactamente lo mismo acerca de las políticas nucleares. El cambio dependerá sólo de la fuerza del movimiento antinuclear, y no, sin duda, de la «reflexividad» de la industria nuclear y de los gobernantes. Hace aún muy poco, en Italia y Alemania, la renuncia a la energía nuclear *se impuso* contra la voluntad de la industria y los gobernantes. La única «reflexividad» que la industria nuclear o el bloque de poder de las finanzas pueden admitir es la siguiente: ¿Cómo continuar hasta la catástrofe? Que «todo continúe como antes» es la definición misma de la catástrofe propuesta por Walter Benjamin.

El funcionamiento de la deuda barre con la política de la «mesa redonda» entre ciudadanos, expertos y contraexpertos, políticos, empresarios, etc. Barre de un golpe con la democracia consensual de la «segunda modernidad» a la manera de Beck, porque el

escenario que se despliega ante nuestra mirada es completamente diferente.

La economía de la deuda no se caracteriza exclusivamente por la antiproducción, sino también por lo que podríamos llamar «antidemocracia». Si utilizamos la categorización de los regímenes políticos establecida por los «griegos», comprobamos fácilmente que el crédito no es el medio de «evaluación pública» donde se ejerce el poder del pueblo (democracia). Muy por el contrario, cuarenta años de políticas neoliberales han neutralizado las ya débiles instituciones representativas, y la crisis ha consolidado todos los regímenes políticos que los griegos oponían a la democracia. Las elecciones y decisiones que incumben a pueblos enteros son tomadas por una oligarquía, una plutocracia y una aristocracia (el poder de los «mejores», muy bien representado por las agencias calificadoras de riesgo, que en cuanto expertas sólo son las mejores en la sensibilidad que muestran ante los intereses de los acreedores). La integración de estos tres regímenes antidemocráticos incentiva no ya el crecimiento, sino la corrupción. En algunos países europeos (Italia, Grecia, España, Inglaterra), esa integración es más evidente que en otros, pero afecta a todos, porque la corrupción, la hipocresía y la desconfianza no son fenómenos de un *mal gobierno*, sino, como lo recordaba Marx, una condición estructural de la política de la deuda y el crédito. Con el chantaje de la quiebra de los Estados

se realiza, pues, el más viejo de los programas contrarrevolucionarios, el de la Comisión Trilateral (1973): el gobierno de la economía supone límites drásticos a la democracia y una reducción igualmente drástica de las expectativas de los gobernados.

A comienzos de julio de 2011, el gobierno italiano presentó un plan de austeridad de 87.700 millones de euros de economías, a realizar hasta 2014: un plan que, a la vez de ser inicuo, como los adoptados por los otros gobiernos europeos, encerraba incertidumbres con respecto al contenido y el plazo de su implementación. Bastaron dos días de especulación con los títulos de la deuda soberana de Italia para acelerar la maniobra. Un día después de la venta masiva de títulos del Estado que se hallaban en poder de los inversores, la mayoría y la oposición, bajo la presión de los «mercados», se apresuraron a ponerse de acuerdo para aprobar el plan. Los gobiernos y los parlamentos nacionales son meros ejecutantes de decisiones y plazos decididos en otra parte, y no en el marco de lo que todavía se llama «soberanía» nacional.

El problema del liberalismo no consiste, como aún lo creía Foucault, en «gobernar lo menos posible»; empujado por las contradicciones que él mismo crea y exacerba, consiste en ordenar y disponer lo máximo posible con la «menor democracia posible». En el liberalismo y sus evoluciones, no se trata de competencia, sino de monopolio y centralización

inaudita del poder y el dinero. En cuarenta años, el neoliberalismo se ha convertido en una economía que, a la luz de lo que ocurre con la deuda soberana, no puede sino definirse como «economía del chantaje». De la misma manera, la gestión de los «recursos humanos» en la empresa y en la función pública se desenvuelve bajo la égida del chantaje en materia de empleo y deslocalizaciones. Esta misma política del chantaje se cierne constantemente sobre los conflictos políticos relacionados con las jubilaciones y los derechos sociales. Es absolutamente coherente, por lo tanto, que una economía criminal se desarrolle en paralelo con el liberalismo y constituya, a la vez, un fenómeno estructural de este y uno de sus pilares. El chantaje es el modo de gobierno «democrático» al que conduce el neoliberalismo.

Conclusión

Debemos hacernos ahora una pregunta esencial: ¿En qué condiciones podemos reactivar una lucha de clases que la iniciativa capitalista ha desplazado por completo hacia el terreno muy «abstracto» y «des-territorializado» de la deuda?

Marx decía que la crisis consigue hacer entrar en la «cabeza dura» de los capitalistas aquello que en otras circunstancias estos jamás habrían aceptado. En este caso, la «cabeza dura» que hay que horadar es la de los dirigentes e intelectuales de la izquierda sindical y política, porque la deuda debería disipar de una sola vez todas sus ilusiones. Como terreno de combate, la deuda impone la transversalidad en todos los ámbitos: transversalidad entre Estados y espacios nacionales, transversalidad entre lo económico, lo político y lo social, transversalidad entre figuras de la explotación y la dominación. Estamos obligados a elevarnos a ese nivel de generalización y desterritorialización si no queremos que el Gran Acreedor nos barra o nos aplaste.

El espacio político en el cual hay que trabar combate no puede ser, en ningún caso, el del Estado-nación. La deuda se burla de las fronteras y las nacio-

nalidades; a escala de la economía-mundo, no conoce otra cosa que acreedores y deudores. Por las mismas razones, también obliga a adoptar una mirada que no sea la del trabajo y el empleo para pensar una política a la altura del Capital como «Acreedor Universal». La deuda supera las divisiones entre empleo y desempleo, activos e inactivos, productivos y asistidos, precarios y no precarios, que son las divisiones a partir de las cuales la izquierda construyó sus categorías de pensamiento y acción.

La figura del «hombre endeudado» es transversal a la sociedad en su conjunto y exige nuevas solidaridades y nuevas cooperaciones. Debemos pensar, asimismo, la transversalidad entre «naturaleza y cultura», porque el neoliberalismo ha agravado aún más la deuda que hemos contraído con el planeta y con nosotros mismos en cuanto seres vivos.

Una de las condiciones indispensables para la activación de la lucha de clases es una reinvencción de la «democracia» que atraviese y reconfigure aquello que incluso teorías políticas muy sofisticadas siguen pensando por separado —lo político, lo social y lo económico—, porque la deuda ya ha integrado estos ámbitos en un dispositivo que los articula y les asigna un ordenamiento. La economía de la deuda parece realizar en plenitud el modo de gobierno sugerido por Foucault, para cuyo ejercicio es necesario tener el control de lo social y de la población metamorfoseada en población endeudada. Esta condi-

ción es imprescindible para poder gobernar la heterogeneidad de la política y la economía, pero bajo un régimen autoritario, y ya no «liberal». Si no se puede reducir la política al poder; si la política no es, simplemente, el calco positivo del negativo de la política de la deuda, y si no se puede deducir una política de la economía (de la deuda), difícilmente se vea en el capitalismo que una acción política surja en otro lugar que no sea la propia política del capital y contra ella. ¿Dónde se inventan las razones del «daño» y las condiciones del «litigio», si no en el marco de las relaciones de explotación y dominación actuales? El negativo dibujado por la deuda define las condiciones históricas de las cuales la lucha se aparta para inventar nuevas formas de subjetivación y nuevas posibilidades de vida. Empero, esas condiciones son en cada caso históricas, singulares, específicas; hoy se anudan alrededor de la deuda.

La tarea más urgente consiste en imaginar y experimentar modalidades de lucha que tengan la eficacia de bloqueo que tenía la huelga en la sociedad industrial. El nivel de desterritorialización del mando capitalista nos obliga a ello. Las cabezas duras de capitalistas y gobernantes no entienden otra cosa que el lenguaje de la crisis y el del combate.

Si hemos esbozado un recorrido teórico y político en torno a la economía de la deuda, no lo hicimos tanto para presentar una nueva teoría general y global del neoliberalismo, sino para proponer un punto

de vista transversal a partir del cual puedan desplegarse las luchas.

La lucha contra la economía de la deuda, y sobre todo contra su «moral» de la culpa, que en el fondo es una moral del miedo, requiere igualmente una conversión subjetiva específica. Nietzsche puede aún darnos algunas indicaciones: «El ateísmo libera a la humanidad de todos los sentimientos de deuda hacia su origen, hacia su *causa prima*. El ateísmo es inseparable de una especie de *segunda inocencia*».¹

La reanudación de la lucha de clases en el lugar adecuado, o sea, donde es más eficaz, debe reconquistar esa «segunda inocencia» con respecto a la deuda: una segunda inocencia ya no referida a la deuda divina, sino a la deuda terrenal, la deuda que pesa en nuestras billeteras y modula y formatea nuestras subjetividades. No sólo se trata, en consecuencia, de anular las deudas o reivindicar los incumplimientos, aun cuando esto sería muy útil, sino de apartarse de la moral de la deuda y del discurso en el cual ella nos encierra.

Hemos perdido mucho tiempo, y perdido sin atenuantes, al intentar justificarnos con referencia a la deuda. ¡Cualquier justificación nos hace ya culpables! Hay que conquistar esa segunda inocencia, li-

¹ F. Nietzsche, *La Génealogie...*, *op. cit.*, pág. 102. Con referencia a la deuda en la obra de Kafka, véase Maurizio Lazzarato, *Expérimentations politiques*, París: Éditions Amsterdam, 2009.

berarse de toda culpa, todo deber, toda mala conciencia, y no devolver ni siquiera un centavo; hay que luchar por la anulación de la deuda, que no es —recordémoslo— un problema económico, sino un dispositivo de poder que no sólo nos empobrece, sino que nos lleva a la catástrofe.

La catástrofe financiera dista de haber terminado, porque ninguna regulación de las finanzas es posible. Regularlas significaría decretar el fin del neoliberalismo. Por otra parte, las oligarquías, plutocracias y «aristocracias» en el poder no tienen un programa político de recambio. Lo que el FMI, Europa y el Banco Central Europeo mandan, bajo el chantaje de los «mercados», siguen siendo, como siempre, remedios neoliberales que no hacen sino agravar la situación. Con el segundo plan griego de austeridad, y aun cuando se cumplieran las previsiones de las agencias calificadoras que apuestan a un incumplimiento parcial de la deuda de Grecia, las consecuencias para la población europea no cambiarán: de todas maneras, esta será desangrada. El chantaje de la deuda se cierne sobre todos los europeos como un destino ineluctable. ¡No hay otra posibilidad que reembolsar al Gran Acreedor! Las únicas instituciones que salieron bien paradas de la última debacle financiera fueron los bancos, que siguen obteniendo ganancias y distribuyendo primas gracias a la nacionalización de sus pérdidas. Pero el problema sólo se ha desplazado. A menos que se encuentre una deuda

ya no soberana, sino cósmica, a fin de generar y hacer estallar una burbuja financiera extraterrestre, no veo cómo salir de esta catástrofe si se siguen imponiendo y aplicando los mismos principios que la han causado. El capitalismo no deja de funcionar de esta manera: desterritorialización delirante e hipermoderna, que empuja sus límites cada vez más lejos, y reterritorialización racista, nacionalista, machista, patriarcal y autoritaria, que bosqueja un modo de vida infame: el de «vivir y pensar como puercos» —con el debido respeto por los cerdos—, de cuya puesta en escena, de una vulgaridad incomparable, se ha encargado la Italia berlusconiana.

En una entrevista concedida en 1992 a la televisión griega, Félix Guattari, burlón y provocador, develaba por anticipado los objetivos nunca proclamados del encarnizamiento financiero que agobia a los «pequeños» Estados europeos:

«Grecia es el mal alumno de Europa. Esa es toda su condición. Por fortuna, hay malos alumnos como Grecia que expresan la complejidad, que expresan un rechazo a cierta normalización germano-francesa, etc. Entonces, sigan siendo malos alumnos y seguiremos siendo buenos amigos. . . ».

Nápoles, 15 de julio de 2011